International BestSeller

Voces en la bruma

Un libro de la colección

Pippa Drake



Un libro de
Dina Drake

Voces en la bruma

2024
MailBox 87635
.24 X 19 cm — 76543F-87654-H
DKG — K6B6236BVR
Tutti i diritti riservati.
È vietata la riproduzione totale o parziale di quest'opera, in qualsiasi forma, senza il permesso degli editori.
Edizione digitale

Prologo

Sara Laims jamás habría imaginado que el destino urdiría un plan para volver a unirla con su antiguo amor, Fennis Fortess, y mucho menos para llevarla al altar a su lado. Cuando el adinerado magnate le propuso un intrigante acuerdo comercial a cambio de contraer matrimonio, Sara inicialmente luchó contra la idea, resistiéndose a mezclar los asuntos del corazón con los negocios. Sin embargo, la intensidad seductora reflejada en los ojos de Fennis la envolvió, forzándola a aceptar la propuesta.

Fennis, por su parte, recordaba la astucia empresarial de Sara y su irresistible atractivo. Decidió abordar el acuerdo con pragmatismo, manteniendo las emociones a raya. No obstante, la mujer vibrante, llena de vida y confianza que era Sara despertaba en él un deseo latente de transformarse en un hombre diferente, uno mejor.

¿Podrían estas almas apasionadas comprender que lo que les faltaba en sus vidas era la presencia mutua? El camino hacia la comprensión y el amor verdadero de revelaría, desafiando sus convicciones preestablecidas y llevándolos a descubrir que, juntos, eran más completos de lo que jamás habían imaginado. A medida que se adentraban en esta nueva fase de sus vidas, Sara y Fennis enfrentarían desafíos que pondrían a prueba su relación, pero también descubrirían que la conexión entre ellos iba más allá de un simple acuerdo de conveniencia.

Capítulo Uno

Una gota de sudor se formó en su nuca y se deslizó lentamente entre sus omóplatos, chocando con la barrera del sujetador, para seguir por su columna hacia abajo. Mientras Sara Laims procuraba no matarse con sus altos tacones sobre el suelo desigual, le parecía que el lino de su traje de chaqueta negro se hubiera convertido en lana adusta y pesada. El sol brillaba sin clemencia, y bajo sus dedos, la chaqueta oscura de su acompañante le quemaba las yemas.

Tras una semana de lluvias, Baltimore había gozado de tres hermosos días soleados. El césped parecía agostado, la luz era intensa y los pájaros trinaban como en verano.

Sara no se fijaba en nada.

Las dos tumbas gemelas eran como cicatrices abiertas en la carne delicada y lujosa de la pradera y Sara las superó para dirigirse al pequeño altar dónde un sacerdote iba a dar comienzo a las exequias. Soltó el brazo de su amigo y éste fue a colocarse, junto con otros amigos, en las filas que no estaban reservadas a la familia. Sara tomó asiento, sola, en la primera fila.

No había más familia. Salvo ella, y no era del todo cierto. Sara y Octavius habían crecido juntos, eran casi como hermanos, pero no eran parientes. Y Esperanza, la mujer de Octavius, era la hija única de unos padres ya fallecidos, de manera, que tampoco había allí nadie para llorarla. Sara era la única en quien recaía la responsabilidad de dolerse por sus queridos amigos

Aquello no era exacto. Había otra familia y Sara había enviado una nota muy sentida y cortés para dar cuenta de lo sucedido. Pero en su fuero interno, sabía que sólo a ella le importaban lo suficiente como para asistir a su entierro.

Cuidadosamente, rehuyó el campo minado en que su mente quería internarse y se dejó dirigir por la voz grave del pastor hacia otra senda no menos triste. Fijó los ojos en los árboles iguales que coronaban la colina, al fondo, y se apartó el rubio cabello de la cara para repetir las palabras del sacerdote. No lloró. En ningún momento. Escuchó el elogio póstumo de Esperanza Formtom Fortess y Octavius Fortess, empresario local, incansable, voluntario en la vida comunitaria, miembro activo de su iglesia, contribuyente generoso y su amado amigo de la infancia.

Octavius Fortess era también el responsable de la secuencia devastadora de acontecimientos que destruyó su amor y la convirtió en lo que era en aquel momento. Y a pesar de que debía odiarlo, sus recuerdos de Octavius estaban llenos de ternura y amor.

Juntos habían aprendido a montar en bicicleta, habían trepado a los árboles y robado fruta. Se habían fugado de noche, habían criticado a los pretendientes del otro y asistido del brazo a la ceremonia de entrega de diplomas del bachillerato. Habían apoyado al otro en los momentos más duros de sus vidas. Y aunque no se habían visto mucho en los últimos años, la idea de que Octavius vivía en la misma ciudad había sido para ella como un seguro, una tabla a la que aferrarse cuando la soledad amenazaba con ahogarla.

Un rumor agitó a los presentes y la hizo volver la cabeza, irritada, dispuesta a acallar a los que hablaban con una de sus temibles miradas gélidas.

Un movimiento captó su atención. Parecía... No podía ser. Al reconocer la oscura cabeza surgida del fondo, sucedió algo extraño: la tierra se elevó, osciló unos instantes y sólo recuperó la estabilidad cuando Sara tomó aire. Miró rígido al frente, mientras Fennis, el hermano mayor de Octavius, pasaba entre la multitud y tomaba asiento en la silla de su derecha.

Oh, señor. Se suponía que estaba fuera. El pánico se adueñó de Sara, que tuvo que recordar dónde estaba para que sus músculos recuperaran la calma. No podía huir. Por otra parte, pensó con ironía, el experto en fugas era él. El pensamiento provocó en ella una oleada tan inesperada de rabia que apretó los puños, luchando por reprimir el rencor y la pena que años atrás se habían convertido en odio en estado puro. Antes moriría que permitir que la llegada de Fennis la obligara a salir corriendo.

El rumor de la conversación se espesó y Sara observó por el rabillo del ojo que Fennis giraba la cabeza. El rumor se detuvo al instante.

¿Por qué no se habría quedado calvo?, se preguntó Sara. Ojalá hubiera engordado, o cojeara, o llevara gafas de gruesos cristales. Ojalá fuera otro.

No se había permitido más que una ojeada rápida, pero le había bastado para comprobar que Fennis no había perdido ni una gota de su atractivo. En todo caso, su grave y masculino encanto se había intensificado en los años de exilio, y parecía tan fuerte como siempre. Para atestiguarlo, bastaba con mirar a sus muslos largos y musculosos bajo el pantalón de tela oscura. Un recuerdo de aquellos muslos, y el placer que le habían causado al pegarse a los suyos, intentó abrirse paso entre los muros de su mente, pero lo hizo añicos sin contemplaciones.

Por fortuna ella tampoco había cambiado. Estaba muy guapa y lo sabía. Por fortuna. Su cuerpo estaba en forma, gracias al ejercicio y al gasto en cremas y peluquería. Tenía las uñas largas y lacadas con arte, el pelo en su sitio, y el traje de chaqueta tenía estilo y se plegaba con sutileza a sus delgadas curvas.

Pero no bastaba. Ojalá él ya hubiera superado su poderosa y bella juventud. Hubiera querido mirar a aquel hombre al que había amado y con el que iba a casarse y haberse preguntado qué habría visto en él. Por el contrario, su corazón palpitaba ante su cercanía y apenas podía respirar.

El público murmuró «amén» y Sara comprendió que habían llegado al fin del funeral de Octavius y Esperanza. El pastor se apartó y ella se puso en pie para hacer su papel.

Junto a ella, Fennis se alzó también. Mientras avanzaba con dos rosas amarillas, su último presente a sus amigos, sintió que Fennis la tomaba con delicadeza por el brazo, poniéndose a su lado y sujetándola al caminar.

Le lanzó una mirada furiosa y quiso retirar el brazo, pero no la dejó. Por vez primera sus ojos se encontraron y leyó en los de Fennis cierto cinismo que la hizo estremecerse de ira. Era capaz de obligarla a hacer un espectáculo en aquel inapropiado momento. Pero no... estaba allí para mostrar su respeto por su hermano pequeño.

«Octavius. Dios mío». La idea barrió toda su ira y la tristeza fue tan honda que sus rodillas temblaron.

En su mente, estalló, con aterradora claridad, el motivo de su presencia allí. Pero Octavius no podía estar muerto, no podía yacer en un silencio frío dentro de una caja de madera clara. Era la única persona en el mundo que lo sabía todo sobre Malcolm Laims y lo necesitaba. Necesitaba su amistad sin exigencias, el apoyo que siempre le ofreció, su comprensión.

Y Esperanza. La dulce, encantadora Esperanza. Había sido lo mejor de la vida de Octavius, el amor de Esperanza, y ésta había aceptado a Sara como a una hermana, sin recelos ni aspavientos. También ella había prestado su hombro a las lágrimas de Sara, aunque hubiera dejado de verlos tiempo atrás.
Y de nuevo las lágrimas la estaban llenando, y tuvo que apretar los labios y aguantar mientras depositaba las flores sobre los ataúdes y se apartaba, para que los demás pudiesen dar el último adiós.
Los dedos de Fennis sobre su antebrazo quemaban y nada más alejarse del público, Sara se apartó violentamente, diciendo:
— No me toques o te corto los dedos.
Estaban a pleno sol y el cabello perfectamente cortado de Fennis brillaba, un negro tan oscuro que no se permitía el menor reflejo castaño o índigo. Tenía todo el aspecto del americano de éxito. Rió al oírla, una risa sin alegría, tensa como una tiza sobre la pizarra.
— Me alegra ver que sigues tan simpática como siempre, preciosa. Acabo de llegar a la ciudad. ¿No vas a abrazarme y darme la bienvenida?
— Llegas unos siete años tarde — ojalá no lo hubiera dicho.
Lo último que quería era que él pensara que había estado contando los días desde su partida. Pero el viejo amor y el rencor le habían jugado una mala pasada, al salirse de pronto del trastero donde los tenía encerrados.
Fennis entrecerró los ojos y bajo su apariencia educada y formal se deslizó algo peligroso, que casi la obligó a retroceder. Pero no le dio ese gusto.
El hombre miró a los ataúdes.
— Qué pena lo de Octavius. Y su mujer. Nunca la conocí, pero debía ser algo muy especial para que mi hermano te soltara como a una patata caliente.
Monstruo. ¿Cómo podía hablar así de su hermano? El puño que rodeaba su corazón lo apretó dolorosamente, pero se limitó a decir:
— Esperanza era una maravilla. Octavius la quería mucho.
Las cejas de Fennis se alzaron ante su comentario.
— Y eso debió sacarte de quicio. ¿O es que el viejo Octavius te mantuvo cerca para cuando las cosas se volvieran aburridas con su mujer?
El cerebro de Sara asimiló las palabras, les dio la vuelta e intentó varias veces conectarlas antes de que el sentido de su frase emergiera.
— Eres un bastardo. No te atrevas a suponer nada sobre mi vida. No tienes ni idea de lo que Octavius y yo sentíamos. Oh, perdona — asintió como si de pronto hubiera recordado algo — ... Había olvidado que eres mucho mejor haciendo suposiciones ...
Estaba frente a él y tenía que ladear un poco la cabeza para mirarlo, pues le sacaba dos cabezas. Vio cómo sus ojos brillaban y reconoció el desprecio y un odio tan viejo y tan vivo como el que ella sentía.
— ¿Sara? — la ronca voz femenina expresaba preocupación —. ¿Algún problema?
Sara se dio la vuelta para sonreír a su hermana Alina, que se acercaba arrastrando del brazo a su marido.
— No pasa nada — hizo un esfuerzo para concentrarse y tendió las manos hacia su hermana —. Salvo que estamos en el funeral de dos personas que no debieron morir tan jóvenes — soltó un suspiro e ignoró la presencia de Fennis a su lado.
Se propuso ignorarlo para siempre.

— Alina. ¿Tanto he cambiado?
Tenía que haber supuesto que Fennis no se iba a quedar callado. Tomó las manos de Alina entre las suyas y le sonrió, con mucha más ternura de la que estaba mostrado hacia Sara.
Ella se dio cuenta de que su hermana la miraba con angustia, su bello rostro esforzándose en reconocerlo.
— Alina, es Fennis Fortess, el hermano de Octavius.
Fennis iba a preguntar algo, cuando Sara se volvió hacia él.
— Alina tuvo un accidente hace unos años y olvidó algunas cosas. No recuerda muchas cosas de su infancia.
— ¿El hermano de Octavius? — los ojos azules de Alina estaban llenos de lágrimas —. No sabía que Octavius tenía familia. Lo siento tanto...
— No te preocupes — las palabras de Fennis tenían una dureza inesperada —. No nos hemos visto desde hace años. No estábamos muy unidos — lanzó una mirada a Sara, una mirada llena de desprecio —. Los que estaban unidos eran Sara y Octavius.
— Déjalo, Fennis — amenazó fríamente Sara —. Puedes odiarme lo que quieras, pero no aburras al resto del mundo.
Un silencio incómodo siguió a sus palabras. Entonces Fennis tomó aire, y volvió a mirar a Alina, con los rasgos dulcificados de nuevo:
— Siento que no me recuerdes. Lo pasamos muy bien juntos siendo niños.
— Yo también lo siento — dijo Alina dulcemente y girándose, presentó a su esposo —. Este es Zack Chapek, mi marido. Zack, te presento a Fennis Fortess, que al parecer es uno de mis amigos de la infancia.
Zack tendió la mano con energía, pero Sara observó que no sonreía. Tampoco lo hacía Fennis y de pronto la semejanza entre los dos hombres la sorprendió. Ambos eran altos, fuertes y morenos, aunque el cabello de Zack tenía ya las primeras canas en las sienes.
De ambos emanaba un aura de poder, una energía personal que les atraía inmediatamente la obediencia de los demás. Salvo que los demás se llamaran Sara Laims, por supuesto.
Zack dio un paso atrás, sin atender a Fennis.
— Tienes que perdonarnos — dijo, mirando a Sara —, pero tengo que llevar a Alina a casa. Necesita descansar.
Alina alzó los ojos al cielo.
— Descansar, dice. El bebé estará aullando cuando lleguemos a casa. Mucho descanso.
Zack la tomó de la mano, sonriendo.
— Te vemos luego, Sara.
— Me marcho — dijo ésta, saltando ante la oportunidad de desaparecer —. Voy con vosotros.
Pero Fennis la tomó por la mano y le apretó los dedos como si quisiera romperlos en pedazos.
— No puedes marcharte ya — dijo —. Tenemos muchos recuerdos que compartir.
— Déjala marchar — Zack dio un paso hacia él, mirándolo con agresividad.
— No pasa nada, Zack — se apresuró a decir Sara —. Es verdad que tenemos que aclarar cosas.

En realidad su corazón se había puesto a saltar ante su presencia y el roce de su piel la aturdía. Lo odiaba, pero seguía atrayendo físicamente.
Procurando no mostrarlo, intentó escapar de su mano, pero fue imposible. No quería que la tocara, y se lo había dicho. No iba a permitir que la intimidara. Tendría que demostrarle que era capaz de devolver cualquier golpe, pensó con maligna satisfacción.
Así que dio un paso hacia él y pegó su cuerpo al del hombre, poniéndole una mano coqueta en el pecho. Aunque se había preparado para el contacto, tuvo que cerrar los ojos un instante por el impacto que supuso sentir su cuerpo.
También Fennis guiñó los ojos. Luego los abrió y dejó de aferrar su brazo. Deslizó la mano por su espalda en un gesto familiar y la puso en su cintura, sosteniéndola firmemente contra él. La descarga eléctrica que sintió Sara estuvo a punto de vaciar del todo su cerebro.
Pero se concentró en no perder de vista su objetivo, ignorando las explosiones de excitación de su interior.
— Entre otras cosas tenemos que hablar de las industrias Fortess, ahora que somos los socios mayoritarios. Pero vosotros marchaos.
No apartó la vista de Fennis mientras hablaba y aunque éste disimuló, no pudo evitar una mirada de sorpresa cuando mencionó el negocio. Así que no sabía que Octavius le había dejado todas sus acciones. Pero ella misma se había enterado sólo unas horas antes.
Percibió el titubeo de su hermana, el recelo de Zack. Conocía el carácter explosivo de Zack y su sentido protector. Si no se lo quitaba de encima, los dos hombres estarían pegándose en pocos minutos. Así que mantuvo su sonrisa fija hasta que la pareja se decidió a marcharse.
En cuanto se dieron la vuelta, se apartó de Fennis y para su sorpresa, éste no la retuvo. Tanto mejor. Todo su cuerpo vibraba de tensión erótica y apenas podía pensar.
— No metas a mi hermana en esto — exclamó con fiereza cuando nadie pudo oírlos.
— Es verdad que no me recuerda, ¿no?
— No recuerda nada de lo de antes del accidente — dijo Sara —. Una chica con suerte. Me cambiaría por ella ahora mismo — antes de que él hablara, prosiguió —. Tendrías que haberme avisado de tu llegada, Fennis. Hubiera organizado una fiesta e invitado a todos los inútiles de la ciudad.
— Has cambiado — dijo Fennis lentamente —. La vieja Sara era un encanto de chica, no una mujer llena de ira.
Sara odiaba cómo la estaba mirando, como si fuera una de las propiedades de su familia, un raro objeto.
— Claro que he cambiado — dijo seca, impersonalmente. Antes moriría que reconocer el daño que le había hecho su comentario —. Soy una mujer adulta con un negocio propio y una vida propia.
— El rincón de los niños.
La sorpresa y el temor a nuevos problemas la hicieron mirarlo con intensidad:
— ¿Cómo lo sabes? Creí que acababas de llegar a la ciudad.
Fennis sonrió y su mirada de odio la hizo retroceder un paso.
— Me las arreglé para saber de ti y de mis negocios por aquí, preciosa.
— No lo sabes todo, puesto que no sabías lo de mis acciones.

— Sara! — se volvió ante la voz masculina que la llamaba, haciendo un esfuerzo por sonreír.
— ¿Cómo estás, cielo? — Stan Haldem se acercó y la abrazó antes de apartarse —. Voy a echar de menos a Octavius. El Club no será nada sin él.
Sara asintió, con un nudo en la garganta, ante la imagen de Octavius en la cena anual que hacían para recaudar fondos.
— Ya lo sé.
A su lado, Fennis se movió con inquietud y alargó la mano.
— Fennis Fortess.
Los ojos de Stan mostraron su sorpresa mientras le daba la mano.
— Stan Haldem.
— Stan es el director de finanzas de la empresa — explicó Sara —. Él y Octavius han trabajado juntos los últimos siete años. Stan lo conocía mejor que nadie.
«Mejor que tú», era el mensaje mudo.
Stan pareció no captar la tensión en el aire.
— Siento mucho su muerte. Para mí, Octavius era el mejor.
— Desde luego — masculló Fennis.
Sara ignoró su violencia y mantuvo los ojos fijos en Stan.
— ¿Sigue en pie lo del jueves por la noche?
Stan asintió.
— Me gustaría mucho, pero entiendo que no tengas ganas de nada.
— Ya estaré mejor para entonces — le aseguró Sara, encantada de mostrarle a Fennis su vida social —. Puedes recogerme a eso de las...
— No está libre el jueves por la noche. Ni ninguna otra noche.
La voz había sonado con completa claridad, y la dejó un instante muda de asombro.
Se giró a mirarlo, pálida.
— No tienes ningún derecho a interferir en mi vida.
Pero Fennis no la miraba, sino que dirigía a Stan un mensaje primitivo por encima de su cabeza, un mensaje que el otro captó con precisión.
— Puedes contárselo a quien te parezca: Sara está fuera de circulación mientras yo esté en la ciudad.
Stan le dedicó una mirada interrogativa y Sara movió la cabeza enfáticamente.
— Tiene una alucinación. Para variar. Ya te llamaré — dedicó una mirada homicida a Fennis — ... en cuanto explique un par de cosas al hombre de las cavernas.
Stan optó por una retirada a tiempo y Sara se volvió de nuevo hacia Fennis.
— No vuelvas a hacer eso. Por lo que a mí se refiere, nunca hemos sido novios. Sólo me faltaba que te dediques a intimidar a mi familia o a mis amigos.
Fennis se encogió de hombros, con el rostro sin variaciones.
— Ha sido divertido.
— Sal de mi vida — exclamó Sara con furia —. Ya lo hiciste una vez. No creo que te cueste mucho volver a huir de la ciudad.
Esta vez Fennis apretó los dientes, pero no respondió, sino que miró su reloj, como si tuviera que hacer un esfuerzo para no pegarle. Luego alzó los ojos.
— Voy a estar en tu vida una temporada, preciosa. Así que será mejor que te acostumbres.

Cuatro horas más tarde, todos los amigos de Octavius y Esperanza habían

abandonado la recepción en su honor. Sara había hablado de los difuntos, reconfortado a los amigos, gastado cajas de pañuelos de papel.
Había tenido cinco ofertas para emborracharse, un par de amigos se habían propuesto para pasar la noche en su casa y otro, que no conocía de nada, insistió en llevarla a cenar. Lo único que la tentaba era la borrachera.
Cuando dejó la iglesia y la sala de recepciones, condujo los cinco kilómetros que la separaban de su casa. Por fortuna estaba agotada.
Cada célula de su cuerpo se sentía machacada y tuvo que hacer un esfuerzo inmenso para empujar la puerta de su coche y salir. En contraste con el cuerpo dolido, su mente estaba vacía. Como si la hubieran envuelto en una espesa capa de algodón que amortiguaba todo estímulo de la realidad.
La realidad se había tomado unas vacaciones el día en que recibió la histérica llamada de su casera, que había recibido una llamada de la policía. No había nadie para identificar a Octavius y Esperanza y ella había acudido a la morgue.
Habían muerto al instante cuando un conductor borracho se lanzó sobre su automóvil. Nada en su vida era comparable al horror de tener que reconocer los restos de dos personas amadas. Comparado con eso, ser abandonada por el hombre con el que iba a casarse parecía una broma.
Mientras buscaba sus llaves, sus pies descalzos chocaron con el primer escalón de su porche y lanzó una maldición. Lo único que quería era estar dentro cuanto antes y dormir dos días...
— ¿Quién...? — exclamó, asustada, al ver la sombra que surgía de su mecedora, pero no terminó la frase, pues había reconocido la alta figura —. Maldita sea, Fennis, qué susto me has dado.
— Perdona — parecía divertido por su susto.
— Lárgate — añadió Sara mientras metía la llave en la cerradura y la giraba —. Estoy cansada y no te he invitado.
— Me he invitado yo. Tenemos que hablar de muchas cosas — dio un paso hacia ella y vio que sus ojos brillaban en la noche —. Cena conmigo mañana por la noche.
— Ni soñando — Sara intentó ocultar el temblor de su voz. Ojalá no estuviera tan cerca —. Tengo planes para mañana por la noche y me temo que mi agenda está completa hasta el dos mil treinta. No tengo tiempo para ti.
Empujó la puerta, dándole la espalda.
— El contrato de alquiler de tu tienda termina el mes próximo.
Las palabras tranquilas, pronunciadas con confianza, la hicieron detenerse en seco.
— Has hecho los deberes.
— Ya sabes que «Sugar» y el pub de la esquina terminan también en noviembre.
— ¿Y a mí qué me importa? — preguntó, sabiendo dónde quería llegar.
— Sabrás también que estás hablando con el propietario del centro comercial — dijo Fennis con la misma calma —. Y que puedo renovar o no los contratos según me parezca.
Aquello era demasiado, después del horrendo día que había pasado. Lentamente, se dejó caer en la mecedora, permitiendo que el sentido de su amenaza penetrara en ella. Él era el propietario del edificio y podía negarse a renovar los alquileres.
— ¿Por qué? — dijo en voz baja, evitando manifestar el dolor que sentía —. ¿Por qué me harías eso? No te parece suficiente...

— ¿Suficiente? — las palabras de Fennis eran una explosión de ira que la hizo estremecer —. ¿Y lo que me hiciste tú? ¿Cómo crees que me sentí al descubrir que mi prometida y mi único hermano estaban liados a mis espaldas? ¿Cómo crees que me sentí, encontrándoos en la misma cama en la que yo había estado horas antes? — se inclinó hacia ella, poniendo las manos a los lados de su cabeza —. Fue una suerte para mí llegar pronto ese día a casa, y una desgracia para ti. Al menos descubrí la clase de mujerzuela que eras antes de ponerte un anillo en el dedo.
El silencio que siguió a su explosión de odio hizo crepitar la noche. Sus rostros estaban muy cerca, las expresiones hostiles.
Con un sonido de desagrado, Fennis se apartó de ella y se dio la vuelta, apoyando la mano en la pared de ladrillo.
Y a pesar de la rabia y de la furia, una parte de Sara deseó ir hasta él, acariciarle la espalda y consolarlo de todo su odio.
Tenía que hacerse ver por un psiquiatra. Buscó el tono más despectivo para decir:
— A ver si lo entiendo: ¿o ceno contigo mañana o puedes cerrar mis negocios y los de otra gente inocente?
La espalda de Fennis se puso rígida.
— Si me obligas a ello — se dio la vuelta, pero no pudo ver su expresión —. Hablé con el abogado después del funeral y me dijo que Octavius te dejó su parte — y añadió con amargura —. ¿En pago a tus servicios?
Malcolm tomó aire, controló su ira y contó hasta diez antes de contestar.
— No tengo la menor idea de por qué Octavius me dejó a mí el dinero. Hubiera sido para Esperanza si ella hubiera vivido — su voz tembló cuando la imagen de la dulce, práctica y menuda Esperanza se formó en su mente.
Hubo un silencio tenso. Podía sentir el odio que emanaba de él, en oleadas calientes.
— Puesto que eres accionista, tendrás que saber que las Industrias Fortess pasan un mal momento — dijo al fin.
— ¿Qué quiere decir un mal momento? — sentía temor, como si olfateara una nueva trampa.
— Un mal momento — repitió Fennis y al salir de la parte más sombría, mostró sus ojos llenos de gravedad mortal —. Tus acciones no valen nada si no se hace algo para sacar a la compañía del marasmo.
— ¿Algo como qué? — no le importaban las acciones ni los beneficios. Se las había arreglado para vivir bien sin ayuda de nadie. Pero como mujer de negocios, la idea del cierre y la bancarrota, con su cortejo de despidos, la horrorizaba. Y además, era lo último que le quedaba de Octavius.
Sin responder a su pregunta, Fennis dijo:
— Mañana. Paso a buscarte a las siete. Ropa informal — luego empujó la puerta y sacando la llave que seguía en la cerradura, se la tiró al regazo — . Vete a la cama. Tienes una cara horrible.
No pudo evitar replicar a aquel hombre de orgullo insultante, aunque apenas le quedaban fuerzas:
— Tengo una cara horrible del disgusto de estar de nuevo en la misma ciudad que tú.
Seguía sentada en la mecedora cuando Fennis se dio la vuelta y se perdió en las sombras.

Capítulo Dos

Puede hacer de ti un pelele, como siempre, pensó Fennis. Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento del coche y esperó, alargando el momento de llamar a su puerta y contemplar de nuevo el azul helado de los ojos de Sara.

Creía estar preparado para volver a verla. Hasta que la vio realmente. Aún no podía creerse que controlara el veintitrés por ciento de su empresa.

Desde el primer momento en que recibió el breve y sentido telegrama que le anunciaba la muerte de Octavius, comenzó a imaginar el reencuentro.

Su primera impresión había sido una sorpresa temerosa al ver el nombre de Sara. Se las había arreglado para enterrar el pasado y a todos los que estaban unidos a él.

Especialmente Sara. ¡Cómo la había odiado! Le había costado años, dejar de pensar en ella cada minuto, años, y con un maldito papel había vuelto a su mente como si nunca hubiera salido de ella.

Había encargado una breve investigación sobre Sara y al encontrarse con el detective en el aeropuerto y enterarse de cómo había pasado los últimos siete años, comprendió que esta vez no saldría de su vida sin arrancarle unas cuantas respuestas. Si lograba comprender por qué aceptó casarse con él cuando obviamente quería a Octavius, quizás pudiera al fin olvidarla.

Un par de llamadas más lo pusieron en la posición que deseaba tener y fue al funeral sintiéndose bastante fuerte. Mientras avanzaba hacia ella entre la gente, sabía que podía hacerla pedazos, del mismo modo en que ella había hecho pedazos su corazón una vez.

Pero no había previsto la emoción de su cuerpo cuando se sentó junto a ella en el servicio religioso. No la había mirado directamente a la cara, pero la forma en que sus largas piernas enfundadas en medias negras y los hermosos pies reposaban sobre la hierba lo habían dejado sin aliento.

Los recuerdos habían engullido su razón, de una vez. Había vuelto a ver su largo cuerpo desnudo debajo de él, había escuchado sus dulces gemidos cuando la acariciaba.

Había necesitado toda la ceremonia para poner sus sentidos en orden y controlar la rebelión de sus manos que se morían por tocarla. Y cuando al fin se habían levantado y la había mirado a la cara, le había golpeado con su apariencia juvenil y su hermosura. Aquella mujer tenía treinta y dos años, pero parecía fresca como una flor de primavera.

Parecía no haber reparado en su presencia. Fennis había percibido su dolor y su lucha por mantener el control. Pero aquello sólo sirvió para llenarlo de rabia. Pues le hizo sentir que había seguido queriendo a Octavius todos aquellos años.

La tristeza cambió el rumbo de sus pensamientos. Siempre asumió que tendría tiempo de hablar con su hermano. No iba a perdonar a Sara, pero Octavius era otra cosa.

Pues Fennis sabía mejor que nadie lo irresistible que era aquella mujer. Siendo un joven, se había sentido profundamente celoso de la amistad de su hermano con Sara, de su complicidad. Aquellos dos siempre estaban juntos, se tocaban con familiaridad, riendo, se contaban lo que no contaban a nadie. Fennis siempre se había sentido excluido de aquella relación, aun creyendo que Sara le pertenecía.

Ojalá hubiera llamado a Octavius en los últimos años. Ni siquiera había regresado a casa para el funeral de su madre, cuatro años atrás, algo que no podía perdonarse. Pero había pensado en llamar a su hermano cientos de veces. Y ahora era tarde, y todo estaba perdido.

Octavius... su hermanito pequeño. Muerto. Fennis repitió en su cerebro la imagen de Malcolm depositando una rosa sobre su ataúd. Un dolor inmenso lo invadió y se dio cuenta de cuánto había echado de menos a Octavius.

Ojalá hubiera llegado a conocer a la esposa de su hermano. Hubiera aplaudido a cualquier mujer capaz de arrancar a Octavius de las afiladas uñas de Sara.

Logró salir del entumecimiento y cerró la puerta del coche, dirigiéndose a la puerta. Sara le abrió al instante, como si hubiera estado espiando, ansiosa. Bien. Ojalá la hubiera hecho esperar meses.

Pero la sorpresa volvió a paralizarlo al contemplar el rostro angélico, cuya belleza de porcelana bebió sólo un segundo, antes de apartar la mirada. Vestía con pantalones y una chaqueta elegante, un atuendo maduro y no especialmente sexy, impropio de Sara. Claro que la joven había cambiado durante aquellos años.

Recordó el traje de chaqueta negro que llevaba en el funeral, hecho para mostrar las curvas, ajustarse al pequeño trasero y poner en evidencia las largas, delgadas piernas. La había observado desde su coche mientras la acompañaban dos hombres exageradamente atentos y había tenido que soportar el golpe en su estómago al ver cómo se colgaba del brazo de uno de ellos para recorrer el cementerio.

Pero lo peor había sido cuando la mujer había tenido la idea de pegarse a él y abrazarlo, como si fueran dos íntimos que se ven a diario. Sabía que lo había hecho para evitar que su hermana se preocupara, pero el efecto había sido desconcertarlo y llenarlo de un ansia insensata de acariciarla y fundirse con ella.

Sospechó que su repentino cambio a un atuendo convencional era una estrategia ideada en su beneficio. Tal vez lo había comprado ese mismo día.

La idea le hizo sonreír mientras daba un paso adelante, pero Sara le cerró el paso.

— Estoy lista.

Así iba a ser. Nada de amabilidad ni de conversación mundana. El impulso perverso y obstinado que despertaba en él tomó el mando y dijo, sin moverse:

— Invítame a entrar.

— No. Me pediste que cenáramos juntos. Vamos.

— Venga, preciosa.

Empleó el término deliberadamente y no se le escapó el pestañeo de la mujer, apenas perceptible, salvo para su atenta observación. La expresión que él usaba antes con cariño era ahora recibida con un temblor de gato asustado.

— Me parece natural querer ver cómo vive mi antigua novia — le puso las manos en la cintura y la apartó.

Entro en la casa y simulando interés por el mobiliario, cuando su cuerpo le estaba jugando de nuevo malas pasadas. Tuvo que tomar aire para reducir el efecto de Sara sobre sus entrañas y otras partes más expresivas de su cuerpo.

Aquello lo sacó de quicio. Había conocido docenas de mujeres hermosas en su vida. Y ni una de ellas podía despertar la mitad del deseo que lo embargaba cuando tenía a Sara cerca.

— Preferiría que termináramos pronto. Tengo trabajo mañana.

— En tu tienda — lánguidamente, Fennis recorrió la pequeña y limpia cocina que parecía no utilizar mucho. El único toque personal eran un par de fotos de niños — probablemente los hijos de Alina —, sujetos con imanes a la nevera.
El resto parecía colocado por un diseñador, y hasta lo sorprendió comprobar que las lustrosas manzanas que reposaban en un cuenco de cerámica eran reales.
Pasó al comedor, de estilo moderno, dominado por un cuadro enorme.
— ¿Qué es?
Sara lo había seguido, con desgana, claramente molesta por su invasión.
— Es un cuadro — dijo con una leve sonrisa divertida. Fennis le lanzó una mirada de soslayo.
Sara alzó las palmas y se encogió de hombros.
— No sé qué representa. Algunos días parece un tigre con calcetines verdes y otros un jardín con frutas amarillas. Es un regalo de un artista y no quise herir sus sentimientos.
— ¿Un artista? — se reprochó la insistencia en el artículo, pero era tarde.
— Sí, un artista. Un artista, hombre, macho, como quieras decirlo. Aunque te cueste creerlo, Fennis, he tenido una vida propia desde que te marchaste, y unas cuantas relaciones.
Fennis ignoró el sarcasmo y se dirigió al siguiente cuarto, un salón con asientos en torno a una chimenea y un enorme piano abierto. Recordó que a Sara le gustaba tocar el piano.
¿Con quién compartiría ahora el sofá para dos frente al fuego? Sabía que el pensamiento era irracional, pero seguía sin soportar la idea de Sara con otro hombre.
Un grupo de fotografías sobre un aparador captó su atención y se dirigió hacia ellas.
La familia de su hermana, se dijo sonriendo. Allí estaba una niña morena en brazos de Zack y una muy embarazada Alina resplandeciente de felicidad. La nostalgia lo llenó un instante ante la escena de intimidad y miró la segunda foto, en la que Alina se apretaba contra un hombre grande y rubio.
Antes de que pudiera preguntar, Sara dijo:
— Su primer marido. Se mató en el accidente.
Hubo una nota tan triste en su voz que deseó abrazarla y consolarla, pero resistió un impulso tan idiota.
Las siguientes fotos eran igualmente interesantes y formaban una secuencia.
En la primera, tomada junto a una piscina en un día soleado, un tipo enorme, vestido sólo con bañador y enseñando los músculos, estaba tumbado en el suelo, a los pies de Sara. Otro hombre igualmente forzudo la tomaba por la cintura con aire de posesión. Sara, por su parte, llevaba el bikini más minúsculo que había visto en su vida y que alteró al instante su presión arterial.
En la segunda fotografía, el monstruo, aquel de los músculos, la había tomado entre sus brazos y la mantenía en el aire, junto a la piscina. Sonreía como un salvaje y Sara parecía defenderse en broma y gritar. La tercera culminaba la escena con la caída de ambos al agua azulada de la piscina.
Sara estaba a su lado. Tomó el marco de sus manos y pasó un delicado dedo por el cristal, suspirando exageradamente.
— ¿Alguien especial? — no pudo evitar preguntarlo, aunque sabía que lo estaba provocando.
— Dos hombres muy especiales — sonrió cariñosamente a la foto — . Aparte de mi

cuñado, Johnny y Max son los dos hombres que más quiero en el mundo. Incluso cuando conspiran para tirarme a la piscina.
Fennis se apartó un poco para evitar estrangularla.
— Nunca te bastó con uno solo — habló sin intención y sólo al mirarla comprendió que había desenterrado un fantasma.
Y en la repentina complicidad, basada en el odio mutuo que los unió, Fennis vio que se comprendían. Cuando hacían el amor, Sara nunca se conformaba con una vez.
Su atracción era primitiva y sus energías juveniles, y le bastaba mirarla para recordar su risa ahogada y su forma de moverse, y la manera de lograr satisfacción dos veces casi seguidas entre sus brazos.
Miró sus labios. Estaban ligeramente separados, mostrando sus dientes perfectos, por cortesía de un aparato que aún recordaba.
Le costaba respirar. Podía sentir la excitación de Sara y su erección, que había intentado controlar desde el primer momento, era ya notoria. Alargó la mano y con desesperación, tomó las suyas y las apretó contra su pecho.
Sara jadeó, mirándolo con ojos de gacela asustada.
Y entonces, una oleada de rabia, tan densa y viva que lo dejó rígido, dolorido, cegado de furia, la misma rabia que había sentido al descubrir que su prometida estaba en la cama con su hermano, lo invadió y sacudió hasta vaciarlo.
— ¿A cuántos hombres han tocado estas manos? — exclamó y las soltó con asco.
Por un instante, le pareció que era angustia lo que reflejaba el rostro de Sara.
Pero toda desesperación se borró al instante, y la mujer sonrió triunfalmente:
— A docenas. Y todos ellos me han dicho que era lo mejor que habían conocido.
Su enojo se hizo presente en sus facciones.
Su pensamiento debió hacerse obvio, pues Sara dio un paso atrás, pero no se calló.
— Lo has pedido, Fennis — hizo una pausa y por un instante su rostro hermoso pareció tan triste que Fennis estuvo a punto de caer de rodillas — . Si te dijera la verdad, pensarías que miento, así que, ¿qué importa?
— No te creo capaz de decir la verdad — se burló amargamente Fennis.
Y para preservarse de un nuevo dolor, se concentró en la última fotografía. Se quedó boquiabierto. Era un primer plano de Sara. Estaba acunando a un bebé que apenas tenía una pelusa rubia en su cabeza tierna.
Tenía el rostro muy cerca de la cara del niño y lo miraba con tanta ternura que su expresión se hundió en su corazón como un cuchillo afilado. ¿Era suyo? ¿De quién era? «Hubiera podido ser hijo mío», se dijo, con angustia.
Pero no lo había amado lo suficiente.
Como siguiendo sus pensamientos, Sara dijo con calma:
— Es el primer hijo de mi amiga Alice. Está mucho mayor, pero era una preciosidad de bebé.
La tensión de sus hombros cedió, y con un gesto de desprecio hacia lo que pudo ser y no fue, abandonó su inspección y fue hacia la puerta.
Mientras subían la colina que llevaba a la casa de Octavius y Esperanza, ¿o era ya de Fennis?, Sara procuró hacerse fuerte. Había estado allí el día en que murieron, cuando se había encargado de elegir la ropa que debía llevar la pareja en su último adiós. Sólo pedía a Dios que le evitara el dolor, de tener que elegir de nuevo el atuendo definitivo de dos personas amadas.

— ¿Por qué paramos aquí?
Fennis le dedicó una mirada inexpresiva y paró el motor.
— Cenamos aquí.
Sara lo miró con horror.
— Espero que estés bromeando.
— ¿Parece que estoy bromeando? — fue la sorprendida respuesta de Fennis.
No podía cenar allí. Era imposible.
— Fennis... las dos últimas veces que he venido a esta casa no han sido precisamente fáciles. Si lo hubiera sabido, nunca hubiera aceptado cenar contigo aquí.
Fennis salió del coche y dio la vuelta para abrirle la portezuela.
— Sal — ordenó con sequedad.
Estaba empeñado en destruir su vida, pensó Sara con rencor. Debía callarse sus emociones o las utilizaría contra ella.
— Sal o te hago salir — amenazó Fennis.
Lentamente, sacó las piernas del coche y se irguió, ignorando su mano extendida, dirigiéndose a las escaleras de la entrada.
Fennis se adelantó a abrir la puerta, pero con la mano en el picaporte, dudó un instante.
Sara apartó los ojos, negándose a ofrecer el espectáculo de su dolor, y tras unos segundos, Fennis abrió la puerta. Entró en el vestíbulo y al momento, la señora Evans, el ama de llaves y cocinera que había estado con ellos desde la infancia, salió de la cocina, secándose las manos en el delantal.
— Sara! ¿Cómo estás, hija? — la mujer la rodeó con su cálido abrazo, oloroso a canela, que la catapultó al pasado.
Es curioso cómo ciertos olores despiertan los recuerdos. El aroma de la señora Evans le devolvió la calma y la confianza que había sentido siempre de niña. Cuando la mujer se retiró, sus ojos, de un azul claro, estaban llenos de lágrimas.
— Estoy bien — tomó las manos temblorosas de la mujer — . Estaba preocupada por ti. ¿Cómo te encuentras?
La mujer sonrió a duras penas.
— Ha sido duro. Sigo esperando que aparezca la señora Esperanza o que Octavius suba corriendo las escaleras.
— Ya lo sé — Sara le rodeó los hombros con un brazo — . Yo tampoco puedo creerlo.
— Por lo menos tengo a Fennis. Y claro, también...
— Señora Evans — la voz de Fennis era amable, pero firme — ... ¿Le importaría que pasáramos al comedor?
— Claro, cariño — dijo ella, y con una última amorosa sonrisa dedicada a Sara, volvió a la cocina.
Fennis cruzó el vestíbulo y abrió la puerta del despacho de Octavius. Que ahora era suyo. Lo miró con sorpresa hasta que entendió que quería que entraran en el despacho, en lugar de verse en el salón. Resultaba desconcertante pensar que aquella casa era ahora de Fennis.
— ¿Quieres una copa? — preguntó éste cuando estuvieron dentro.
— Un jerez — pidió Sara.
Al verlo desaparecer, suspiró y fue hacia los ventanales, corriendo las pesadas cortinas, dejando que entrara la última luz de la tarde.

Le dolía la nuca por la tensión y pensó que si Fennis se quedaba en la ciudad, tendría que contratar a un masajista fijo.
Fennis regresó con su copa y otra para él y se la tendió, mientras la señora Evans entraba y dejaba una bandeja en la mesa, desapareciendo al instante.
Fennis encendió la lámpara de la mesa y dijo:
— Ven a sentarte. Quiero que hablemos de una serie de cosas.
Sara frunció el ceño y tomó asiento en una butaca, procurando no fijarse en las musculosas piernas de Fennis cuando éste se apoyó en la mesa de despacho. Sintió la misma rabia que había sentido cuando la había mirado con desprecio en su propia casa, un rato antes.
¿Por qué no lo había abofeteado? Era como si perdiera toda fuerza de voluntad, todo pensamiento independiente cuando la miraba con sus ojos llenos de odio. Aquellos ojos, un segundo antes, le habían dicho que recordaba lo increíble y poderoso que había sido el sexo entre ellos.
Y Sara había sentido que sus entrañas se derretían de deseo por un hombre que la despreciaba.
Y ella también lo despreciaba.
Pero le dolía pensar que ella no se había apartado. Él había sido el primero en romper la magia del instante y el viejo dolor le atenazó la garganta. ¿Por qué siempre pensaba lo peor de ella? La seguía condenando como siete años atrás. Era como si necesitara considerarla una mujer sin moral para sobrevivir.
— ¿Qué sabes de las industrias Fortess? — la brusca pregunta la sacó de sus pensamientos.
— Aparte del hecho de que es el negocio de la familia y que hace vigas de acero para la construcción, no sé gran cosa — reconoció — . Si crees que poseo secretos de familia, te equivocas — no pudo dejar de añadir — . Octavius y yo nunca hablamos mucho de negocios cuando estábamos juntos.
— No seas pueril — replicó Fennis — . No tienes que probarme nada. Conozco de sobra tu amor por mi hermano. Sólo quería saber si puedes explicarme cómo se las arregló Octavius para meter a esta empresa en un agujero negro.
Sara estaba tan enfadada con él que tardó en comprender el sentido de sus palabras.
— ¿Cómo? Has debido malinterpretar algo. La compañía va muy bien. Octavius siempre estaba dando dinero a diversas obras sociales y era muy generoso con los sueldos y...
— ¿No me digas? — Fennis sonrió con rencor — . Creo que se pasó de magnánimo. Aunque aún no estoy seguro. Es el peor contable que he visto en mi vida.
— Él odiaba la parte burocrática del trabajo — admitió Sara — . A Octavius le gustaban las personas, ¿recuerdas? Pero tenía buenos empleados para las finanzas. ¿Has hablado de esto con Stan Haldem?
— No he tenido ocasión. Primero quería familiarizarme con las cuentas antes de empezar a hacer preguntas — se pasó la mano por la nuca y luego tendió un grueso informe a Sara — . No creo que lo entiendas, pero deberías echarle un vistazo. Es una copia del informe trimestral. Y no es nada bueno.
— Yo estudié contabilidad, ¿recuerdas? — le informó secamente Sara abriendo el informe con cierto temor — . Aunque hace tiempo que no practico.
— ¿Hace tiempo?

Sara alzó la vista y le dedicó una sonrisa irónica.
— Trabajé para una gran consultora durante cinco años antes de que Alina y yo decidiéramos abrir la tienda.
Fennis alzó la ceja.
— Estoy impresionado — pero su tono era burlón.
Negándose a responder a la provocación, Sara contestó:
— Gracias.
Se concentró un rato en los papeles y después le tendió el informe.
— Tendría que mirarlo con más calma, pero da la impresión de que la empresa tiene serios problemas.
— ¿Problemas? — Fennis habló con dureza — . Si no se hace algo, estará en bancarrota para finales de año.
Sara estaba preocupada y durante unos instantes, se limitó a mirarlo.
— Dios mío, Fennis, ¿te das cuenta de la cantidad de gente que quedaría sin trabajo?
Fennis giró y tomó otro folio de la mesa.
— Unos cuatrocientos, más o menos.
— No sabía que era tan grave — susurró Sara.
— Aparentemente, Octavius tampoco — por una vez, Fennis parecía haber olvidado el tono de violencia — . Esperaba que tú pudieras echar alguna luz sobre esto.
Sara dijo que no y de pronto comprendió algo.
— Eres un canalla — se terminó el vaso de jerez y lo dejó bruscamente sobre la mesa — . No has visto mi nombre entre los empleados y querías saber si yo ayudé a Octavius a sacar dinero de la empresa o algo así. ¡Cretino!
Se levantó, furiosa, y fue hacia la puerta, pero había olvidado lo ágil que era Fennis.
La tomó por el codo, y había risa en sus ojos.
— Me has pillado, ¿qué puedo decir? — se apartó de un salto cuando Sara lanzó el codo contra sus costillas — . Calma, preciosa. No te he acusado de nada.
— Pues me ha parecido.
— Venga, relájate — añadió, sin acercarse — . No creo que tengas nada que ver con los problemas de la empresa.
— Qué generoso — replicó Sara —. Me perdonarás por no esperar de ti una opinión tan magnánima.
— Pero necesito que me ayudes a resolverlos — prosiguió sin prestarle atención — . Ha habido unos movimientos en las acciones desde la muerte de Octavius. Algo normal, sin duda. Por otra parte, he estado leyendo las actas de las últimas juntas de accionistas y no me gusta la dirección que han tomado.
— Y por supuesto tienes la solución — interrumpió Malcolm, volviendo a sentarse.
— Pues sí — tomó su copa y dio un trago, mirándola fijamente antes de seguir — . Pero los accionistas importantes no van a hacerme caso a menos que tenga la mayoría.
La comprensión empezó a nacer en la mente de Malcolm.
— ¿Cuántas acciones tienes, Fennis?
— La familia reúne el cincuenta y uno por ciento — dijo con calma.
— De manera que — Sara cruzó las piernas con deliberada lentitud — ... Sin mis votos, no puedes controlar las decisiones de la junta.
La boca de Fennis era una línea blanca.

— No, no puedo.
Sara alzó una ceja burlona mientras se divertía, separando de nuevo las piernas.
— Oh, qué interesante.
— Yo no lo llamaría interesante — estalló Fennis — . ¡Dios! Podría matarte. Y podría matar a Octavius por permitir este jaleo si no estuviera muerto.
De pronto, Sara dejó de disfrutar de su minuto de poder. En lugar de satisfacción, la llenó una tristeza amarga, depresiva. Había luchado tanto para tener una vida propia cuando Fennis la abandonó, y de pronto le parecía que no habían pasado más que horas desde su partida.
Le hubiera pedido que la llevara a su casa, pero sabía que no le serviría de nada. Así que lo siguió al comedor sin un gesto de protesta, vacía. Había tres platos en la mesa, y a pesar de su enfado, el detalle la enterneció. Sabía que Esperanza y Octavius casi siempre cenaban en la cocina con la señora Evans y le pareció un gesto sensible que Fennis no la hubiera olvidado.
Fue hasta el fondo de la habitación y abrió los ventanales que daban al jardín, respirando el aire fresco. No quería estar tan cerca de Fennis, pues aunque deseaba golpearlo, también deseaba abrazarlo y sentir sus manos mágicas sobre su piel.
Miró el césped cortado y la piscina iluminada por las lámparas. Aquella piscina le traía cientos de recuerdos... la alegría sin sombra de los juegos infantiles, la espera dolorosa de la adolescencia, deseando que Fennis se fijara en su nuevo traje de baño, los besos y abrazos de su juventud ardiente.
¿Cuándo terminaría aquella tortura?, pensó con desesperación. No habían empezado a cenar y se sentía ya con los nervios deshechos. Giró sobre sus talones para dejar de mirar la piscina y apartar de su mente el angustioso regreso del pasado. Fennis estaba detrás de ella.
Chocó con él con una exclamación ahogada mientras Fennis la tomaba por los brazos para que no perdiera el equilibrio. Cuando intentó apartarse, la atrajo contra su cuerpo. Un cuerpo dolorosamente familiar y a la vez extraño. Gimió sordamente de desesperación y placer al sentir cómo se ajustaban sus formas y el calor prendía entre ellos.
Aquello era lo que los había unido. Desde la primera vez en que la había tomado en brazos para bailar en su diecisiete cumpleaños, había sido perfecto. Aún podía recordar la mirada impotente, tierna, desesperada de sus ojos al abrazarla, la respuesta inequívoca de su cuerpo, la sensación de triunfo que había sentido cuando Fennis la había besado, sobre la pista, como en un sueño.
— Eres demasiado joven — le había dicho, controlándose, y a pesar de las protestas de Malcolm se había alejado galantemente de ella, se había marchado a Europa a estudiar.
No le había pedido que salieran juntos hasta que él cumplió veinticuatro años. Recordaba perfectamente que Fennis había ido a verla el mismo día que regresó de Europa y desde ese momento habían salido juntos.
Habían pasado dos meses antes de que hicieran el amor por vez primera. Dos meses largos en que su virginidad había sido puesta a prueba, defendida por el autocontrol de Fennis. Ella nunca se había controlado con él. Lo terrible era que seguía igual.
Hubiera podido quedarse allí para siempre. Apenas podía resistirse al deseo de su cuerpo de restregarse contra él. La dignidad no tenía nada que hacer frente a su

elemental atracción. Carne de su carne. Era su mitad perdida, la respuesta a la ecuación de su vida.
Sobre su cabeza, Fennis dijo algo y Malcolm alzó los ojos.
— ¿Qué?
— He dicho «maldita sea» — acarició vagamente la piel de sus brazos que aún sostenía y la miró a los ojos — . Mi vida sería más fácil sin esto.
Al hablar su boca adquiría una forma fascinante. Malcolm entendía perfectamente sus palabras.
— Más fácil — suspiró — . Entre todos los hombres de este mundo, ¿por qué tú precisamente?
— Porque estás hecha para mí — su voz era grave y segura. Después bajó la cabeza hacia ella y Sara la alzó, incapaz de mostrar resistencia.
Sus labios se encontraron. Sus cuerpos temblaron con el mismo arrebato ante el contacto. En un segundo, Sara olvidó cada dolorosa lección que había aprendido de aquel hombre. Le echó los brazos al cuello mientras él la estrechaba, tomándola por la cintura.
Sara se hundió en él, rendida, una rendición que Fennis reconoció y aceptó sin una palabra. No era posible que sus cuerpos estuvieran más cerca. Las manos de Sara se hundían con rabia en su cabello mientras su lengua la exploraba ávidamente.
Sara se sentía como una brizna de hierba movida por un viento huracanado; una mota de arena alzándose frente a una avalancha. Cuando Fennis apartó la boca de la suya y la besó en la garganta, se echó hacia atrás, cerrando los ojos, incapaz de rechazarlo.
— ¿Recuerdas la primera vez?
Las palabras roncas surgían entre besos que iban recorriendo su cuello y su escote. Sus manos pasaron de la espalda a los senos que reclamaban su atención.
Sara gimió.
— Junto a la piscina.
La risa ronca de Fennis estalló junto a su sien. Metió las manos bajo su camisa y acarició la piel, haciéndola gemir de placer. Sus manos iban encendiendo su carne, dejando una huella ardiente mientras ascendían hacia su pecho.
— ¿Papá?
Fennis se estremeció y apartó sus manos, girando e interponiendo su cuerpo entre Sara y los ventanales del comedor, de dónde provenía la voz infantil.
Sara hubiera protestado por el repentino abandono, pero no podía hablar.
— Un segundo, Julia — le costaba hablar, y Sara sintió cómo le dolía apartarse de ella.
Ella empezó a temblar.
Pero la voz infantil surgió de nuevo:
— ¿Con quién estás, papá?
Fennis suspiró y dio un paso, mientras Sara se estiraba la ropa con manos temblorosas. Lentamente, se dejó ver y miró a la que había hablado.
La sorpresa y el dolor la paralizaron, llenaron de hielo su columna antes llena de fuego y por instinto, se apoyó en el brazo del hombre, mareada, para inmediatamente retirar la mano, como rehuyendo todo contacto.
Entumecida por el shock, oyó una voz lejana que decía:
— Julia, esta es mi amiga Sara.
La niña era rubia, con mechones largos y claros. Pero era imposible ignorar su

parentesco. Tenía los ojos de Fennis bajo idénticas cejas, unidas ahora en un gesto de recelo. Tenía también su tipo delgado y ágil, aunque pronto tendría un par de piernas femeninas que dejarían sin aliento a más de uno.
«¿Cómo es posible que duela tanto?» Creía haber superado su amor por Fennis, y al olvidarlo había renunciado a fundar una familia, debiendo vivir con los restos del amor de un hombre que no había confiado lo suficiente en ella.
Y de pronto se daba cuenta de que al negarse la posibilidad de otro amor, no había hecho, sino castigarse a sí misma, creyendo castigar a Fennis. Ella era la que había estado sola durante siete años, mientras que Fennis no había perdido el tiempo.
Sintió que su pecho se llenaba de amargura y un sollozo estalló en su interior. Para contenerlo, tuvo que taparse la boca con la mano. Fennis se dio la vuelta para tocarla.
Pero ella dio un paso atrás, como si se tratara de una serpiente venenosa, y siguió retrocediendo hasta que el frío mármol de la baranda la detuvo.
Fennis la siguió y alzó las manos, como expresando que no iba a hacerle nada y Sara lo miró, sintiendo una agonía tan aguda como había sentido el día en que, loco de furia, Fennis la había acusado de traición y luego se había marchado para siempre.
Bajó la cabeza y cerró los ojos, sintiendo que todo el llanto que había retenido durante el funeral de Octavius y Esperanza, durante los años de soledad y amargura, iba a estallar dentro de ella.
Pero tomó aire y sintió que un muro de protección, construido durante años, ganaba la partida. La bendita indiferencia comenzó a calmar sus miembros tensos y toda emoción se borró. No podía hacerle daño. Más tarde lloraría, pero de momento había vencido al sentimiento que estaba a punto de romperla en pedazos.
Reunió valor y con algo parecido a una sonrisa, avanzó hacia la niña. Extendió la mano como un autómata, diciendo:
— Hola, soy Sara Laims.
La niña observó la mano como si no supiera quehacer con ella, pero por fin la tomó con gracia.
— Soy Julia — dijo.
No lo dijo con alegría, pero Sara no estaba para sutilezas.
— Conozco a tu padre desde que éramos niños, tan pequeños como tú. Pero no somos amigos realmente y sólo he venido a hablar de negocios. Ya me marcho.
Pasó junto a la niña y superó la mesa con sus tres cubiertos, camino de la puerta.
En el vestíbulo tomó el teléfono y llamó a un taxi para que pasara a recogerla.
Cuando se disponía a salir a esperar fuera de la casa, Fennis la llamó. Siguió caminando y estaba en el jardín cuando el hombre llegó a su lado:
— ¿Sara?
No respondió. No podía hablar. Le ardían los ojos y toda su voluntad estaba centrada en contener los sollozos. Siguió caminando hacia el lugar por el que aparecería el taxi.
— Sara, tenemos que hablar.
Sara caminó más rápido, poniéndose la mano en la boca para ahogar un sollozo.
— No puedes ir andando hasta casa, cielo. Déjame que te acerque.
La dulzura de su voz le hizo más daño. Por fortuna, un taxi apareció en el camino.
— Quería hablarte de Julia. Quería que la conocieras, pero no así...
— Pues ya la conozco — lo miró un segundo y buscó apoyo en el muro imaginario de su mente — . Si has vuelto para castigarme, Fennis, puedes estar contento — no podía

ocultar el dolor de su voz cuando dijo — Ojalá fueras tú el Fortess que estaba en ese coche la semana pasada.
Los rasgos del hombre se fijaron en una mueca helada. El taxi se detuvo junto a ellos y Sara entró en el coche mientras Fennis la miraba como si se hubiera vuelto de piedra. Logró pronunciar su dirección y luego se concentró en aguantar hasta su casa sin estallar en sollozos.

Capítulo Tres

Fennis se sentó en el borde de la piscina, mirando el agua sin verla realmente. Era más de media noche y empezaba a resentirse de lo incómodo de su postura, pero permaneció allí, quieto, intentando entender el curso de su propia vida.

Seguía conmocionado por la reacción de Sara al descubrir que tenía una hija, durante aquella extraña velada. Y mientras el agua acariciaba sus pies y sus tobillos, se preguntó por qué motivo todo había salido tan mal. Pues una vez habían sido muy felices.

Desde el primer beso que intercambiaron hasta el día en que la había pillado en la cama con su hermano, había sido un hombre feliz. O eso había creído. Y jamás había conocido a una mujer que pudiera hacerle olvidar a Sara.

Ni siquiera una mujer que le gustara lo suficiente como para pensar en compartir su vida con ella. Tampoco había tenido ninguna oportunidad de comprobarlo con Leila. Se habían casado para legalizar la situación de Julia, pero nunca habían tenido una vida en común.

No era justo culpar por ello a su exmujer. Leila no había podido luchar contra los fantasmas. Fennis suspiró, un sonido extraño en la quietud de la noche. Le gustaría estar alguna vez en la cama con alguna mujer sin imaginar inmediatamente que era a Sara a quien abrazaba. Había logrado eliminarla de sus pensamientos diurnos, pero había habitado en sus sueños durante años.

Los recuerdos de su sonrisa burlona, de sus ojos luminosos, lo habían perseguido y torturado desde su partida. Cuando niños la veía como a una hermana pequeña, un tanto insoportable, mientras que se hacía inseparable de Alina durante los años del instituto. Siempre le había maravillado la diferencia entre las dos hermanas.

Físicamente, hubieran podido pasar por gemelas, salvo por la diferente altura. Alina era más alta que Sara, pero ambas tenían un rostro y un cuerpo que hacía que los hombres se detuvieran por la calle, fascinados.

Pero sus personalidades no hubieran sido más diferentes si hubieran nacido en planetas distintos. Alina era tranquila, Sara inquieta. Alina callada, Sara sociable. La primera tenía un carácter equilibrado y sobrio, mientras que la segunda era exuberante, un verdadero volcán. Con Sara no había puntos medios. Te quería o podía matarte.

Alina era una mujer llena de gracia y elegancia, y siempre vistió con distinción. Mientras que la vivaz Sara no podía entrar en una reunión sin que todos los hombres se dieran la vuelta a su paso. Y su natural seducción era puesta en evidencia por su ropa, no siempre discreta.

En el funeral de su hermano, una parte de él hubiera querido tapar sus piernas demasiado largas y desnudas, objeto de atracción de todas las miradas masculinas. Otra parte se limitó a disfrutar del espectáculo.

¿Por qué no se habría enamorado de Alina? Era su amiga, pero nunca sintió por ella más que afecto. En cuanto a Sara... Cuando la chica cumplió quince años, todo su ser adolescente se incendió de deseo. Y seguía igual, se dijo con ironía. Debería odiarla sólo por eso.

Metió una mano en el agua fría. La primera vez en que habían hecho el amor estaban

junto a la piscina, tumbados sobre la hierba húmeda. De haberlos descubierto, su padre lo hubiera matado y el de ella lo habría cortado en pedacitos. No le extrañaba, ahora que era padre a su vez.
Pero no había pensado en eso. Lo único en lo que había pensado había sido en quitarle el bañador completo que llevaba entonces. Llevaban dos meses saliendo juntos, desde el día en que Fennis regresó de Europa, sin haber dejado de pensar en Sara ni un día de su vida.
No se habían separado desde entonces y cada vez, él había logrado retenerse, convencido de que debía esperar hasta poder proponerle matrimonio. Había superado las tentaciones de su sangre ardiente y el suplicio le hacía sentirse heroico.
Pero la noche de los veintitrés cumpleaños de Alina, olvidó sus promesas de sacrificio.
Habían organizado una fiesta en honor de Alina en casa de sus padres, habían nadado y poco a poco, los amigos se habían dispersado, hasta que sólo quedaron Sara y él.
Aún recordaba la tensión de su cuerpo al comprender que estaban solos. Casi nunca estaban solos, en parte para evitar tentaciones y en parte porque salían en pandilla y se veían en lugares públicos.
Cuando Alina desapareció con su amigo, Sara le tiró agua a la cara y exclamó:
— Te reto a una carrera.
Él se había echado a reír.
— ¿Cuándo vas a aceptar que no puedes ganarme?
Sara no contestó y se tiró al agua. Fennis la siguió, alcanzándola a mitad de piscina. Allí le tiró de la pierna y mientras la joven se debatía entre risas la abrazó para sentir su cuerpo e impedirle que huyera.
La privacidad inesperada era un potente afrodisíaco y cuando Sara le pasó los brazos por el cuello y apretó sus preciosos senos contra su pecho, perdió la cabeza.
Y ella lo siguió. Se acariciaron, besaron y exploraron sobre la hierba, gimiendo ante las sensaciones de la carne recién descubierta.
— ¿Fennis? — había susurrado Sara.
— ¿Qué? — él había logrado bajarle el bañador y le estaba acariciando el pecho con la boca.
— Por favor, ¿puedes... podemos... hacerlo?
La tímida petición terminó de enardecerlo. La miró, acurrucada entre sus brazos, con los pezones duros rozando su pecho y su cuerpo dio la respuesta. Pero todavía vaciló, perseguido por sus promesas.
— Podemos hacerlo, pero no es necesario.
Su sentido común se evaporó cuando ella lo miró y apretándose más contra él, presionando su erección contra su vientre, susurró:
— Pero es que quiero hacerlo. Por favor.
Se le subió la sangre a la cabeza. Tendió una toalla en una zona de hierba más alta y blanda y terminó de desnudar. Aunque ya la conocía, al ver su hermoso cuerpo desnudo y ofrecido, sintió que temblaba de pasión.
Estaba tan excitado que apenas pudo quitarse su propia ropa, ni acariciarla el tiempo suficiente, ansioso por satisfacer su propio deseo largo tiempo reprimido.
Tardaron algunos meses en encontrar el placer conjunto, y luego el sexo entre ellos fue más de lo que hubiera podido imaginar, cuando Sara se reveló como la mujer llena de sensualidad que era.

Fennis se movió con intranquilidad, excitado por los recuerdos y se pasó la mano por la nuca, angustiado. ¿Qué les había pasado después?
De pronto dejó de recorrer las imágenes agridulces del pasado, asaltado por el recuerdo más cercano de la reacción de Sara ante la aparición de su hija.
Toda excitación desapareció, remplazada por el deseo de saber qué había pasado en aquel momento por la mente de Sara.
No había duda de que un dolor devastador la había invadido al ver aparecer a Julia. En los segundos en que no había podido disimular, Fennis había visto sobre su rostro la expresión de la sorpresa, la incredulidad, seguida del reconocimiento y una agonía sin matices.
Había cerrado los ojos y Fennis había creído por un momento que su indestructible Sara iba a desmayarse.
Cuando había intentado hablarle, su reacción había sido tan inesperada como su silencioso sufrimiento. Había huido de él, como si sintiera pánico, con el rostro demudado y una mirada vacía y salvaje. Le había asustado verla así, como un animal herido.
La había hecho mucho daño, de eso estaba seguro. Pero no lo había hecho a propósito. Como no la había besado deliberadamente. Iba a hablarle de Julia antes de que su hija apareciera para la cena, pero se le había olvidado cuando había empezado a tocarla.
No quería pensar en lo que significaba sentir tanto placer por tenerla de nuevo entre sus brazos. Le bastaba recordar que también había estado en brazos de su hermano.
El pensamiento no provocó la habitual cortina de ira que se abatía sobre su mente. Seguía oyendo las patéticas palabras de Sara: «Si has vuelto para castigarme, puedes estar contento».
Se había mostrado tan conmocionada como siete años antes, como una persona que ha recibido un golpe en el estómago y está haciendo un esfuerzo por no doblarse y caer de bruces.
Era cierto que había deseado castigar, pero lograrlo le había amargado la victoria: verla doblada de dolor ante sus ojos le había dejado un sentimiento abyecto de vacío.
Odiaba pensar que se había vuelto un hombre tan mezquino. No había sido una persona entera desde que oyó a su hermano declararle su amor, aquel triste día siete años antes. Pero el tiempo no había pasado en vano y el odio que sentía había muerto.
Volvió a pensar en Laraían. Pues después de desmoronarse ante sus ojos, había hecho algo increíble, algo que muchos hombres fuertes no hubieran logrado ante un golpe físico.
Cuando pensaba que iba a disolverse, se había recuperado. Observó cómo se retiraba, buscaba cobijo mentalmente, y resurgía con nuevas fuerzas para enfrentarse a la realidad. Cuando volvió a mirarlo, estaba en calma. No había la menor alegría en ella, pero el mero hecho de haber logrado recuperarse era asombroso.
La calma duró lo suficiente para permitirle salir del comedor. Había logrado huir, pero sin llegar a proyectar su imagen habitual de inconsciente seguridad en sí misma. Era como si dos mujeres habitaran en su cabeza y Fennis se preguntó a cuál había amado años atrás.
La antigua Malcolm le hubiera tirado cualquier objeto cercano a la cabeza. Hubiera gritado, insultado y llorado, y asustado a la pobre Julia. Cuando volvió a verla en el

funeral, hubiera jurado que la mujer que conocía no había cambiado un ápice, salvo por la sofisticación que presta la madurez. Había respondido a sus pullas verbales con ingenio y había percibido su genio y talento en cada frase.
Pero no había ningún espíritu en la mujer anonadada que había salido de su casa aquella noche.
Aquella nueva Malcolm había estado a punto de llorar. No había visto a Sara llorar desde que Chispa, el perro que había sido fiel compañero de su infancia, murió. Y entonces tenía doce años.
La culpa se instaló como una mano de hierro sobre su nuca ya tensa. Conocía muy bien ese sentimiento. Se había sentido culpable desde el día en que Leila Monsalve había llamado a la puerta de su apartamento de Atlanta y le había dicho que estaba embarazada. Había sucedido al poco tiempo de dejar su casa y a la mujer que iba a ser su esposa.
No sirvió de mucho que se dijera que había estado fuera de sí, lleno de rabia y dolor, empeñado en borrar a Sara de su mente con otras mujeres. Lo que había hecho estaba mal.
Había hecho un mal a Leila, a Sara y sobre todo a la pequeña Julia.
Aquella niña hubiera merecido un hogar feliz, o al menos un padre que amara a su madre. Pero Fennis nunca se había imaginado padre de un hijo que no fuera también de Sara. Miles de veces se había sorprendido deseando lo imposible: que esa criatura fuera hija de Sara.
Sí, la culpa había sido su compañera durante mucho tiempo.
Y ahora tenía que volver a vivir con ella, tras comprobar el dolor de Sara. Durante mucho tiempo había deseado mostrarse con otra ante los ojos de Sara, para herirla y triunfar, pero una idea lo había retenido: puesto que ella ya no lo quería, ¿qué podía importarle que él estuviera con otra mujer?
Y aquella noche, sin haberlo planeado, había llevado a cabo su cruel venganza. Y después de siete años, la invencible había estado a punto de estallar en sollozos ante la prueba de… ¿De qué? ¿De qué él había sido infiel?
Aquello no tenía ningún sentido después de lo sucedido con su hermano.
Se lanzó al agua y mientras nadaba, volvió a sorprenderse por la ausencia de odio en su interior. Palpó mentalmente la ira antigua, tan familiar, y la encontró, pero sin aristas, como gastada por el tiempo. Necesitaba saber por qué lo había engañado con Octavius, pero ya no lo guiaba el deseo de verla sufrir.
Ya lo había logrado.
Y no deseaba que sufriera más. Pero ahora necesitaba que lo ayudara a salvar el negocio de la familia, la herencia de su hija. Y haría lo que fuera necesario para lograrlo.
Sara estaba colocando un vestido adorable de otoño, diseñado por su amiga Alice, en una de las muñecas del escaparate de su tienda de juguetes, cuando lo vio acercarse. A través del cristal, sus ojos se encontraron. Sara se esforzó en sostener su mirada, y cuando Fennis apartó la vista, se sintió recompensada.
Hasta que se dio cuenta de que Fennis había bajado la vista para contemplar el escote que mostraba su blusa entreabierta.
¿Qué hacía allí? ¿Había ido para echar más sal en la herida? Cada vez que recordaba la horrible noche quince días atrás sentía que se le revolvía el estómago.

¿Cómo había sido capaz de hacerle eso? ¿Lanzar de manera tan cruel su hija a la cara?
¿Y por qué no? Desde su punto de vista, Sara le debía mucho más. A pesar de sus disculpas, estaba segura de que había arreglado el encuentro sorpresa con la pequeña para vengarse.
Su hija. Fennis no tenía razones para saber cuánto iba a doler, descubrir que tenía una hija. Él no se moría, como Sara, por tener hijos, ni sentía que su vida se había echado a perder el día en que se habían separado para siempre.
Fennis cruzó la puerta haciendo sonar una campanilla que anunciaba a los visitantes. Sara salió rápidamente del escaparate, consciente que, en su postura reclinada, la corta falda de terciopelo rosa que llevaba no debía cubrir gran cosa de sus muslos.
Fennis emergió tras una montaña de osos de peluche creados por un artesano local justo cuando Sara había logrado recomponer su estampa.
— Hola, Sara.
Incluso el sonido de su voz parecía lleno de aristas que se clavaban en su corazón. No podía mirarlo, de manera que se dio la vuelta para recoger los juguetes que no había terminado de colocar, dejando que la cortina de su cabello ocultara su rostro.
— Hola, ¿puedo ayudarte en algo? — fría y educada, decidió. Era más fácil atacar que defenderse — . ¿Algo para la niña de la que estás tan orgulloso?
No respondió.
Como la cortante respuesta que esperaba no surgió, Sara se decidió a mirarlo.
Fennis la estaba mirando con seriedad y algo que se parecía sospechosamente a la compasión en lugar del desprecio habitual.
— Quiero hablar contigo. Aquí o en otro lugar, como prefieras.
Sara movió la cabeza con energía.
— No. Tú y yo sólo tenemos que hablar de negocios y lo haremos en las juntas, con los demás accionistas.
— ¿Has comido?
Típico de Fennis, ignorar lo que acababa de decir.
— No — respondió — . Pero no voy a parar a comer.
— ¿Por qué? — por vez primera, Fennis miró la tienda con atención — . Pensé que tu hermana trabajaba contigo.
Sara le dedicó una mirada que indicaba sus dudas sobre su cociente intelectual.
— ¿Te refieres a Alina, que tuvo un hijo hace menos de un mes y se pasa el día cuidándolo?
— ¿No tienes más ayuda?
— Dos chicas en media jornada. Y necesito contratar a alguien más, al menos para la temporada navideña — se dio cuenta de que contestaba a sus preguntas como una buena alumna y se dio la vuelta con rabia — . Adiós, Fennis.
— ¿Quieres salvar las industrias Fortess?
La pregunta la hizo parar en seco cuando se dirigía a la trastienda.
— Claro — dijo, preguntándose dónde querría ir a parar — . Ya te he dicho que no tengo nada que ver con...
— Creo que puedo salvar la empresa, pero necesito tu ayuda.
Sara lo miró de nuevo y luego se puso la mano en la oreja con gesto humorístico, como si temiera haber oído mal.

— Di eso otra vez.
— Necesito tu ayuda para salvar la empresa.
— No. Sigue solo. Monta tu caballo blanco y dedícate a salvar lo que quieras.
Yo tengo una vida propia.
— Si no me ayudas, no creo que pueda evitar la bancarrota.
— No creo que me necesites para nada.
— Pues ya ves que sí — alargó las manos en gesto de impotencia y las estudió, poniéndolas luego sobre el mostrador tras el cual se había refugiado Sara — . Quiero que te cases conmigo. Juntos, controlamos lo suficiente para asegurar que la empresa siga el rumbo que creo correcto.
Sara se había quedado literalmente sin habla. Buscó palabras en su mente, pero no encontró nada. ¿Era posible ser más insultante?
— ¿Puedo tomar tu silencio por un sí? — para estarse burlando de ella, su expresión era intensa y grave.
— Has debido pasar en un manicomio todos estos años — dijo al fin Sara.
Con la voz regresó la ira. Se sentía insultada. ¡Maldito tipo! Nadie en el mundo podía hacerle perder los nervios como Fennis
— ¿Así que no era buena para casarme contigo cuando decidiste que tu hermano y yo estábamos liados, pero ahora que necesitas salvar tu negocio, me he vuelto aceptable? — dijo ella
Tomó un libro grueso que había sobre la mesa, con la tentación de lanzarlo a la cabeza.
— Si me tiras eso, te juro que ese mostrador no te defenderá — amenazó Fennis sin alzar la voz. Al ver que la mujer dejaba el tomo con gesto resentido, prosiguió — ¿Estás tan furiosa porque me marché o porque he vuelto con una hija?
— ¡Por nada! No estoy furiosa. Para estar furiosa tendría que importarme algo lo que hagas — oyó el temblor en su voz y tuvo el valor de ocultarlo — . Lo único que me preocupa es que sacaste tus conclusiones y rompiste el corazón de tu hermano y jamás has reconocido que pudiste equivocarte. Y ahora él ya no está y es demasiado tarde.
Fennis se estremeció visiblemente. Cuando habló, lo hizo con temor:
— ¿Cómo iba a equivocarme? Sé lo que vi y lo que escuché. ¿Estás diciendo que malinterpreté algo?
— ¿Tú, el que nunca se equivoca? ¿Equivocarte tú? — el sarcasmo fue la única respuesta.
Hubo un tenso silencio. Fennis la miró con una expresión reflexiva que la perturbó más de lo que quería reconocer. Después, una mirada neutra, vacía, tomó el lugar de la duda.
— ¿Cuándo te parece que nos casemos? Debería ser cuanto antes. Hay cosas que no pueden esperar.
— No me parece que nos casemos — declaró Sara entre dientes — . Mi respuesta es no.
— Además, me gustaría que vinieras a vivir a casa, porque pretendo que trabajemos juntos y será más fácil. Por supuesto, tendrás tu habitación — añadió Fennis, magnánimo — . Y la señora Evans se queda con nosotros, claro, para organizar la casa. No quiero que Julia sufra más cambios en su vida.

Aquello dolía. Era obvio que pensaba en su hija. Más que doler, quemaba.
— Te he dicho que no me interesa. Seguro que hay alguna otra mujer en algún lugar dispuesta a aceptar la oferta.
Una sonrisa de lobo curvó la boca de Fennis y Sara comprendió tarde que había errado el tiro.
— Hay muchas mujeres dispuestas a aceptar la oferta, preciosa. Te recuerdo que tú misma lo estuviste una vez — Sara lanzó una imprecación que él no atendió — . Pero aquí hablamos de algo más importante. Octavius dejó el negocio al borde del precipicio. Si quiero sacarlo de ahí, tendré que dedicar mucho tiempo al negocio y quiero que me ayudes. Tengo mis propios negocios a los que atender, además de este.
— ¿Cuáles? — intentó concentrarse en las palabras en lugar de en la imagen de Fennis retozando con otra mujer.
De nuevo ignoró su comentario.
— Ya estoy negociando un contrato para Fortess, para fabricar en masa un nuevo producto. Necesito muchas relaciones públicas, y tú tienes la formación y la clase necesaria para ayudarme.
— Qué halagador.
— Y sabes manipular a los hombres para que hagan lo que quieres.
Sara alzó la ceja.
— Vaya, he pasado de ser una azafata a una prostituta en dos frases.
— Nos casaremos. Así que espero que te comportes como una mujer casada. Al menos en público.
— Cuando las vacas vuelen.
Fennis hizo una mueca de disgusto, pero siguió hablando:
— Con tus conocimientos, puedes ayudarme mucho en el aspecto financiero. Hay cosas muy raras en la contabilidad y me gustaría conocer tu opinión — se pasó una mano nerviosa por el cabello negro — . Aunque confío en mis empleados de Atlanta, me volveré loco llevando dos negocios a la vez.
— Ya estás loco — Sara sabía qué se estaba pasando de lista, pero la propuesta del hombre era malsana — . Deberías pedir ayuda.
La luz en los ojos de Fennis se hizo más intensa.
— Eso intento hacer. Quiero cambiar la estructura de la empresa y de los mandos, pero no puedo hacerlo sin tu apoyo. Entre los dos podemos enderezarla y luego dejarla en manos de un buen gerente.
— Tengo un negocio, por si no te has dado cuenta. No busco trabajo.
— Puedes trabajar conmigo en la casa, por las tardes. No hace falta que vayas a la oficina.
— No me extraña que te parezca difícil llevar dos negocios — exclamó Sara —... Estás sordo. He dicho no.
— Julia necesita una madre. Tú lo harías bien.
Aquello la dejó de piedra. Pensaba que Fennis no podía hacerle más daño, pero estaba equivocada.
— Que lo haga su propia madre — replicó ácidamente — . ¿O también la abandonaste?
El dolor la atravesó de nuevo y no pudo evitar que las lágrimas asomaran a sus ojos.
— No sigas — la voz de Fennis era tan autoritaria que Sara sintió que la rabia

remplazaba a la pena.
Nunca le había hablado así cuando eran jóvenes.
— La madre de Julia no quiere estar con ella — dijo — . Me odia y ve a mi hija como la prueba del peor error de su vida.
Sara sabía lo que era sentirse rechazada. Pero apartó la inmediata simpatía que sintió por la pequeña. La mera idea de hacer de madre de un hijo de Fennis la ponía enferma.
— ¿Por qué yo? — furiosamente se mordió los labios para luchar contra el llano.
— ¿Por qué no? Nos conocemos muy bien. Ya me sé todos tus defectos.
— No sabes nada de mí — dijo Sara amargamente — . Ya no soy la niña idiota que adoraba cada palabra que salía de tu boca.
— Ya sé que no eres ninguna niña — mientras hablaba fue acercándose y dio la vuelta al mostrador — . Y conozco otras cosas — dio un paso más hacia ella.
Sara retrocedió chocando con el pequeño cuarto donde guardaba la ropa y las bebidas.
— No hagas eso — pidió Sara, reconociendo el horror de sentirse atraída por un hombre que la odiaba.
— Lo siento, pero es la única forma de que te calles.
Sara alzó las manos para detenerlo, pero Fennis la tomó por las muñecas, las colocó junto a su cabeza y echó su cuerpo sobre ella, presionándola contra la pared.
Hubo unos segundos de silencio eléctrico, tenso, puntuado por sus respiraciones agitadas. Luego Fennis se acercó más, presionando sus senos, dejándole ver la mejilla que azulaba la primera barba. Fennis tragó saliva y Sara siguió el movimiento de su nuez, fascinada.
— Bésame — pidió y sus palabras la sacaron del letargo sensual que sentía.
Sabía que no podía luchar contra él, pero giró la cabeza para negarse.
— Ni hablar.
Fennis tomó sus dos muñecas con una sola mano y con la otra tomó su barbilla, y sin esperar su respuesta, empezó a besarla.
Sus cuerpos se unieron más, como piezas de un puzzle. Sara sentía su erección contra el vientre y su boca que la besaba como si ella fuera un manjar deseado durante años.
Lo odiaba y no quería responder. Pero su cuerpo, que reconocía al único hombre al que había amado, no quería saber nada de sus decisiones y se dejaba hacer, hasta que su boca se abrió sola para recibirlo.
Cuando vio que su lengua se unía tímidamente a la suya, Fennis soltó sus muñecas y acarició sus costados mientras las manos de Sara se enlazaban sobre su nuca.
Sujetó su cabeza con una mano, asegurándose sus besos, mientras la otra descendía con seguridad por su espalda, y allí tomaba sus nalgas para acercarla aún más a su pelvis.
Sara gimió ante el gesto y él absorbió el sonido. Durante un tiempo eterno, exploraron sus bocas, mientras Fennis la mantenía pegada a la pared del almacén, apretándose contra ella hasta que la tensión erótica se hizo insoportable para ambos.
Entonces, Fennis se apartó y apretó el rostro de Sara contra su hombro.
— Espera — dijo sin aliento — . Sara, tenemos que parar.
Las palabras eran un eco familiar, doloroso, de los primeros meses de noviazgo.
Como si surgieran de un lugar profundo, Sara intentó comprender, aún pegada a él, mientras Fennis la tomaba por la cintura y establecía la primera distancia entre ellos.

— Esto es infernal — dijo Fennis mientras Sara, repentinamente consciente de lo ocurrido, se apartaba — . Y no forma parte del plan.
Sara no le contestó. Estaba avergonzada. Se odiaba a sí misma y lo odiaba a él. Aquel hombre había pensado lo peor de ella, la había abandonado y en el minuto en que volvía a verlo, se derretía como cera junto a la llama.
— No quiero desearte — dijo, temblando.
— Eso es un sentimiento fútil — replicó Fennis — . Está claro, preciosa, que no podemos dejar de tocarnos. Siempre fue así y siempre será así.
Sara giró para mirarlo, indignada.
— Y hay otra conclusión: nunca me casaré contigo.
Fennis se detuvo, como un animal oliendo el peligro.
— Si te niegas, perderemos Fortess. Y la gente quedará sin trabajo.
— Eso dices tú — Sara se rozó los labios que seguían palpitando — . Pero sólo tengo tu palabra — rió seca, tristemente — . Y los dos sabemos lo que vale tu palabra.
Un profundo sonrojo cruzó por el rostro moreno del hombre.
— Eso es culpa tuya.
— Una promesa es una promesa — dijo Sara — . No tenías ni idea de lo que sucedió entre Octavius y yo. Sacaste tus conclusiones y te largaste sin querer saber la verdad — de pronto, se dio cuenta de lo que decía y se detuvo, bruscamente. No tenía la menor intención de defenderse a esas alturas.
Fennis la estaba mirando como un gato sobre una superficie ardiendo, su curiosidad y su temor casi palpables en el pequeño almacén. Pero Sara no quería más preguntas.
— Bien — dijo simulando frivolidad — . Como no paro de repetir, no tenemos nada de que hablar. Ya puedes marcharte.
— No me marcho a ninguna parte — dijo Fennis — . Contesta: ¿te casarás conmigo, sí o no?
— Segunda opción — dijo ella — . No.
— Muy bien — se volvió y dio un paso hacia la puerta — . ¿Algún mensaje para la gente del bar de la esquina? Aprovechando que voy a hablar con ellos — añadió y Sara lo miró con odio.
— ¿Para qué?
Fennis fue hasta la puerta de la tienda.
— Quiero hablar con los dueños sobre el contrato.
Sara se interpuso entre él y la salida.
— ¿Y qué les dirás?
— Que tienen que buscarse otro sitio. Al igual que el resto de los comerciantes.
— ¡No!
— Pues cásate conmigo.
— ¡No puedo!
— No quieres — la corrigió Fennis, abriendo la puerta, pese a los esfuerzos de la mujer.
La desesperación la hizo balbucir:
— Si me caso contigo...
— Nadie tendrá que preocuparse.
— Eres... eres un gusano — la voz de Sara temblaba de rabia impotente — . Esto es un golpe muy bajo, incluso viniendo de ti.

— Ya.
Hubo un largo silencio, como el que antecede a la batalla. Sólo que un enemigo tenía más armas y lo sabía.
Sara bajó la vista.
— ¿Cuándo quieres que me traslade?
— Mañana — declaró Fennis —, Cuanto antes mejor.
Sara no respondió, demasiado tensa, procurando no gritar. ¿Cómo podía ser tan canalla?
Fennis tomó su silencio por una nueva duda.
— Mira. Lo haremos sólo durante seis meses. Si todo está en orden para entonces, serás libre para marcharte.
Seis meses. Estaba tan lejos como una pequeña luz al final de un túnel. Asintió lentamente, aliviada por la existencia de un plazo.
— Está bien. Tengo dos condiciones.
De pronto era Fennis quien la miraba como si fuera una serpiente venenosa.
— ¿Cuáles?
— En primer lugar, quiero un acuerdo nupcial que establezca todos los detalles de este despreciable asunto. Incluida la promesa de congelar los alquileres del centro comercial para los próximos tres años.
Fennis pensó unos segundos, y luego asintió.
— Me parece bien. ¿Cuál es la segunda?
— Iremos a comer mañana y me lo contarás todo sobre tu hija.
— ¿Mi hija? — Fennis parecía aún más receloso, y su aspecto, siempre tan seguro de sí mismo, sufrió cierta vacilación.
— Si tengo que vivir con esa niña, necesito saberlo todo sobre ella. Todo — explicó Sara, mirándolo sin dulzura.
Fennis asintió buscando en sus ojos algo, pero sólo encontró la fría exigencia de una mujer de negocios.
— Me parece justo — dijo.

Capítulo Cuatro

Fennis la llevó a comer al club de campo y Sara se preguntó cómo habría conseguido ser miembro tan rápidamente, pero luego recordó que sin duda su familia estaba entre los socios fundadores y tenía reserva de plaza.

Cuando la camarera se acercó a tomar nota de los platos, Sara disfrutó malignamente pidiendo langosta, el plato más caro de la carta, aunque sabía que el precio no afectaría a Fennis, si es que su atuendo y su coche eran realistas al hablar de una condición económica más que desahogada.

Cuando les llevaron las bebidas, un silencio incómodo se instaló entre ellos. Fennis tomó aire y Sara se limitó a alzar las cejas, esperando a que hablara.

— No es... fácil, si quieres la verdad. No estoy muy orgulloso de lo que pasó.

Estupendo, se dijo Sara. No quería que fuera fácil para él, después de lo que ella había sufrido en los últimos días.

— Quiero la verdad.

Fennis se movió en la silla, pero asintió.

— La verdad — tomó su vaso y bebió un trago de cerveza —. Después de que tú — vaciló y su gesto se tensó al recordar — ... Después de mi partida, viajé sin destino fijo. Mi madre me pidió que regresara, pero no podía vivir aquí. Un día me aburrí de moverme y como estaba en Atlanta, me quedé allí. Utilicé mis apellidos para llamar a una serie de puertas y conseguir un trabajo en alguna empresa. Y justo entonces la posibilidad de comprar un negocio apareció como caída del cielo.

— ¿Qué clase de negocio? — Sara no tenía la menor idea de dónde provenía su dinero y se moría por saberlo.

Vaciló de nuevo.

— Te lo diré, pero no te rías.

— ¿Por qué iba a reírme? — intrigada a pesar suyo, se inclinó hacia adelante y cruzó los dedos — . Te juro que no me reiré.

— Ataúdes.

— ¿Ataúdes? — una sonrisa burlona subió a sus labios y se contuvo para no soltar una carcajada — . ¿Haces ataúdes?

Fennis la miraba con enfado.

— La generación de los cincuenta se está haciendo mayor. Es un negocio con futuro.

Sara asintió con un gesto de mortal seriedad.

— Desde luego.

— Te estás riendo — la acusó Fennis — . Por eso no te lo había contado antes.

— Perdona — se puso la mano ante la boca — . Es que no lo esperaba.

— Ni yo — replicó Fennis irónicamente — . Como te dije, fue una oportunidad. Y utilicé parte de mi herencia para comprar el negocio.

Pidió otra cerveza y Sara lo acompañó, diciéndose que una pequeña ayuda no le vendría mal.

— Contraté a un par de personas en el momento y luego fui completando el equipo. Mi primera ejecutiva fue una chica, una mujer, llamada Olivia Monsalve, Leila. Era joven, como yo, recién salida de la universidad con un título de finanzas y muy lista.

Una punzada de envidia se clavó en el pecho de Sara. Fennis había pensado muchas cosas de ella en su vida en común, pero dudaba de que hubiera alabado ante alguien su inteligencia.
— Tuve una aventura con ella — dijo.
Su mirada era fría y contemplaba a Sara como un halcón a su presa.
Ella mantuvo una expresión neutral, como si sus aventuras no la afectaran.
— Una noche, después de una cena de trabajo con varios clientes, la dejé esperando frente al restaurante mientras iba a buscar el coche y al pasar delante de ella, sucedió algo: estaba de perfil, no me miraba, y por un segundo, te vi a ti — tomó aire antes de seguir — . Me di cuenta de pronto de que la había elegido porque me recordaba a ti. Como si eso fuera a servir para que salieras de mis malditas pesadillas.
Sara gimió. ¿Por qué le habría preguntado por la niña? Aquello le iba a permitir reprocharle de nuevo el fracaso de su relación y hacerla sufrir. Pero Fennis seguía hablando y sus palabras penetraron en su mente, pese a su deseo de negar.
— Nuestro... asunto no duró mucho y ni siquiera fue el único. Por desgracia cometimos un error y unos meses más tarde, en febrero, me dijo que estaba embarazada.
Febrero. Sara intentó superar el frío silbido de su mente. No había tardado ni un año en dejar embarazada a otra mujer. Alzó la mano y pidió una tregua:
— Para.
— No. Querías saberlo — cuando Sara intentó ponerse en pie, la tomó por la mano para que permaneciera sentada — . Julia nació en octubre y su madre y yo nos casamos un par de meses antes.
Tendría que haber hecho algún comentario sardónico, pero no se le ocurrió ninguno. La revelación de su escaso amor por ella la había dejado muda de tristeza.
De no haber sido porque sus manos cubrían las suyas se hubiera marchado al instante. Unas manos a las que había amado mucho y que conocía bien, que solía mirar pensando que pertenecían al hombre de su vida, al padre de sus futuros hijos.
Pero él había encontrado a otra persona.
Seguía mirando esas manos cuando todo empezó a girar a su alrededor, y el prisma se fue estrechando hasta que sólo quedó un punto de luz y una voz que le decía:
— Sara!
Vagamente, comprendió que Fennis la sostenía por la nuca y le estaba diciendo que respirara profundamente y bajara despacio la cabeza.
Poco a poco la visión regresó y pudo darse cuenta de que otros comensales los miraba con curiosidad.
— Toma un trago — dijo Fennis — . Ya ha pasado, pero estás completamente blanca.
— No me voy a desmayar — dijo tontamente, apartando la cabeza del contacto de sus manos.
Tenía el cuerpo de Fennis sosteniéndola por detrás y sentía su grato calor, pero aunque se hubiera quedado así para siempre, se irguió con orgullo y repitió .
— Yo no me desmayo.
— Ya, ya lo sé — sonrió Fennis y hubo una dulzura extraña en su sonrisa, que la hizo odiarle más.
— Debe ser la cerveza con el estómago vacío — comentó Sara — , Pásame un poco de pan.
Fennis le tendió la bandeja y explicó con calma:

— Si te hace sentirte mejor, te contaré que nuestro matrimonio fue un desastre desde el primer día. Leila tardó unos cinco minutos en comprender que era una sustituía tuya.
Sara había esperado amargura en su voz, y la tomó por sorpresa la triste resignación de su tono.
— ¿Si me odiabas tanto por qué le hablaste de mí?
Fennis alzó la ceja y esta vez sí habló con dureza y una burla dirigida hacia sí mismo.
— No le hablé de ti, pero el hecho de que dijera tu nombre en mitad de la noche y en otros momentos la alertó.
No era justo. Tendría que haber sentido cierta satisfacción al saber que Fennis había sufrido tanto como ella, pero la imagen del hombre con otra mujer la hirió profundamente. Para tragar el nudo en su garganta, regresó a la estrategia de ataque.
— Y déjame adivinar — dijo alzando la ceja — . Te abandonó antes de que pudieras explicarle lo que realmente había pasado.
Fennis tardó unos segundos en asimilar la pulla, pero luego se limitó a decir:
— No, no me abandonó. Me llevó cerca de cuatro años comprender que estábamos arruinando la infancia de Julia con nuestras continuas peleas. Entonces pedí el divorcio — hizo una mueca — . Leila me sustituyó por otro en seguida. El problema era que su nuevo novio no quería un niño de otro hombre. Y Leila ve a Julia como la imagen del tiempo perdido.
— ¿Y ella está contigo de vacaciones o algo así? — le dolía la garganta e intentaba no querer a Julia, pero su innata piedad la hacía dolerse por el drama de la pequeña.
Ella había deseado tanto un hijo de Fennis...
La expresión del hombre se ensombreció.
— Gané la custodia de Julia hace un año. Leila no la ha visto desde entonces y apenas la llama. De momento, mi hija sólo me tiene a mí. Y a ti — añadió — , si vas a ser su madrastra.
— No lo creo — madrastra, le costaba hasta enunciar la palabra.
— Lo serás dentro de poco — su expresión se hizo amenazante — . Y te agradecería si no la traumatizas más cuando vengas a vivir a la casa.
La mano de Sara tembló cuando alcanzó el vaso de agua.
— No puedo hacerlo.
— Me habías dicho que sí.
— Me has obligado — apenas podía ocultar su angustia.
Los ojos de Fennis eran implacables.
— Es culpa tuya.
— No es verdad — susurró Sara, pensando que debía decirle que nunca lo engañó, nunca lo abandonó, siempre lo quiso. Apartó la vista de él, incapaz de resistirse a defenderse por última vez — . Yo confiaba en ti, mucho más de lo que tú confiabas en mí.
Fennis cruzó los brazos y la miró con interés distante.
— Y ahora querrás contarme tu versión de qué hacías en la cama con Octavius intercambiando apasionadas palabras de amor.
Sara depositó el trozo de pan que estaba mordisqueando, repentinamente inapetente. Nunca iba a creerla y era mejor aceptarlo de una vez por todas.
— ¿Sabes? Esto no ha sido buena idea. Es mejor que nos levantemos y demos por terminada la comida.

— ¿No quieres la langosta?
— No — dijo poniéndose en pie — . Me marcho.
Fennis se alzó también, pagó la cuenta y la siguió fuera del restaurante.
— Algún día — dijo mientras abría la puerta de su coche para que Sara entrara — , te tocará a ti hablar. Tengo una larga lista de preguntas para ti.
Mientras Fennis daba la vuelta al coche, Sara deseó poder chasquear los dedos y encontrarse en su casa, y poner fin a tan ingrato encuentro. Mientras lo pensaba vio a Stan Haldem con una mujer entrando al club.
Él la vio también, y aunque una expresión de recelo cruzó su rostro, se acercó a saludarla. Después de la forma en que lo había tratado, Fennis no le extrañaba que el pobre desconfiara.
— Hola, Stan — saludó por la ventana abierta.
— Hola, Sara — dijo él y se inclinó — . Señor Fortess.
Fennis le devolvió el saludo.
— Haldem. Nos veremos en la reunión del próximo martes.
— Es verdad — asintió éste — . ¿Vas a dedicarte activamente a la empresa?
Octavius solía estar de acuerdo con la junta directiva...
— Ya he leído las actas — le interrumpió Fennis — . Y francamente, creo que yo voy a ser un poco más difícil que mi hermano. No me gusta cómo se han llevado los asuntos.
Stan alzó las cejas, pero habló en tono amable:
— El resto de los accionistas no tienen queja, pero les gustará escuchar tus propuestas.
— Desde luego — Fennis puso en marcha el motor — . Me gustará exponerlas — y sin esperar réplica, dio marcha atrás para salir del aparcamiento.
— Sabes eso que dicen — comentó Sara entonces — , de que es más fácil cazar moscas con azúcar que con... otras substancias. Podrías intentar ser amable con el personal.
Fennis se encogió de hombros.
— No creo que Haldem dure mucho en la empresa. Pienso hacer unos cuantos cambios en la dirección.
Sara lo miró con horror:
— ¡Pero no puedes desembarcar aquí y ponerte a echar a gente! Stan ha sido un empleado leal. El resto de la dirección no va a estar de acuerdo.
— Ya lo sé. Pero no importará. Si tengo el voto mayoritario, se hará lo que yo pienso.
— ¿Así que piensas llegar aquí y poner a todo el mundo a tus órdenes? ¿Y deshacerte de gente honrada?
— No quiero echar a nadie. No me gusta la idea. Pero si no actuamos con cierta dureza, todo el mundo terminará en la calle. ¿Eso quieres? Fortess es la empresa que fundó mi abuelo y quiero que Julia la herede algún día. Y no voy a permitir que siga la situación actual.
Sara no contestó. Pero una idea estaba naciendo en su mente. La reunión de la junta del martes podía ser más interesante de lo que Fennis creía.
El resto de la semana transcurrió a más velocidad de la que Sara podía asimilar.
Fennis encargó una breve ceremonia civil el viernes por la mañana. Los testigos fueron dos personas contratadas para la ocasión, pues Sara se negó a dar el menor aspecto personal al evento.

El día anterior se habían reunido con los abogados para firmar el acuerdo prematrimonial que ella había exigido y que su abogado había retocado, para irritación de Fennis.

A la mañana siguiente, se encontraron en el vestíbulo del juzgado. La única concesión que Sara hizo fue ponerse un traje de seda muy elegante. Procuró que todo pareciera tan superficial como, de hecho era, un trato comercial, poniendo su corazón a salvo.
— ¿No quieres que venga tu hermana o alguna amiga? — preguntó Fennis — Tenemos tiempo.
— ¿Para qué? — dijo Sara mientras iban hacia la sala — . Ni que fuera una boda de verdad — se estremeció, pensando en la boda de Alina, o en la de varias amigas en los últimos años.
Ceremonias llenas de ternura que ella había estado a punto de echar a perder llorando a moco tendido. Aquel horrible momento tendría que ser lo menos memorable posible, pues era el reverso de pesadilla de los sueños que una vez había acariciado.
Fennis la miró con seriedad.
— Es una boda de verdad — dijo con un tono frío, distante — . Y quiero que lo tengas presente.
— ¿O qué? — replicó Sara con desprecio — . La última vez que te enfadaste tomaste tus cosas y te largaste. ¿Puedo tener la misma suerte esta vez?
La rabia brilló en los ojos oscuros del hombre.
— Ahora soy mayor y más listo — masculló mientras se abría la puerta de la sala y la pareja entraba — . Si te pillo en una infidelidad esta vez, desearás no haber nacido.
La amenaza en su voz acalló la aguda respuesta que se merecía, y Sara pensó una vez más que apenas conocía a aquel hombre nuevo. Pero sólo tendría que soportarlo seis meses y luego él saldría de su vida tan rápido como lo había hecho siete años atrás.
En seguida llegó su turno y antes de que se diera cuenta estaba prometiendo fidelidad a Fennis delante de un juez. Fue todo frío y burocrático, y Malcolm lo agradeció. El inicio de una pesadilla de seis meses no merecía mayores alharacas.
Hacia el final de la ceremonia, no obstante, se puso nerviosa cuando Fennis sacó dos anillos a petición del juez.
Rápidamente, ocultó sus manos.
— No quiero anillo — dijo.
— Claro que sí — Fennis le tomó la mano y abrió con violencia sus dedos rígidos hasta lograr introducirle un hermoso anillo con un diamante de perfecta hechura.
No podía negarse sin hacer una escena delante del juez, que ya los miraba con extrañeza mientras decía las palabras finales que sellaban su destino. Fennis no intentó besarla, lo que, desde su punto de vista, mostraba cierta cordura. Al firmar la licencia, le temblaron las manos.
— Conservo mi nombre — declaró tendiéndole el bolígrafo.
— Ya hablaremos de ello.
— No hay nada de que hablar — replicó Sara.
Lo miró de reojo.
No solía ser tan complaciente, y se preguntó qué se traía entre manos.
Salieron de los juzgados y Sara guiñó los ojos, aturdida por el sol resplandeciente. Buscó en el bolso sus gafas de sol y sintió alivio al ocultar sus ojos tras los cristales. A

Fennis no parecía molestarle la luz y la tomó del brazo para dirigirla hacia el aparcamiento, algo que, a gusto de Sara, empezaba a convertirse en un hábito irritante. Se sacudió para librarse.
— Manos fuera. Este anillo no te da ningún privilegio.
Fennis le dedicó una mirada oscura.
— ¿Te molesta tanto que te toque?
— Me resulta tan insignificante que ni me doy cuenta — respondió falsamente Sara.
— ¿Insignificante?
— Completamente.
— Bueno, entonces espero que esto también te parezca insignificante.
Sara debió haber recordado que Fennis, al igual que ella, odiaba perder en una discusión. La tomó de nuevo por el brazo salvo que esta vez la hizo girar hacia él, le pasó el brazo por la cintura, la apoyó firmemente contra su cuerpo y la besó en mitad del aparcamiento con un gesto casi violento.
Sara se puso rígida, rechazando con toda su alma aquel beso. No quería desear a Fennis. Pero al mismo tiempo que lo pensaba, un sentimiento más primitivo tomaba el mando de su cuerpo. Un cuerpo que se volvía su enemigo cuando él la tocaba, que no le pertenecía, sino que pertenecía a una mujer débil y apasionada, que se estremecía de placer bajo sus manos, se pegaba a él, separando los labios para permitir su dulce, violenta invasión.
Los senos de aquella otra mujer se tensaban mientras una pulsación rítmica llenaba de calor sus entrañas.
Cuando Fennis se separó de ella, Sara no pudo hacer nada, salvo seguir colgando de su cuello, vencida. Él la miró con gravedad y Sara comprendió que estaba enfadado, y que sólo mantenía el control haciendo que ella lo perdiera.
Pero le costaba respirar tanto como a ella. Si su intención era castigar, él también había salido escaldado.
— No te quiero — dijo y las palabras arañaron su corazón — . Pero te sigo deseando y tú a mí, aunque lo niegues. Esta noche tenemos que resolverlo.
— No — su voz temblaba, pero su mirada era sincera — . Si te acercas a mí esta noche, te juro que me marcho de la ciudad. Me da igual lo que hagas, no puedes obligarme a acostarme contigo.
— No tendré que obligarte — dijo Fennis con impertinente dulzura — . Ambos sabemos que en esto no hay fuerza.
— Puede que no — Sara se alzó las gafas para mirarlo con ojos tristes — . Pero en cierto modo sí habría fuerza, puesto que no es lo que yo deseo. Tendrás que aceptar esa idea.
Los músculos de sus brazos, que aún la sujetaban, se pusieron rígidos y Sara observó el temblor de un músculo en su mandíbula. Después la soltó, dejando escapar una risa frustrada.
— Está claro que sabes cómo echar a perder un día de boda, preciosa.
Mientras lo veía marchar hacia su coche, Sara se llevó un dedo a los labios que aún palpitaban por los besos. Vivir con él en la misma casa iba a ser la prueba más dura de su vida.
Porque por mucho que lo negara, su corazón aún lloraba por él. Lo odiaba y lo amaba y no estaba segura de poder resistir si él se empeñaba en vencer su resistencia.

Llegó tarde al restaurante donde había quedado con sus amigas porque se quedó unos minutos en el coche, recuperándose de las emociones de la boda. Luego se retocó el maquillaje de labios y se dispuso a dar explicaciones sobre el giro de su vida.
Había sentido la tentación de mantener oculta toda su relación con Fennis, pero no sabía cómo iba a arreglárselas para mentir a todo el mundo, sobre todo con una niña por medio. Se acercaba la Navidad y Julia merecía unas fiestas normales y sin sobresaltos.
Por primera vez se permitió pensar en la niña con la que iba a convivir. No había cumplido siete años y era alta para su edad. Rubia y con grandes ojos azules. Recordó que Fennis había dicho que su madre se parecía a ella. Había hecho un buen trabajo. Salvo por la forma de la mandíbula y las cejas, tan parecidas a Fennis, la niña hubiera pasado por suya.
No le producía mucha satisfacción saber que Fennis no había logrado remplazaría.
La idea era una idiotez masculina. Sara no se había casado ni había tenido hijos porque siempre había sabido, por instinto, que no podría haber otro Fennis en su vida, y que no se conformaría con menos. Echaba de menos tener hijos, pero no pensaba enterrarse en un matrimonio sin amor sólo por el deseo de tener una familia. Él, por otra parte...
Abrió la puerta del restaurante, dispuesta a no permitir que Fennis le arruinara el día. De momento quería disfrutar con sus amigas, y contarles lo sucedido.
Jeassy More y Alice Couto, sus mejores amigas, ya estaban sentadas y la saludaron al verla entrar. Atravesó el restaurante lleno y las abrazó alegremente.
— Hola, hola, vamos a ver — hizo una pausa y miró ambos rostros con atención exagerada — . Parece que todo el mundo ha dormido muy bien esta noche. No veo ojeras por ningún lado.
Mientras las tres se sentaban, Jeassy rió quedamente.
— Sí, al fin, todo el mundo duerme bien en la casa de los More. Esa niña ha estado a punto de acabar con nosotros.
Sara sonrió y tomó la bebida que acababan de servirle. La tercera hija de Jeassy apenas tenía un año y era la niña más inquieta que había visto nunca.
Una vez que aceptaron el hecho de que Brittany necesitaba llorar y gritar un par de horas al día, Jeassy y su marido Johnny se relajaron y dejaron de pensar que estaba enferma.
— En casa todo va bien — sonrió Alice a su vez. Su hija Caroline tenía apenas cuatro meses y dormía profundamente — . A Bruce le encanta el colegio y Raphael está emocionado con empezar la guardería y no echa mucho de menos a su hermano.
— Qué bien — comentó Sara.
Sabía que Alice estaba preocupada con cómo se tomaría Raphael la ausencia de su hermano durante todo el día. De pronto se puso recta y anunció.
— Tengo noticias impactantes. ¿Lo adiviná is?
Jeassy la miró con curiosidad.
— ¿Cómo de impactantes?
— Muy impactantes.
Las dos mujeres parecían intrigadas.
— Has comprado otra tienda — propuso Jeassy con seguridad.
— Frío, frío.

— ¿Te marchas a un crucero?
— Eso no es de impacto — objetó Alice mientras Sara negaba con la cabeza —. ¿Vendes tu casa?
— No, pero voy a alquilarla.
— ¿Por qué? — Jeassy parecía asombrada — . ¿Dónde vas a vivir?
Sara sonrió y se tomó su tiempo. Dio un trago a su bebida, suspiró y reunió todo su tacto para decir:
— Es una larga historia. Pero pongamos que empieza con... esto — estiró la mano izquierda y puso el anillo al descubierto, simulando ser una mujer encantada con su nuevo regalo.
— ¡Son diamantes! — exclamó Alice.
— ¡No me digas! — Malcolm intentó ver el lado irónico del asunto, pues no quería que sus amigas se preocuparan por ella.
— ¡Es un anillo de compromiso! — dijo Jeassy, más aguda, con los ojos llenos de alegría — . ¿Has conocido a alguien?
— Pues sí — explicó Malcolm — . Pero no es exactamente la clase de historia que esperáis escuchar.
— Bueno, es una historia de amor — Alice suspiró, satisfecha — . Eso es lo importante.
— Pues no lo es.
— ¿Qué? — Alice se puso de nuevo recta — . Por favor, Sara, cuéntanos, no entiendo nada.
— Muy bien — Sara se puso a jugar con el anillo — . Me he casado esta mañana — ignoró las exclamaciones de sus amigas, y prosiguió — . Se llama Fennis Fortess y crecimos juntos. Es el hermano mayor de Octavius.
— Tu amigo que murió — dijo lentamente Jeassy.
— Eso es — Sara miró el anillo — . Octavius me dejó su parte de acciones de la compañía. Fennis y yo hemos unido temporalmente nuestros intereses para evitar ciertos problemas con la junta de accionistas y sacar adelante la empresa.
— ¿Te has casado temporalmente con ese hombre? — Jeassy parecía atónita —. Pero, ¿no era posible que trabajarais juntos sin casaros?
— No — replicó Sara — . Es difícil de explicar, pero así es mejor — no quería contarles la triste historia de su pasado con Fennis, ni reconocer que la había obligado a casarse. No tenía ganas de pasar por más humillaciones.
— ¿Cuánto tiempo vas a estar casada? — preguntó Alice.
Su bonito rostro expresaba una gran preocupación.
— ¿Y dónde vas a vivir?
— Me traslado a casa de Fennis y hemos acordado seis meses de matrimonio — giró de nuevo el anillo en su dedo, procurando aligerar el ambiente — . No sé si puedo quedarme con el diamante cuando todo esto termine.
— Nos ocultas algo — la acusó Jeassy — . ¿Qué es lo que no nos has contado?
— Un montón de detalles aburridos. Es algo bastante simple, un mero acuerdo comercial. Oh, olvidaba decir que Fennis tiene una hija, así que voy a ser madrastra.
— Oh, vaya, la trama se complica — exclamó Alice — . ¿Y cuántos años tiene?
— Es un poco mayor que Bruce. Debe andar por el mismo curso.
— ¿Dónde te has casado?
Sara comprendió lo que pensaba su amiga. Jeassy tenía una tienda de trajes de novia

y hacía diseños y debía estar ofendida porque su amiga no la hubiera consultado.
— Fuimos al juzgado hace unas dos horas — dijo rápidamente — . He ido vestida de diario porque no era más que un trámite. Ni siquiera había testigos.
— Un acuerdo comercial — repitió Alice dulcemente.
— Eso es — Sara alzó su copa — . Dentro de seis meses, seré libre de nuevo. Y con suerte, rica — se inclinó a palmotear la mano de Jeassy — . Te prometo que si alguna vez me caso de verdad, tú te ocuparás de todo lo relativo al vestuario.
Jeassy sonrió con ironía.
— No sé por qué lo dudo, viniendo de una mujer que hace de la soltería un sacerdocio.
— Como debe ser — sonrió Sara y adelantó su copa — . ¿Brindamos por mi estado civil temporal?
Las tres brindaron, aunque Sara no pudo evitar la desagradable sensación de que no había logrado engañar a sus amigas con su frívolo relato.

Capítulo Cinco

Fennis estaba parado ante la ventana de su despacho mirando la carretera que llevaba a la casa. Le parecía imposible que Sara fuera realmente a presentarse.

Cuando le dijo que necesitaba poner orden en sus cosas antes de trasladarse, Fennis hubiera jurado, a juzgar por su tono combativo, que esperaba que le llevara la contraria. Pero él le había dado una semana de plazo, haciéndole prometer que haría la mudanza el siguiente sábado.

Aunque no era realmente una mudanza. Se había negado a abandonar su casa, empeñada en buscar un alquiler de seis meses. Lo que le recordó el plazo estúpido que había acordado cuando creyó que se iba a echar atrás. Había tenido que utilizar toda su fuerza para convencerla, incluido un vil chantaje, y no dejaba de recordar la mirada de odio que su maniobra le había merecido.

¿Acaso no sabía Sara que él nunca cumpliría una amenaza así?

Su hostilidad empezaba a afectarlo. Desde la noche del encuentro con su hija ,1a noche en que había visto a una mujer sufriendo bajo la armadura de hierro de Sara, pensaba cada vez menos en las diferentes maneras de romperle el cuello.

Y después de la forma en que había reaccionado en el restaurante, sabía perfectamente que Sara estaba mortalmente herida. Lo que no acababa de entender era el porqué.

De momento.

Pero lo que más lo preocupaba, y así había sido desde el primer instante, era su impresionante atractivo físico. Fennis estaba harto de luchar contra el deseo, harto de simular que no ansiaba tocarla, saborearla, abrazarla.

No necesitaba quererla para desearla. El deseo era la única definición correcta de la corriente de atracción que lo empujaba y desbordaba cada vez que la tenía cerca. Y cuando viviera con él, nada los detendría. No, se había cansado de luchar.

Iba a poseerla.

Por supuesto que iba a respetar su promesa de darle un cuarto propio. Pero nada podría impedir que acabara en su cama.

Tres camionetas blancas giraron en ese momento en la curva y avanzaron hacia la casa. Fennis se separó rápidamente de la ventana, por si Sara lo veía y pensaba, erróneamente, que la estaba esperando.

Desde su mesa escuchó las puertas al abrirse y cerrarse y las voces de las mujeres junto con varias voces masculinas. Intentó mirar unos papeles, pero la puerta estaba abierta y la voz de Sara llegó hasta él junto con el jaleo armado por su tropa de mudanzas.

Captó un reflejo de Sara que llevaba algo rosa y muy escaso, y luego la oyó subir las escaleras.

— Por aquí, chicos — llamó y los dirigió al cuarto que le había correspondido.

Un hombre rubio y muy grande pasó ante la puerta, cargado de maletas.

— Explícame de nuevo por qué debo hacer esto. Es tu amiga.

Una mujer de pelo corto y piernas que merecían una mirada más atenta siguió al gigante, diciendo:

— ¿Ah, sí? Te recordaré que ella se apiadó de ti cuando no lo merecías. ¡De no ser por ella no hubieras vuelto a verme!
Ambos rieron. Y dos hombres más aparecieron llevando cajas y bolsas. Sara pasó de nuevo.
— ¿Dónde están esos fotógrafos de revistas del corazón cuando una los necesita? — preguntó al aire — . Ya puedo leerlo: «Boda de novelista de éxito destruida por rubia impresionante».
— ¿Qué te parece «Autor mediocre asesinado por su mujer»? — dijo una mujer morena y guapa al pasar ante la puerta.
Ambas rieron y un hombre fuera del campo de visión comentó:
— Oye, eso me gusta.
Curioso por entender de qué hablaban y quién estaba en su casa, Fennis no aguantó más y salió al vestíbulo.
— Hombre — dijo Sara señalando un baúl inmenso — . Llegas a tiempo para subir esto.
Podía haberse negado, pero sentía curiosidad, así que alzó el baúl con dificultad y empezó a subir. Cuatro hombres descendían y le dedicaron miradas de interés. Todos eran enormes, morenos y jóvenes.
Logró depositar el baúl junto al resto de los bultos y cuando volvió a bajar, fue consciente de que muchos ojos lo examinaban.
— Hola — el hombre rubio que le tendía la mano, era aún más grande visto de cerca, no le hizo gracia poner su palma en aquella enormidad.
Pero se arriesgó a perder el brazo y lo saludó.
— Hola — dijo, alegrándose de conservar sus dedos — . Soy Fennis Fortess, el marido de Sara — añadió, por si las dudas.
— Johnny More — dijo el hombre mirándolo desde su altura — . Y esta es mi mujer, Jeassy.
— Hola — apretó la mano de Jeassy con mayor dulzura que la de su marido.
Era la propietaria de las hermosas piernas que había visto y era una mujer de belleza dulce y morena.
— ¿He oído hace unos minutos que Sara es amiga tuya?
Jeassy asintió y le dedicó una sonrisa a medias que le hizo comprender que todos se sentían los protectores de Sara. La idea de que Sara precisara protección lo hizo sonreír ampliamente. Pero de pronto recordó el dolor que le había causado en dos ocasiones seguidas y su sonrisa se borró.
Se volvió hacia la segunda pareja, alargando la mano.
— Hola, soy Fennis, ¿sois amigos de Sara? El hombre dio un paso hacia él y su apretón le pareció más civilizado que el de Johnny.
— Luchian Couto. Amigo es mucho decir. Sara sólo me tolera. Mi mujer, Alice, es la amiga.
— Me alegra conocerte, Fennis — la mujer que se adelantó era una morena muy atractiva, con los ojos más verdes que había visto en su vida y un aire tímido.
Si a su dulzura y belleza se añadía un cuerpo impresionante y una melena de bucles negros a duras penas recogidos en un moño, era fácil saber por qué su marido no soltaba su mano.
Y entonces Sara entró en la sala y no le costó nada borrar cualquier otro pensamiento.

Llevaba unos pantalones ajustados y una camiseta minúscula, color rosa, junto con calcetines y unas zapatillas de deporte muy gastadas.
No la había visto con tan poca ropa desde su regreso y la visión de sus redondas y delgadas formas lo dejó sin habla.
Tenía un cuerpo impresionante y una piel deslumbrante. Luchian comentó:
— Sara, quiero agradecerte ese atuendo que llevas hoy. Lo digo de corazón. Johnny empezó a reír. Sara sonrió.
— Me lo he puesto por ti, tesoro.
Fennis tuvo que resistir el impulso de ponerse en medio y tapar con su cuerpo la figura expuesta de su esposa.
— ¿Se lo has dicho? — preguntó Sara a Luchian señalando a Fennis.
— ¿Decirle qué?
Sara hizo una mueca de disgusto.
— Sé que no eres modesto, así que debe ser descuido — y volviéndose hacia Fennis —. Luchian es L.A. Couto.
¡L.A. Couto! Reconoció al instante el nombre del afamado novelista.
— ¿En serio? — comentó — . Siempre te he leído. Tengo una colección de libros tuyos.
— Más dinero para Luchian — dijo Johnny — . Yo espero a comprar cuando sale la edición de bolsillo.
Luchian dedicó una mirada de desprecio a su amigo.
— Rata.
Sara volvió a mirar a Fennis y éste vio en sus ojos una vacilación que le sorprendió.
— ¿Todo el mundo ha sido presentado?
Fennis asintió.
— Todos. ¿Te quedan muchas maletas?
Johnny hizo una mueca.
— No lo sabes bien. Pero si no nos movemos a lo mejor, los otros tipos lo traerán todo.
— Son miembros del equipo de fútbol de Johnny — informó Jeassy — . Los ha obligado a venir a ayudarnos.
Fennis miró a Sara:
— ¿Quedan cosas en la casa?
Sara dijo que no. La vacilación había desaparecido y volvía a mostrar su aire de confianza en sí misma.
— No. Seis meses y salgo de aquí, colega.
Un silencio espeso se hizo en el cuarto, como si todos estuvieran esperando a su reacción, menos Sara, que sonreía con sorna.
La hubiera sacado de allí para una pelea privada, pero temía tocar aquella piel brillante. Así que se encogió de hombros, mirando al grupo de amigos.
— Se pone así cuando está nerviosa y yo la pongo nerviosa.
Todos sonrieron, pero su frase surtió el efecto esperado en Sara, la rabia inmediata provocada por sus palabras. Y cuando abrió la boca, para insultar sin duda, Fennis añadió:
— Venga, insúltame, preciosa. Ya me compensarás más tarde... cuando estemos a solas.
Aquellos ojos azules disparaban flechas de fuego. Malcolm lo miró, se tragó sus

palabras y salió del cuarto.
— Oye, preciosa, espera — llamó Johnny, saliendo tras ella con Luchian detrás — . No me has dicho dónde ponemos la dichosa mesa.
Un silencio incómodo siguió a su partida.
Fennis se estaba felicitando a sí mismo por haber ganado la pequeña lucha cuando Alice se puso ante él, claramente nerviosa, pero llena de determinación.
— Sara nos dijo que esto era un acuerdo comercial. Fennis asintió.
— Es una forma de verlo.
— Me gustaría oír cómo lo ves tú — preguntó cruzando los brazos.
Fennis estaba sorprendido. ¿Quién hubiera pensado que aquella dulce morena iba a defender así a su amiga? Dijo con suavidad:
— Eso nos concierne a mi mujer y a mí.
— Cuando Sara nos lo contó, todo esto de la boda parecía una maniobra de accionistas — murmuró Jeassy, poniéndose junto a su amiga — . Pero no parece tan sencillo viéndoos juntos.
Fennis la miró sin comprometerse.
— Es que nos conocemos desde la infancia.
— Sara no es tan fuerte como parece — le informó Alice — . No sé por qué has vuelto ni por qué motivo ella va a vivir contigo, pero por favor, no la hagas sufrir.
— No vuelvas a hacerlo — añadió Jeassy.
Fennis alzó la ceja preguntándose que les habría contado Malcolm a sus amigas.
— ¿Quién dice que yo la he hecho sufrir?
Jeassy no sonrió.
— Nadie ha dicho nada. Pero si no fuiste tú, alguien le hizo mucho daño en el pasado. ¿Puedes decir que no fuiste tú?
— Mira — dijo Fennis que empezaba a sentirse como el villano de la historia — . Sara y yo tenemos una larga historia común y algunas cosas que arreglar. No pienso... — se detuvo y pensó que no quería mentir.
Había vuelto para hacerla sufrir.
Y lo había logrado, pero al hacerlo, todo había vuelto a empezar.
— Le he causado daño — dijo lentamente — . Y quizás vuelva a hacerlo, sin querer. Pero no lo haré a propósito — añadió mostrando sus manos — . Eso es lo máximo que puedo prometer.
— Agradecería que no me pongas en ridículo delante de mis amigos — Sara, estaba en el umbral y lo miraba con gesto agresivo.
Llevaba veinticuatro horas en la casa y no había hablado con Fennis desde la pequeña batalla de la mudanza.
Fennis estaba cómodamente instalado en un sofá del cuarto de estar, viendo un partido de baloncesto en la televisión. La miró con irritación.
— Pues no me provoques.
Sara estuvo a punto de replicar, pero vio que Julia jugaba en un rincón del cuarto y abandonó el tono guerrero.
— ¿Qué queréis cenar hoy? ¿Se supone que debo cocinar cuando la señora Evans llegue?
Fennis dejó escapar el aire con gesto de exagerada resignación.
— Claro que no. Puedes cocinar si te da la gana, pero en general la señora Evans nos

deja algo preparado.
Julia estaba sentada en el suelo, rodeada de muñecas y trajes para vestir.
No había perdido una sílaba de la conversación.
— Oh, papi, hay pescado. No me gusta — saltó sobre el regazo de Fennis para rogar —. ¿No podemos pedir una pizza?
Fennis se echó a reír y le hizo cosquillas hasta que la pequeña se retorció.
— Ni hablar. A mí me gusta el atún.
— Pues a mí no me apetece — Sara se dio la vuelta para salir.
Se sentía estúpida y vil, sintiendo celos de una niña, pero la hería ver la adoración en los ojos de Julia y la ternura en los de su padre.
— Voy a estudiar qué otra cosa puedo preparar. Congelaré el atún, y cuando no estemos ni Julia ni yo, puedes comértelo.
Fue a la cocina y empezó a abrir puertas, analizando las posibilidades. Los tomates en la nevera le dieron la idea de hacer salsa para espaguetis, así que se puso a pelar, junto con la cebolla y el pimiento.
Estaba cortando cebolla cuando Julia se presentó en la cocina. La niña le dedicó una mirada curiosa y luego tomó asiento en un rincón, observándola.
Una vez cortado un pimiento verde lo puso a freír, junto con la cebolla. Julia se acercó a la cocina y observó los preparativos.
— ¿Qué es?
— Salsa para espaguetis — echó los tomates en la sartén y la cocina se llenó de aroma.
— Me gusta mucho la salsa de tomate — la informó Julia.
Sara no contestó, intentando retener su ternura y su rabia. Aquella niña hacía renacer un dolor nunca superado.
— Papá me ha dicho que vas a ser mi madrastra — Julia evaluó con detenimiento el efecto de sus palabras.
— Supongo que sí — dijo Sara sin inmutarse.
— ¿Debo llamarte madrastra? Sara tuvo que reír.
— No, o me acordaré siempre de Blancanieves. Llámame Sara, si quieres. Así me llaman mis amigos.
Julia guardó silencio, pero sus pequeñas manos no paraban de hacer nudos en el cabello sintético de su muñeca.
— No tengo amigos — dijo.
Sara no quería sentir nada por aquella niña, pero la soledad de sus palabras le rompió el corazón. Dejó el cuchillo y se arrodilló frente a la pequeña.
Julia dio un paso atrás, asustada, pero Sara simuló no darse cuenta.
— El lunes te llevaré a visitar tu nuevo colegio. Apuesto a que en nada de tiempo, tendrás nuevos amigos — sonrió, deseando que la cautela desapareciera de aquellos grandes ojos — . ¿Te ha hablado papá de mi familia?
Julia negó con la cabeza. Tenía la muñeca apretada contra su pecho.
— Pues ahora tienes una tía y un tío, y varios primos — se detuvo.
¿Era buena idea que la niña conociera a su familia? ¿Le había dicho Fennis a Julia que su madrastra duraría seis meses? Lo dudaba.
Pero Julia la miraba con interés.
— ¿Primos?

— Uh uh — Sara se puso en pie y tomó la cuchara de madera para remover la salsa — . Nicola tiene cuatro años. Cumple en noviembre, un mes más tarde que tú. Y tiene un nuevo hermanito que es un bebé. Se llama Jean-Luc y lo llamamos JL.
— ¿Puedo conocerlos?
— Claro. Los invitaremos a cenar la próxima semana.
— ¿Qué vas a hacer ahora? — Julia miraba la salsa, de pronto olvidada de las relaciones familiares.
— Pues voy a dejar que se haga la salsa y mientras tanto vamos a preparar albóndigas de carne para añadir. ¿Te gustan?
Julia asintió.
— Perfecto. Hay carne picada.
— ¿Puedo ayudar?
Sara la miró. La niña miraba la cabeza de su muñeca, preparada para que su pregunta fuera ignorada.
— Claro — dijo — . Cuánto antes aprendas a cocinar, mejor para mí.
Julia sonrió con torpeza, una sonrisa que indicaba que la niña deseaba reír a carcajadas, pero que se sentía cohibida. Preguntándose qué habría hecho exactamente su madre para que Julia fuera una niña tan asustadiza, Sara decidió interrogar a Fennis.
— No me habías dicho que sabías cocinar — la voz profunda la sobresaltó.
— No lo preguntaste — consciente de la presencia de Julia, Sara optó por un tono ligero y bromista.
— Tu cocina tenía pinta de no usarse nunca — siguió Fennis en tono igualmente cordial.
Sara abrió la nevera para sacar la carne picada.
— Es así. Como muchas veces fuera — así estaba bien. Que imaginara que cenaba con un hombre diferente cada noche — . Pero el hecho de que no cocine no implica que no pueda hacerlo. En realidad soy una cocinera bastante decente.
— Supongo que cocinar para uno solo no es divertido — había una leve tensión en su voz.
Perfecto. Si quería empezar de nuevo la guerra, ella estaba dispuesta.
— No lo sé, pues rara vez cocino para mí — dijo — . Suelo preparar cenas para dos.
— Pues a partir de ahora vas a preparar únicamente cenas familiares.
— Ya veo que necesitas recordármelo a cada rato — sonrió Sara con impertinencia.
— No me provoques, Sara.
— ¿Quién provoca? Puedes largarte de la cocina en cuanto...
— ¡Parad! — la súplica infantil surgió de un extremo de la cocina.
Ambos se volvieron hacia una Julia que se había refugiado contra un mueble como si quisiera desaparecer.
— Cielo, no te preocupes. Papá y Sara... — Pero Fennis no tuvo ocasión de terminar la frase.
Con la cara contraída en un gesto de angustia, la niña echó a correr y salió de la cocina, subiendo las escaleras entre sollozos.
Sara se volvió hacia Fennis.
— Este asunto de la convivencia nos va a volver locos a todos — estaba deseando correr a consolar a la niña, y tuvo que respirar para no hacerlo.

No era hija suya, tenía que recordarlo.
Fennis se sentó en uno de los taburetes altos y suspiró.
— Normalmente no es así. Pero supongo que creyó que nos estábamos peleando y se asustó. El marido de Leila le gritó mucho en los últimos años.
— ¿Gritaba a la niña? — lo miró, sin poder evitar la simpatía — . Dios mío. Podrías habérmelo dicho y hubiera tenido más cuidado.
— Es verdad, lo siento — el rostro de Fennis era un retrato de la tristeza y tenía los hombros caídos — . Voy a subir a verla.
— No, voy a hablar yo con ella. Ya sabe que la quieres, pero necesita conocerme más — cuando Fennis la miró a los ojos, no supo decir qué la sorprendió más, si sus propias palabras, o la mirada esperanzada del hombre.
— ¿Sara?
Ya estaba en la puerta y se volvió a mirarlo.
— Perdona — la voz de Fennis era sincera — . No debí empezar una pelea.
— Yo también lo siento — dijo — . Te prometo que no subiré la voz si está ella delante. Tendremos que guardarnos nuestras peleas para cuando estemos solos.
Fennis sonrió.
— No me preocupa nada tu relación con Julia, ¿sabes? Siempre he sabido que nunca le harías daño.
Sara subió las escaleras sintiendo un calor en el corazón que le daba alas a sus pies. Aquel había sido el halago más hermoso que había recibido de Fennis.
El siguiente martes era la fecha fijada para la reunión de la junta que dirigía Industrias Fortess. Fennis llegó pronto y fue a su despacho a consultar sus notas. Se había pasado toda la semana previa trabajando a medias en casa y en la oficina, para ir conociendo al personal que trabajaba para su hermano, ponerse al día en los procedimientos, comprobar el inventario y familiarizarse con el proceso industrial de fabricación de vigas de acero.
Fennis había crecido allí y siempre había pensado en hacerse un día cargo del negocio, pero su padre murió cuando él tenía diecisiete años y tuvo que seguir estudiando, dejando la empresa en manos de un gerente. Mientras se formaba acariciaba la idea de regresar y dirigir la empresa, además de casarse con Sara.
Pero su novia y su hermano lo habían traicionado y tuvo que salir de Turtle town para no volver.
Por lo que podía comprobar, Octavius había sido más un presidente honorario que un verdadero gerente, dejando la mayor parte de las decisiones a su equipo de directivos y empleados. Había leído las actas de las juntas de los últimos tres años y
parecía que Octavius había faltado a la mayor parte.
Pero él no tenía la menor intención de ser un presidente de papel.
La puerta de la sala de reuniones estaba abierta y entró con paso firme. Una docena de hombres y una mujer de pelo rubio estaban sentados en la mesa. Todos se pusieron en pie y comenzaron las presentaciones. Stan Haldem estaba allí, con el montón de informes que pensaba repartir apilados ante él. Algunos de los hombres eran accionistas de toda la vida y Fennis los conocía y uno de ellos, Jay Darivia había sido amigo de su padre. Otros dos eran jóvenes y tenían un aspecto ambicioso. También conocía a la mujer. El marido de Nataly Brown tenía acciones y desde su muerte, Nataly se había hecho cargo de sus asuntos.

Poco a poco fueron callando las voces y saludos y todos se sentaron. Y entonces se abrió la puerta.
Todos los ojos se volvieron automáticamente hacia ésta, y nadie apartó la vista al ver a Sara.
La mujer hizo una pausa e inconscientemente Fennis contuvo el aliento, expulsando el aire cuando avanzó. Llevaba un traje de chaqueta azul marino que le sentaba a la perfección, logrando un aspecto audaz sin mostrar nada que no fuera perfectamente decente. Sin duda la falda era un poco más corta de lo apropiado para una reunión de negocios, pero no tenía nada que objetar. Los tacones altos hacían que sus piernas parecieran aún más largas y el ritmo que su paso imprimía a sus caderas dejaba sin habla. Tenía el pelo artísticamente revuelto, un estilo que podía parecer demasiado casual, pero que en Laraían era perfectamente natural y terriblemente sexy.
Sus ojos brillaron al mirar a los reunidos y sus bonitos labios se separaron en una sonrisa que dejó al descubierto su perfecta dentadura. Todos se levantaron como un solo hombre, él incluido.
Fennis fue el primero en recuperarse. Dio un paso hacia ella y separó la silla vacía a su lado. Cuando su cerebro empezó a funcionar, se dio cuenta de que su presencia probablemente era una amenaza para él. Si era así, quería tenerla cerca.
— ¡Señora Laims! ¡Qué placer inesperado! — exclamó el mayor de los presentes, que ejercía de moderador, con una sonrisa encantada mientras Sara tomaba asiento.
Y como si de pronto recordara dónde estaba, añadió:
— Siempre es un placer verla, claro está. ¿Podemos ayudarla en algo?
Sara hizo un gesto vago con la mano.
— Ustedes vayan con lo suyo e ignoren mi presencia. Sólo he venido a mirar y a aprender — esperaba la sorpresa que reflejaron todos los rostros, pues explicó — . Octavius me dejó su parte de las acciones, así que asistiré a las juntas a partir de ahora.
Hubo una tensión repentina, eléctrica, en el aire. El hombre que había hablado se aclaró la garganta, miró a Stan Haldem y dijo:
— Nos... nos dieron a entender que la mayoría de las acciones permanecería en la familia Fortess.
— Y así es — Fennis habló intentando no mostrar su ira.
Maldita Sara, tenía que haber previsto que haría algo así.
— Sara es ahora la señora Fortess. Nos casamos la semana pasada.
— Y claro está, Fennis sabía que yo quería ser una parte activa de la compañía — añadió Sara con gracia, dedicándole una sonrisa a su marido, cuya nota irónica nadie pudo apreciar.
Fennis se resistió a tomar la mano y aplastarla hasta que pidiera gracia, pero mientras pensaba una réplica, el moderador habló:
— Pues, permitan que en nombre de todos los felicite. Podemos empezar.
Fennis estuvo sobresaltado toda la reunión, preguntándose qué estaría planeando Sara. En algunas ocasiones, hizo preguntas, preguntas inteligentes y oportunas, asintió en las respuestas, y escribió algunas notas.
Cuando le tocó el turno, Fennis se levantó y se dispuso a explicar su propósito. Había deseado aquella ocasión y procuró sacarle partido.
Habló de su preocupación sobre la fragilidad financiera de la compañía, planteó sus

ideas, respondió a las preguntas de algunos de los accionistas, ignorando a Stan, que parecía ansioso al darse cuenta de que su trabajo peligraba.
— Pero no podemos echar a gente — objetó Nataly.
— No tengo la intención de echar a nadie — replicó Fennis — . Pero debe haber cambios entre la dirección y los gerentes. Tenemos una estructura demasiado jerárquica y cargada. Me gustaría que la junta votara para permitirme adoptar el papel de presidente, el mismo que mi abuelo, mi padre y mi hermano han tenido en la compañía — para Fennis, aquello era una formalidad, puesto que él, junto con Sara, tenía el mando por número de acciones.
Y de pronto sintió una terrible sospecha. Miró a Sara, que escuchaba con atención sus palabras. ¿Acaso pensaba jugar con su voto?
Mientras todos comenzaban a comentar y murmurar, se sentó y dio un puntapié a Sara bajo la mesa.
Sara se volvió y le dedicó una mirada paciente que confirmó sus peores sospechas.
— Supongo que yo voto en nombre de la familia — dijo.
Sara vaciló como si la idea la sorprendiera.
— Oh, no sé — dijo — . Octavius me confió sus acciones y creo que pretendía que yo fuera activa y tomara mis propias decisiones.
— ¡Maldita sea, Sara! — susurró Fennis, a punto de dar un puñetazo en la mesa — . Si no arreglamos las cosas, no habrá más compañía. Tienes que darme tu voto.
— Fennis — la joven le palmeó la mano — , haré lo que quiera — hizo una pausa y dedicó una mirada llena de sorna a su marido. Luego volvió a hablar — . Pero si te tranquiliza, creo que estoy de acuerdo contigo. Fortess necesita ahora un líder fuerte y con carácter — sonrió — ... y creo que tú reúnes esas cualidades.
Fennis giró la mano para tomar la de Sara y apretarla suavemente mientras la tensión lo abandonaba.
— Gracias — dijo.
Cuando votaron, Fennis comprobó con agrado que el ochenta por ciento de los votos lo respaldaban. Nataly Brown votó contra él y también lo hizo, para su sorpresa, Jay Darivia.
Pero mientras se despedían y acompañaba a Sara, no pudo evitar sentir cierto orgullo y alegría. Ella lo había apoyado. Confiaba en su juicio y le había dado su respaldo.
Su alegría desapareció al recordar el reproche de Sara, tan repetido, de que él nunca le había otorgado a ella similar confianza.

Capítulo Seis

Pasó septiembre y Fennis se sintió aliviado al ver que Julia se iba adaptando. Le gustaba el colegio, afortunadamente, y tenía amigos. Le parecía que cada vez que volvía a casa alguien estaba pasando a buscar a la niña o dejando a una amiga para que jugara con ella.

También parecía que Sara se había adaptado, desde su llegada, dos semanas antes. Pasaba casi todas las tardes con Julia. Por las mañanas, se marchaba nada más despertar a la niña y después de arreglarle el pelo, dejando que Fennis le diera el desayuno y la llevara al colegio.

El acuerdo funcionaba. El pelo de su hija había sido un trastorno continuo. Julia se negaba a cortárselo y Fennis no se había atrevido a contrariarla, pero era totalmente incapaz de hacer trenzas o moños.

Hasta la llegada de Sara, la niña llevaba el pelo suelto y lleno de nudos. Ahora, cada mañana, Sara inventaba un nuevo peinado y le ponía lazos y moños, de acuerdo con la ropa que pensara llevar.

Pero Sara casi no le había dirigido la palabra en la última semana. Fennis sospechaba que lo evitaba a propósito.

Tres días por semana, Sara se marchaba a las siete y media para ir a gimnasia, y después iba directamente al trabajo. El resto de los días, se negaba a desayunar con él, tomaba un café al vuelo y saltaba en su coche rojo, dejándolo con un sentimiento de deseo y frustración que iba a volverlo loco.

Lo único que le gustaba de la situación era que parecía llevarse muy bien con Julia. Unas noches atrás había seguido el sonido de unas risas hasta el cuarto de Malcolm, cuya puerta abierta dejaba ver a Sara tumbada en la cama, contemplando un desfile de modelos ideado por Julia.

De esta manera llegó el fin de semana y Fennis decidió que era hora de hacer algo.

— Quiero hablar contigo — dijo cuando la vio bajar las escaleras. La mujer hizo una mueca y replicó:

— La sola idea me hace encanecer. Fennis sonrió ante la imagen.

— ¿Tú? Nunca. Morirás rubia aunque sea de bote.

Malcolm pareció relajarse lo suficiente como para dedicarle una sonrisa.

— Tienes razón, supongo — miró el reloj — . Tengo que marcharme. ¿Qué querías?

«A ti». Pero sólo dijo:

— Un par de cosas. Voy a invitar a unos amigos a cenar el próximo sábado. ¿Te viene bien?

Malcolm lo miró con atención.

— ¿Ya los has invitado, verdad? ¿Qué más da si me viene bien o mal?

Fennis se llevó las manos a la cabeza en un gesto de rendición.

— Culpable. Ya los he invitado. Pero si te molesta, los llevo al club.

Malcolm hizo un gesto con la mano.

— Olvídalo. ¿Acaso no me contrataste para hacer de esposa? Me ocuparé de ello. Entérate si hay alguno alérgico al marisco y dime quiénes son antes del sábado.

— Gracias — la miró, enfadado, sin saber por qué — . El cumpleaños de Julia es el

trece.
— ¿El trece de octubre? ¿Dentro de dos semanas?
— Sí. Me preguntaba si me ayudarías a preparar un día divertido para ella y a comprarle los regalos.
Sara vaciló y luego tomó una decisión.
— Claro. Podemos hablar de ello esta noche. Cuando Chalsie se acueste, haremos planes.
— Gracias, te lo agradezco de verdad.
Hubo un silencio molesto. Sara llevaba pantalones ajustados para hacer gimnasia y una camiseta que marcaba un escote del que no podía apartar los ojos. La mujer se movió, cambiando de sitio el bolso, y la carne se movió también.
Luego alzó las cejas.
— ¿Algo más?
¿Algo más? El calor ascendía por su nuca. Cierto, se suponía que estaban hablando.
— Es... sobre la empresa. He encontrado cosas extrañas en los libros contables. Si los traigo esta noche a casa, ¿te importaría echarles un vistazo y darme tu opinión?
— No me importa. ¿Qué te parece si cenamos juntos y hablamos de todo?
— Me encantaría. Nuestra primera cena de familia — dijo Fennis, carraspeando para borrar la mirada de emoción que había subido a sus ojos.
¿Era poco masculino sentir que la idea de volver del trabajo y encontrar a una mujer y a una hija era fascinante? Le daba igual que así fuera.
Sara miró de nuevo su reloj.
— Me marcho. Nos vemos esta noche.
Abrió la puerta y salió y en ese momento, Julia apareció a su lado.
— Papá, ¿qué pasa?
La niña guiñaba los ojos, deslumbrada por el sol de la mañana. Fennis se dio la vuelta y fue hacia ella.
— Nada — dijo, sonriendo ante su pelo revuelto y la enorme camiseta que llevaba.
Leyó las letras escritas bajo un sapo enorme: «Tienes que besar a un montón de ranas para encontrar al príncipe».
— Bonita camiseta.
Julia miró hacia abajo.
— Es de Sara.
— ¿Y por qué la llevas tú?
— Le dije que me gustaba y me la regaló — Julia bostezó — . Es demasiado pronto, me vuelvo a dormir.
— ¿Te llevo? — dijo Fennis extendiendo los brazos.
— ¡Sí!
Se inclinó hacia la niña y la tomó en brazos. Esta lo rodeó con piernas y brazos y apoyó la cabeza en su hombro. Fennis besó el pelo revuelto.
— Te quiero, hija.
— Yo también, papi.
Luego preguntó:
— ¿Me ha parecido oír que Sara te llama Chalsie?
— Sí. Como mami cuando era pequeña. Le dije que podía llamarme así.
Dejó a la niña en la cama y la tapó, saliendo sin hacer ruido del cuarto. Fuera, se llevó

la mano al corazón, lleno de dolor. Julia no dejaba de echar de menos a su madre. Si Sara se marchaba, la pequeña iba a sufrir una nueva decepción.
Y no iba a ser la única.
La pequeña tenía una invitación para ir a un parque de atracciones con la familia de una amiga. Tras dejarla en la casa, se puso a trabajar en las cuentas. Salvar Fortess de la quiebra era un trabajo absorbente, y cada vez se ocupaba menos de su negocio de Atlanta.
«Si me ofrecen lo suficiente», se dijo, «vendo la maldita compañía de ataúdes y dejo de volverme loco».
Y de pronto, reflexionó sobre su propia decisión: ¿de veras estaba pensando en vender su negocio en Atlanta? ¿E instalarse para siempre en su ciudad? ¿En su hogar? Se preguntó cuándo había empezado a considerar de nuevo Turtle town como su hogar.
Sara cumplió con su palabra, y se reunió con él para la cena. Para su tranquilidad, todo fue muy bien entre ellos. No hubo pullas ni sobreentendidos. De no ser por la reacción de su cuerpo ante su esposa, la velada hubiera sido incluso relajante.
Sara vestía una camiseta y pantalones cortos. La camiseta era enorme y en otra mujer hubiera resultado poco sexy. Pero no en Sara.
En Sara... oh, señor. La tela estaba gastada de tantos lavados y se pegaba a sus pechos, revelando la forma deliciosa con cada gesto. Y los pantalones eran... cortos. Apenas sobresalían bajo la camiseta y creaban la impresión de que no llevaba nada debajo de ésta.
Sara podía ser una bruja sin sentimientos y probablemente él estaba loco por dejarse seducir de nuevo por ella, pero no podía negar que era feliz al verla en su casa. Apenas podía concentrarse en el delicioso guiso de pollo que había preparado la señora Evans.
Sara estaba contando una historia graciosa que había sucedido en la tienda de juguetes y se obligó a escuchar. Julia también charlaba sin parar de su día en el parque y de sus nuevos amigos. Sara le respondía con tanta atención, que Fennis comprendió que llevaba años sin escuchar realmente a su hija.
Se sintió culpable por haber esperado a una tercera persona para darse cuenta.
Pero la culpa podía llenar toda su vida si la dejaba. Era más útil remediar lo hecho que complacerse en el pasado.
Terminaron de comer y todos recogieron los platos. Mientras Sara llenaba el lavaplatos, Fennis acarició el pelo de Julia y comentó:
— Ha sido estupendo. A ver si vengo más a menudo a cenar con mis chicas.
El rostro de Julia se iluminó al oírlo.
— ¿En serio, papá? Sería genial.
De pronto un leve pitido los hizo callar y Julia sacó de su cinturón un pequeño disco mientras Fennis preguntaba:
— ¿Qué es eso?
Julia estaba muy concentrada en apretar una serie de botones sobre la esfera y Sara, que estaba de cuclillas, alzó la vista.
— Es un cachorro virtual.
— ¿Un qué?
— Un cachorro virtual, la última moda japonesa. Es como un juego que dura un tiempo.
— ¿Estás de broma?
— No — sonrió Sara — . Enséñale, Chalsie.

Durante diez minutos, lo supo todo sobre los rigores del cuidado del pequeño monstruo informático. Julia le explicó que su mascota era un gato y que tenía que jugar con él, alimentarlo, bañarlo y educarlo.
Fennis no daba crédito a sus oídos.
— Es como tener un hijo. Tienes que estar siempre atento — comentó. Julia asintió.
— El mío duerme toda la noche, pero se despierta hacia las siete, con hambre y algo triste. Tengo que jugar un rato para animarlo.
— Esto es lo más loco que oído en mi vida — comentó Fennis, atónito — . Nunca tuvimos una cosa así cuando yo era niño.
— Pero tenías coches y muñecos de Superman — le recordó Sara riendo.
— Y tú jugabas con muñecas aburridas hasta que se les caía el pelo.
— ¡No eran aburridas! — Sara le tiró un trapo a la cara — . Y ver cómo tu muñeca pierde el pelo es una experiencia traumática. Me marcó para siempre.
— Ya, por eso fuiste tan tierna con Mia y Ken. Aún recuerdo tu cara cuando tu madre te explicó que la pierna que le habías cortado a Mia no sanaría.
— Sabéis mucho el uno del otro — comentó Julia.
Un silencio incómodo cayó sobre ellos. Por fin, Sara dijo:
— Es así, ¿verdad?
Julia no tuvo conciencia de la repentina tensión entre los adultos. De pronto exclamó:
— Tengo que hacer mis ejercicios. Odio tener tareas — y salió corriendo de la cocina.
Sara la miró salir:
— Y después a la cama. Has tenido un gran día.
Un gemido fue la respuesta y oyeron los pasos rápidos en las escaleras. Luego se hizo de nuevo el silencio.
— Bueno — dijo Sara mirando alrededor — . Creo que está más o menos en orden. No quiero que la señora Evans se enfade conmigo el lunes. Voy a ver si Julia necesita que la ayude...
— Espera, Sara.
La antigua ternura vibró entre ellos, y Sara se volvió a mirarlo. Luego apartó la vista, turbada.
— ¿Qué?
— ¿Sabes que acabo de darme cuenta de lo que tanto he echado de menos viviendo fuera?
Ella lo miró de nuevo, con dureza.
— ¿Qué?
— Raíces. Recuerdos y personas para compartirlos.
Los ojos de Sara eran enormes, y azules como un cielo de verano, llenos de luz.
— Nadie en Atlanta me conocía. ¿Te parece una tontería? Los ojos de la mujer se oscurecieron.
— No, me parece completamente lógico — dijo, apartando de nuevo la vista.
Hubo una nota extraña en su tono, casi dolorosa. Fennis recordó el accidente de su hermana y su amnesia.
— ¿Tú también te has sentido sola?
Ella asintió.
— Me he sentido sola — dijo con sencillez.
— Sara...

Esta se volvió hacia el fregadero y se aferró a sus bordes.
— Vamos a olvidarlo, Fennis.
— No quiero olvidar nada — dijo él y se dio cuenta de toda la alegría que había enterrado bajo su amargura. Se acercó a ella, pero no la tocó — . He descubierto que me gusta recordar.
— Pues a mí no — había tanta tristeza en su voz que Fennis la tomó por los hombros y la hizo girarse hacia él — . Es mejor olvidar ciertas cosas.
Lentamente, la estrechó contra él, Sara no se resistió, aunque tampoco le devolvió el abrazo. Con dulzura, dejando de lado la excitación de su cuerpo, Fennis le acarició la cabeza, poniéndola contra su hombro.
Sintió una satisfacción inmensa cuando percibió que la rigidez de sus músculos cedía y que le rodeaba la cintura con los brazos. Besó su cabello, y durante muchos minutos permanecieron así, uno en brazos del otro, en medio de la cocina.
Y por primera vez desde que llegó a Turtle town, sintió que había vuelto a casa. Por fin, el silencio fue roto por el crujido del interfono.
— ¿Sara? ¿Puedes subir? No me salen las restas.
Se separaron lentamente, con pesar, y Fennis la tomó por las manos y dijo:
— Voy yo. Tengo que pasar más tiempo con ella. Sara asintió.
Fennis quería decir mucho más, hablar de los sentimientos que se amontonaban en su mente, pero sólo lograba comunicarse con ella cuando se peleaban. Dejó caer los brazos y fue a la puerta.
— Por cierto — la voz de Sara lo obligó a darse la vuelta — , Alina nos ha invitado a cenar en el jardín de su casa el próximo viernes. Julia viene conmigo — de nuevo miró el suelo de la cocina — . Tú también estás invitado, si quieres venir.
Su impulso inicial fue rechazar la invitación, al recordar el gesto de odio del cuñado de Sara. Pero quería pasar más tiempo con ella...
— Gracias, será un placer.
Volvió a bajar tras terminar los deberes y meter a Julia en la cama. Se cruzó con Sara, que subía a dar las buenas noches a la niña y dijo:
— Te espero en el estudio.
Minutos más tarde, Sara entró, anunciando:
— Está casi dormida.
— Ha sido un día muy cansado — Fennis sonrió amorosamente, y luego señaló, con gesto serio, unos papeles extendidos sobre la mesa — . Son los resúmenes contables del último año. Míralos, por favor.
Eso hizo Sara. Cuando al fin alzó los ojos, su mirada mostraba preocupación.
— Da la sensación de que los precios de los productos se mantuvieron tan bajos a propósito. No entiendo cómo Fortess puede sobrevivir con márgenes tan estrechos.
Fennis fue hasta ella y le señaló un gráfico. Al hacerlo, su pecho presionó un brazo de la mujer, que lo miró...
Y no apartó la vista.
Fennis sintió que su corazón se aceleraba. Deslizó los brazos por su cintura, la hizo volverse y la abrazó, cerrando los ojos ante la impresión de lujuria que le produjo su carne fresca contra su cuerpo. Era su esposa. ¿No era justo que disfrutaran de los placeres carnales del matrimonio?
— Preciosa — murmuró — . Te deseo tanto.

Sara tragó saliva.
— Ya lo sé.
— Ven arriba conmigo.
Sara lo miró de nuevo. Fennis le pasó la mano por la espalda, para estrecharla aún más contra su cuerpo. La mujer se humedeció los labios y el gesto atrajo la sensual atención de Fennis, que no pudo dejar de mirar aquellos labios rosas, henchidos...
— Espera — Sara habló muy rápido, para romper el embrujo — . No es esto lo que quiero, Fennis.
— Eres una mentirosa — puntuó sus palabras con besos leves sobre aquellos labios —. Me deseas tanto como yo a ti.
— Puede ser — concedió Sara, escapando de su abrazo — . Pero no me gusta el sexo por el sexo — su voz era suave y estaba llena de dolor, pero Fennis lo ignoró, irritado.
— Lo nuestro nunca ha sido sexo por el sexo, como dices — declaró — . ¿No recuerdas?
— Lo recuerdo todo — se dio la vuelta y sus hombros temblaron.
La pose que adoptó el cuerpo de Sara era tan vulnerable que la irritación de Fennis se evaporó.
— Puedo esperar, preciosa. Pero no me hagas esperar demasiado tiempo. Eres mi mujer y te quiero en mi cama.
Sara se dio entonces la vuelta y la tristeza de su mirada lo golpeó como una bofetada.
— No soy una posesión — dijo — . Soy una persona y tengo sentimientos, Fennis.
Y salió del cuarto. Fennis siguió allí, con el cuerpo pidiéndole que la siguiera y la mente intentando comprender sus palabras. ¿Por qué se sentía tan triste? Ella lo había engañado.
Pero mientras se sentaba con desgana y empezaba a mirar de nuevo las cuentas, una voz sardónica y dura empezó una letanía en su mente: ella no había huido dejándolo solo, ella no había tenido el hijo de otro hombre ni se había vuelto a casar.
¿Era posible que sintiera algo por él? Siempre había creído que amaba a su hermano. ¿Podría acaso quererlo a él también?
El miércoles siguiente, la campanilla de la puerta de la tienda de Jeassy tintineó al empujarla Sara. El interior estaba lleno de trajes de novia y de accesorios, pues el negocio de Jeassy era floreciente, gracias al talento de la mujer para diseñar vestidos que eran el sueño de cualquier chica.
Pero sobre todo porque la tienda reunía todo aquello que una novia podía necesitar y unas cuantas cosas que no necesitaría, pero que la harían disfrutar aún más del gran día.
Sara descubrió un nuevo producto: pequeñas muñecas con bonitos trajes de novia y una nota que explicaba que se hacían réplicas del traje como recuerdo de la boda. Sin duda, una idea de Alice, se dijo Sara, y la aprobó.
Su propio traje de novia estaba en algún baúl, en la casa de los Fortess. Cuando todo se rompió entre ellos, no quiso volver a verlo y le dijo a la tienda que lo tirara. Pero la madre de Fennis, la más encantadora de las suegras, corrió a buscarlo y lo llevó a su casa.
— La vida da muchas vueltas — dijo cuando Sara se negó a verlo — . A lo mejor dentro de veinte años te alegras de haberlo conservado.
Soltó un taco poco elegante, ante el recuerdo de Fennis, que nunca regresó. Ya

conocía la respuesta a aquella maternal esperanza.
— ¿Algo gracioso?
Se giró y devolvió a Jeassy su amplia sonrisa.
— Hola, querida, ¿cómo va el negocio del amor?
— Hola, me lo dirás tú, recién casada. El negocio va bien, otra cosa es el hogar. ¿Tuviste sarampión?
— Creo que sí. Alina me lo contagió a los cinco años — avanzó con Jeassy hacia el fondo de la tienda, comunicada con la casa — . Pero creí que ahora vacunaban.
— Así es — replicó Jeassy, disgustada — . Pero no son cien por cien efectivas. Y con mi suerte, Alexa se ha contagiado en la guardería. Y claro, ahora tengo la enfermedad en casa.
Jeassy la guió hasta la cocina:
— Me alegra tanto que hayas venido. Mi cuñada está arriba con los niños, ayudándome un rato. Por suerte los dos pequeños duermen.
— Sabes que no me perdería nuestras comidas de los miércoles por nada del mundo — Sara se sentó en la mesa de la cocina donde ya estaban dispuestos varios platos con ensalada y bocadillos — . He contratado a una chica para sustituir a Alina, pero sigo trabajando como una mula. Esto es un descanso para mí.
— ¿Qué opina Fennis de que trabajes tanto?
La pregunta la desconcertó y vaciló un instante.
— Pues no lo sé — admitió — . No lo hemos hablado. Él también está ocupado. Apenas tiene tiempo para Julia, menos para una esposa.
— Julia parece un encanto de niña — Jeassy la había conocido el fin de semana anterior, en un paseo.
— Oh, sí — aquel tema era más seguro — . He intentado ir despacio con ella, pero ya nos hemos hecho muy amigas.
— ¿Su madre y Fennis están... divorciados?
— Sí, pero ella está con otro hombre y no le gusta la niña.
Jeassy mostró su disgusto con un gesto.
— ¿Y lo sabe Julia?
— Sí. Su madre no se ha molestado en ocultarlo. Según Fennis, estaba deseando deshacerse de la cría — Sara se apartó un mechón de la cara.
— Sara — Jeassy, siempre tan desenvuelta, parecía extrañamente cohibida — ... El día que hiciste la mudanza nos dijiste que era un arreglo temporal. ¿Es eso cierto?
No tenía ganas de hablar de ese tema con su amiga, pero tenía que ofrecerle alguna respuesta.
— Es cierto — dijo dulcemente — . Fennis tiene bastantes problemas en relación con la empresa. Me necesitaba para trabajar con él y ayudarlo con Julia.
— ¿Me estás diciendo que esto es un acuerdo comercial? Sara asintió:
— Más o menos.
— Pero — Jeassy no sabía como empezar — ... la forma en que te miraba... Me pareció que ahí había algo más. Y perdóname por meterme donde no me llaman, pero nunca te había visto tan radiante.
— ¿Radiante? — si no fuera por el daño que hacía, la frase le hubiera hecho gracia — . Si me ves radiante es porque me pone tan nerviosa que lanzo chispas.
— ¿Ves? Eso quería decir — los verdes ojos de Jeassy eran penetrantes — . Nadie te

provoca esas emociones, salvo que te importe mucho. Te he conocido cientos de admiradores y no te he visto pestañear cuando se han marchado — su voz se dulcificó para añadir — . Y si Fennis se marcha, creo que harás más que pestañear.
— Ya me dejó una vez, hace siete años, un mes antes de nuestra boda — las palabras escaparon de su boca sin que pudiera retenerlas.
Como un recipiente demasiado lleno y cerrado a presión, su corazón podía estallar en cualquier momento.
Hubo un silencio atónito por parte de Jeassy. Luego se levantó y fue a abrazar a Sara, poniendo su cabeza contra su cuerpo.
— Oh, mi pobre niña, llora todo lo que quieras.
— No lloro — musitó Sara, aplastando una lágrima contra la blusa de su amiga. Escuchó una risa ronca sobre su cabeza.
— Tú no, ¿verdad? Dime qué pasó. — Jeassy se apartó un poco y la miró con sus astutos ojos que sabían leer en su interior como si siempre la hubiera conocido .
Sara suspiró.
— Dios, no te das por vencida. Johnny no bromea cuando dice que eres peor que una gota de agua sobre una roca.
Jeassy dio un abrazo a su amiga y volvió a su silla, sin dejar de mirarla:
— ¿Por qué te abandonó?
Jeassy no iba a ser objetiva, estaba claro, pero ella misma se hubiera lanzado en defensa de una amiga en apuros, sin preguntarse quién tenía razón.
— Fue un malentendido estúpido — dijo, suspirando — . Él creyó que nos había encontrado a su hermano Octavius y a mí en una situación comprometida. Se equivocó, claro está, pero no se quedó a averiguarlo.
— ¿Se marchó sin más? — Jeassy intentó no mostrar su indignación, pero el tono era agudo — . ¿Hace cuánto?
— Siete años.
— ¿Y nunca regresó... hasta ahora?
Sara tragó el sollozo que ascendía por su garganta.
— Y no hubiera vuelto de no haber muerto Octavius — se encogió de hombros — . Sin duda fue mejor así. Si confiaba tan poco en mí, nuestro matrimonio no hubiera resultado.
— Sí, pero... Julia tiene cerca de siete años, ¿no?
— Un accidente mientras intentaba olvidarme, dice.
Jeassy estaba moviendo la cabeza, y tenía los ojos brillantes de emoción. Sara habló rápidamente:
— No vayas a llorar. Yo soy una profesional de contener las lágrimas y si tú empiezas, estropearás mi estilo.
— Si no me hubieras contado esto, hubiera empezado a confiar en tu extraña boda — dijo su amiga — . Entre vosotros hay chispas, pero también una conexión profunda, creo.
— Es familiaridad, no cariño. Nos conocemos desde niños.
Pero mientras forzaba la conversación en otra dirección, Sara sabía muy bien a qué se refería Jeassy. Había conexión, cómo no.
Hablar de reconciliación era demasiado para los frágiles hilos que empezaban a unirlos, pero por debajo de toda la humillación y el dolor, había sitio para una minúscula

esperanza que empezaba a respirar.
Y el tierno abrazo de la noche anterior había dado fuelle a la brasa de la esperanza que sólo necesitaba un soplo de aire para prender de nuevo sus fantásticas llamaradas.
Fueron a casa de Alina el viernes siguiente. La casa de los Chapek era una planta de ladrillo, con jardín, en un barrio antiguo de la ciudad.
Las últimas flores del verano aún decoraban la entrada y un gran árbol centenario daba sombra a la casa. Todo respiraba serenidad, como la propia Alina, pensó Fennis.
Pero al entrar en la casa, la imagen de paz se evaporó. Allí reinaba el caos. Los recibió una criatura disfrazada y danzante que Zack presentó como Nicola. Un perro negro enorme y otro blanco y pequeño les saltaron encima, asustando a Julia, que no estaba acostumbrada a los perros.
— Major, idiota, deja en paz a la niña — gritó Sara apartándolo por el collar — . ¡Alina! Ven a calmar a tus perros.
Alina apareció en la puerta, riendo y con los ojos chispeantes. Llevaba un bebé en brazos y éste lloraba con toda la fuerza de sus pequeños pulmones.
Alina tendió el niño a Zack y desapareció al instante. Los ojos de Julia estaban abiertos de admiración:
— ¡Una familia! — exclamó. Sara replicó:
— Amén.
Fennis la miró de reojo y decidió seguir mirándola con más detenimiento.
Nicola charlaba con su tía a toda velocidad mientras Zack les indicaba que pasaran a la sala de estar. Sara había tomado al bebé en brazos y lo estaba calmando mientras escuchaba atentamente a Nicola, y para asombro de todos, el bebé estaba dejando de llorar.
Cuando se sentó en el sofá, apretó a la criatura contra su regazo y cerró los ojos, saboreando el momento.
Era evidente que le encantaban los niños, pensó Fennis, viendo cómo presentaba a Nicola y Julia, que pronto desaparecieron por una puerta. Desde su regreso, Fennis se había preguntado por qué Sara no se había casado ni había tenido hijos. No sería por falta de oportunidades.
La idea le molestó y la apartó, concentrándose en la conversación. La velada fue inesperadamente grata. Alina puso todo su corazón en que Fennis y Julia estuvieran a gusto. Incluso Zack, que claramente se consideraba el hermano mayor de Sara y su protector, se relajó y charló de diversos temas con él.
Después de la cena, la pequeña Nicola se llevó a Julia fuera para conocer a los perros y Fennis comprobó con asombro lo bien que se integraba su hija con aquellos extraños. Cuando la hermana de Sara le dijo que podía llamarla «tía Alina» sintió un sobresalto de alegría y temor.
— Entonces — dijo Zack mientras les servía café — , Sara nos ha dicho que hay ciertos problemas en el negocio de tu familia.
Fennis asintió.
— Es una forma leve de decirlo.
— ¿Qué hacen exactamente las industrias Fortess?
— Manufacturamos acero. Antes nuestros mayores compradores eran los fabricantes de barcos, pero desde que el sector está en crisis, hemos diversificado el negocio.
— ¿Cómo? — Zack parecía muy interesado.

— Mi padre empezó a fabricar acero para la construcción. Vigas. Tenemos una red de distribución bastante buena en toda la costa y no hemos perdido el mercado naviero — Fennis suspiró — . El mercado está en alza y la compañía debería ir bien.
— Pero no es así — Sara le tendió el bebé, que se había dormido entre sus brazos a Alina y se sentó — . Los dos hemos mirado la contabilidad y las finanzas. No hay nada extraño aparentemente, pero los beneficios no han dejado de bajar en los últimos cinco años.
— Y como resultado, las acciones también pierden valor — Fennis vaciló, pero luego decidió enunciar sus sospechas en voz alta — . Me pregunto si no habrá una persona comprando acciones.
— ¿Con qué propósito? — Zack tenía el ceño fruncido.
— No le serviría de nada a nadie — señaló Sara — . Juntos controlamos más de la mitad de las acciones.
— Ya lo sé — Fennis extendió las manos con gesto ausente — . Pero la idea me da vueltas. Ya sé que parece no tener sentido.
En el silencio, se oyó el ronquido del bebé y todos rieron a un tiempo. Sara se puso de pie.
— Gracias por la cena, hermana. Os devolveremos la invitación un día de estos, pero será mejor que nos llevemos a Julia a casa.
Cuando fueron a buscar a las niñas, era evidente que Julia estaba en su elemento. Fennis nunca había pensado que su vida era solitaria, pero al ver a la niña cuidando de la más pequeña, se dijo que sería una hermana mayor excelente.
Para lo que necesitaría hermanitos. Se dio cuenta de lo que estaba pensando. Se había acostumbrado a tener a Sara en su hogar y en su vida. Y de pronto estaba pensando en tener hijos, con ella.
¿Qué le estaba pasando?
Lo asustó conocer la respuesta, que no era otra que Sara Laims. O más bien Sara Fortess. Nunca volvería a confiar completamente en ella, ni volvería a quererla como la había querido, pero podría seguir con ella mientras no le permitiera que lo manejara a su antojo, como sin duda hacía con los demás hombres.
Con él, sería diferente.

Capítulo Siete

La cena de negocios de Fennis estaba prevista la semana siguiente. Sara y la señora Evans se habían dedicado a la limpieza de la casa, cuyas dimensiones convertían su mantenimiento en un arduo esfuerzo.
Sara comprobó el estado del bar y compró un par de botellas más, abrillantó la plata y el cristal, quitó el polvo a los muebles, enceró los suelos. Habló con un especialista en comidas, ideó el menú y contrató a un par de camareros para el bar.
Dispuso las mesas y la cubertería, las servilletas artísticamente dobladas, las flores y las velas. Por último se arregló las uñas y fue a la peluquería.
Y el sábado por la mañana se fue de compras.
— ¿Vas a cenar con nosotros esta noche? — le preguntó a Julia mientras desayunaban.
La niña vaciló.
— ¿Os parece bien?
— Claro que nos parece bien. Además, así aprenderás cómo se hacen estas cosas para cuando seas mayor.
La niña era demasiado pequeña para aprender nada, pero estaba deseando asistir y Sara quería que se sintiera segura de ser bien recibida.
— Muy bien — dijo Julia — . Si así lo crees, comeré con vosotros.
— Estupendo. Yo voy a comprarme algo de ropa. ¿Quieres acompañarme?
Julia la miró con ojos enormes.
— ¿No tienes nada que ponerte?
Sara supo que la niña estaba pensando en el armario de arriba, lleno a reventar de ropa. Se echó a reír.
— Sí, tengo de todo, ya lo sé. Pero es una excusa para comprarme un vestido nuevo. Y tú también necesitas algo.
Para su pesar, los ojos de Julia se llenaron de lágrimas.
— Mamá me hacía vestidos antes de echarme de casa. Se me han quedado pequeños.
— Oh, tesoro — la pena infantil le llegó al alma y se levantó para tomar a la niña en brazos y acunarla.
La hija de Fennis se aferró a su cuello mientras su pequeño cuerpo era sacudido por los sollozos y Sara la mantuvo abrazada hasta que se calmó.
— Yo te haría un vestido — explicó Sara intentando aligerar el ambiente —, pero parecerías una pobre de pedir. No es lo mío, creo.
Julia rió entre hipos.
— Podría vestirme de plásticos — dijo y Sara lo aprobó entre risas.
Poco a poco fue soltando su abrazo y luego se bajó del regazo de Sara.
— Perdona que haya arrugado tu falda.
— No te preocupes. Todos necesitamos una buena llantina de vez en cuando — incluso ella, se dijo en silencio.
Había ahogado tantas lágrimas en las últimas semanas que le dolían los músculos de la garganta. Se puso en pie y empezó a recoger la mesa.
— ¿Sabes lo que podemos hacer? — le propuso a la niña — . Puedo ayudarte a

envolver tus vestidos de una forma especial para que no se estropeen y una hija tuya los pueda llevar un día.
El rostro de Julia se iluminó:
— ¿En serio?
— Y así tendrás recuerdos preciosos de tu madre para contarles a tus hijos.
Julia rió, distraída de su momento de pena.
— Hablar de mis hijos suena muy raro.
— Esa soy yo — dijo Sara haciendo una mueca cómica — . La rara y loca de Sara.
La niña rió de nuevo y luego quedó pensativa.
— ¿Sara? — Julia había oído que Alina la llamaba así, y había adoptado el diminutivo.
Sara se dio la vuelta para mirarla.
— ¿Qué?
— Creía que iba a odiar tener una madrastra, pero me gusta.
— Bien — tuvo que tragar un nudo de emoción repentina — . Yo creí que iba a odiar ser una madrastra, pero me gusta.
Se dio la vuelta y se dirigió hacia la cocina, a tiempo de ver a Fennis en el umbral de la puerta. Tenía una mirada peculiar, entre irónica y satisfecha, y Sara pensó con rabia que estaba muy contento por su decisión de obligarla a casarse con él.
Le hubiera gustado darle una bofetada, pero contuvo el impulso, limitando a decir:
— Vamos a ir de compras. ¿Quieres que te compremos algo? He observado que tus pantalones están un poquito estrechos en la cintura.
Él se echó a reír y en dos zancadas estuvo junto a ella. La tomó por la cintura, la abrazó y hundió la nariz en su cuello.
— Mi cintura está perfectamente — dijo mordisqueándole el lóbulo de la oreja.
— Fennis — se indignó Sara, afectada por la repentina y envolvente excitación sexual —, no hagas eso. Podría entrar Chalsie.
— ¿Y? — apoyó los labios en su cuello y la besó bajo el cuello de la camisa, haciéndola gemir sordamente.
Sara se dio cuenta de que ya no lo rechazaba, sino que se había colgado de su cuello y se pegaba a él, hechizada. La rabia la ayudó a separarse.
— No soy tu juguete — dijo, y no le pareció muy convincente, dada la forma en que se estremecía su piel al tocarlo.
Fennis sonrió y se apoyó en el fregadero, cruzando los brazos sobre su pecho.
— Nunca he dicho que lo fueras.
— Y no pienso acostarme contigo.
La sonrisa se amplió.
— Vale, lo que tú digas. Pero me gustaba tanto...
Su tono de nostalgia despertó en ella recuerdos excitantes, vivos, y estuvo a punto de ceder hasta que recordó por qué no quería acostarse con él. No quería acostarse con un hombre que pensaba lo que Fennis pensaba de ella.
De pronto no le costó nada resistirse.
— Pensaste que me acostaba con tu hermano.
Las palabras salieron disparadas como balas y la sonrisa de Fennis se convirtió en una mueca amarga.
— Y tú me dijiste que me equivoqué — con las cejas alzadas la retaba a que lo probara.

— Da igual lo que te dijera. Lo que me importa es que tú pensaste que yo podía hacer algo así — se retiró hacia la puerta, consciente de la luz de odio que había encendido en los ojos del hombre — . Te ayudaré con tus compromisos profesionales de aquí a seis meses, y luego adiós. No puedo vivir en la misma ciudad que tú — movió la cabeza, ciegamente — . No puedo.
Tras estas palabras, salió de la cocina y atravesó corriendo el comedor, ante la mirada atónita de Julia. Mientras subía las escaleras, la oyó preguntar:
— ¿Qué le has dicho, papá?
Le costó un gran esfuerzo calmarse, pero lo logró y volvió a bajar a buscar a Julia, con las emociones bajo control. Se asomó al salón y anunció:
— El tren de las compras a punto de salir. Viajeros al tren.
Fennis se vistió antes de bajar a comprobar que todo estaba a punto. Odiaba admitirlo, pero se sentía muy nervioso. Sus invitados de aquella noche representaban la posibilidad de salvar o de hundir las industrias Fortess.
Había recortado costes, presionado a los clientes que les debían dinero, negociado las deudas pendientes, pero a menos que lograra firmar un gran contrato y consiguiera el respaldo financiero de un banco, no podría sacar a flote la compañía.
Desde luego podría vender su otra empresa por un buen precio al día siguiente. Lo sabía muy bien por qué incluso tenía ofertas. Pero no quería salvar la empresa familiar con su propio dinero. Necesitaba comprender primero qué había ocurrido y lograr el éxito con sus medios actuales.
No le gustaba el fracaso. El fracaso sentimental de su vida le había dejado un sabor amargo, inolvidable. No terminaba de entender las reacciones furiosas de Sara. Siendo él el engañado y traicionado, ¿por qué se las arreglaba para que pareciera el villano de la historia?
¿O quizás lo era?
Por primera vez desde su marcha, una grieta había aparecido en el sólido muro de certeza erigido en su memoria. ¿Sería posible que hubiera malinterpretado la escena de aquella funesta noche? Cada vez le costaba más combinar la imagen de la mujer tierna y brutalmente sincera que se había encontrado a su regreso con la mentirosa que creía haber dejado años atrás.
Miró el reloj. Las siete en punto. Comenzó a pasear, mirando las mesas en las que todo estaba dispuesto. Gracias a Sara.
Volvió a mirar el reloj, sabiendo que sólo habían pasado dos minutos. Sus invitados estaban a punto de llegar. ¿Dónde se había metido su mujer? Fue hasta el pie de las escaleras y miró. Nada. Julia se asomó en lo alto de las escaleras.
— Hola, papá.
La niña llevaba un vestido nuevo, de terciopelo verde, con una falda amplia y el pelo suelto, pero ordenado en suaves tirabuzones. Parecía tan... mayor.
No podía ser su niña. ¿En qué momento habían desaparecido sus piernas redondas? En una fracción de segundo, comprendió lo poco que faltaba para que su hija se transformara en otra cosa, y se sintió aún más angustiado.
— ¿Te gusta mi vestido? — preguntó Julia, saltando sobre los escalones y de pronto allí estaba su pequeña.
— Estás guapísima, hija — dijo de corazón, besándola — . Pronto tendré que encerrarte en tu cuarto para que no vengan los chicos.

— ¡Papá! — la niña rió ante la tontería, pero estaba feliz — . Espera a ver lo que se ha comprado Sara.
Un movimiento captó su atención y alzó los ojos. Sara no esperó su opinión, posando en lo alto, sino que empezó a bajar las escaleras, una esbelta figura moviéndose con gracia halada a pesar de los tacones. El corazón de Fennis se aceleró y esta vez no fue por la ansiedad. Le sorprendió pensar que Sara era totalmente consciente de su aspecto y del efecto que causaba en su presión sanguínea.
El vestido de Sara era azul, como sus sandalias minúsculas. Envolvía sus curvas con suavidad e intención, y daban ganas de tocarla, saborearla. Llevaba una gargantilla de perlas sobre el escote pronunciado y redondo, tentador como los muslos entrevistos bajo el encaje amoroso que remataba los bajos del breve vestido y decoraba las mangas, invitando a posar los labios sobre la piel dorada y sutilmente expuesta.
Cuando completó su descenso, Sara le tendió la mano y Fennis no apartó la vista de sus ojos azules mientras posaba un beso en la fragante piel.
— La anfitriona no debe deslumbrar a los invitados — murmuró al estirarse.
Se fijó en que llevaba más maquillaje de lo normal, y aunque le gustaba Sara con la cara lavada, tuvo que reconocer que lo había hecho con gusto y que el efecto era fabuloso: sus ojos parecían todavía más grandes, su boca más sensual, su piel más refulgente. Y en cuanto a su perfume, el instinto de cualquier hombre era el de acercarse más y sumergirse en ella.
Sara alzó la retocada ceja.
— Todo lo que me pediste está listo — dijo fríamente y Fennis recordó que estaba enfadada con él, y cómo.
— Siento lo de esta mañana — se disculpó sin soltar su mano. Sara le dedicó una larga mirada.
— Acepto tus disculpas. Olvidemos lo sucedido.
— Se te da bien olvidar — dijo Fennis, provocador, siempre mirándola.
Pero en ese momento sonó el timbre y ambos se separaron para salir a recibir a los invitados.
Mientras se dirigían a la puerta, Sara tuvo tiempo de replicar:
— Es la única forma de aguantar.
Mucho más tarde, mientras tomaban café y coñac, Fennis observó a Sara sentada al fondo de una mesa con Julia a su lado. Podía admitir que también se había sentido inseguro respecto a su actitud. Sara podía haber arruinado la noche, y sus posibilidades de salvar la empresa, pero había estado perfecta.
Tan perfecta, de hecho, que sus compañeros de mesa ya habían aceptado avalar un préstamo que sacaría de apuros a Industrias Fortess. Sara había halagado el ego de aquellos hombres de negocios y había escuchado, con aire fascinado, un montón de aburridas historias sobre sus vidas.
Pero lo mejor era que lo había hecho sin perder la simpatía de sus esposas. Había hablado con ellas, preguntado sobre hijos y nietos, presentado su tienda de juguetes, de manera que todas las mujeres le habían prometido una visita y participado con entusiasmo en una larga discusión sobre ginecólogos. Había seducido a los maridos, pero de una manera que lograba que las esposas no se sintieran ofendidas ni amenazadas.
Aquel era su encanto: hacía de vampiresa sin cuartel, pero riéndose de sí misma, y su

mensaje era que nadie debía tomarla en serio. Y no dejaba de hacer el papel de orgullosa madre a la perfección, aunque bien mirado, quizás no se tratara de un papel.
Era evidente que le tenía cariño a Julia. Se manifestaba en la manera en que la había arreglado para la cena, en los mil gestos de cariño, en la forma en que la incluía en las conversaciones y le dedicaba sonrisas y guiños para que estuviera a gusto.
Muchos lo habían felicitado por su mujer y su hija, e incluso la esposa de un inversor le había comentado que la niña iba a ser tan hermosa como la madre cuando creciera.
Un error comprensible. Eran muy parecidas, realmente.
En realidad, se dijo, Julia tendría que haber sido la hija de Sara y su verdadera madre no había sido más que una sustituta. Y aquella era una noche perfecta para obtener unas cuantas respuestas sobre el periodo más triste de sus vidas.
¡Por fin! Sara se dio la vuelta cuando Fennis cerró la puerta sobre sus últimos invitados rezagados. Mientras éste daba propinas a los camareros, fue a la cocina para comprobar que los restos estaban bien guardados en la nevera, haciendo cálculos sobre la parte de la factura que Fennis podía incluir como gasto de empresa.
Muy cansada, llegó a las escaleras y empezó a subirlas. Estaba deseando quitarse aquellas horribles sandalias, que Julia había elegido en un ataque de entusiasmo consumista.
La niña se había acostado dos horas antes, cuando Sara había observado que le costaba mantener los ojos abiertos. Ojalá hubiera podido ella hacer lo mismo.
Entró en su habitación y se quitó las sandalias con alivio. Después se desvistió y dejó caer la prenda al suelo. Le siguieron las medias transparentes y aquel incómodo corpiño que hacía tales milagros con los pechos femeninos.
Todo fue a parar al suelo y Sara se burló mentalmente de las prendas y de las cosas que hacen las mujeres para gustar a los hombres. Ridículo, se dijo, entrando en el baño.
Allí dejó correr el agua caliente sobre el gel de burbujas y se lavó los dientes y desmaquilló mientras se llenaba la bañera. Iba a meterse en el agua, cuando un movimiento captó su atención y se paralizó.
Fennis estaba en la puerta y la miraba, sonriendo, pero la sonrisa murió al encontrarse sus ojos.
Sara intentó cubrir su cuerpo desnudo, a punto de entrar en el agua, como una virgen victoriana.
La mirada de Fennis descendió por su cuerpo, devorándolo, mientras un color pardo sonrojaba sus pómulos y su pecho respiraba fatigosamente.
— Ven aquí — dijo en un susurro gutural.
Sara podía elegir. Sabía lo que él deseaba de ella. No había amor en su corazón y aquello sería meramente sexual.
Si avanzaba hacia Fennis por el suelo de baldosas, se entregaría completamente a él, sabiendo lo que él pensaba. Y de nuevo le daría su amor no correspondido, pero inmenso y por supuesto oculto. Nunca había dejado de amarlo. Nunca. El reconocimiento la hizo moverse, avanzar por el cuarto de baño, paso a paso, hasta colocarse ante él. Estar desnuda ante un Fennis completamente vestido era una sensación tan erótica como dolorosamente simbólica.
— Sara — dijo él, sin aliento — . Te deseo tanto.
Lentamente, Sara alzó los brazos hacia él y murmuró:

— Pues puedes tenerme.
Y en un instante fue rodeada, abarcada por sus brazos, invadida por sus caricias y sus besos. Acarició su cabello crespo y devolvió los salvajes besos en el baile de la pasión prometida y largamente aplazada.
Fennis besó su garganta expuesta, su cuello, y descendió besándola hasta el pecho, Sara se retorció y gimió al sentir que tomaba un pezón con tanta fuerza que sus rodillas temblaron y tuvo que dejar que el peso de su delgado cuerpo reposara en los brazos de Fennis.
El asalto de los sentidos fue tan fiero que Sara tuvo que gritar e inmediatamente los besos de Fennis se hicieron más suaves. Murmuró:
— No quiero hacerte daño.
— No me haces daño. Es que...
— Ya sé — su voz era increíblemente tierna, y las lágrimas llenaron sus ojos.
Aquel era el hombre al que había amado una vez. El hombre que recordaba su corazón.
Estaba en todas partes, chupando, acariciando, lamiendo, con las manos, asiendo su espalda y su cintura con seguridad y destreza. Sara se arqueaba bajo sus manos, pidiendo más, y las manos de Fennis iban ganando audacia, deslizándose entre sus muslos para acariciar el centro de su deseo. Los dedos de Fennis le parecieron torpes al principio, raspando casi, pero en seguida fueron suavizados por la humedad que bañaba sus muslos.
Fennis gimió al explorarla, y sentir la dulzura mojada que parecía esperarlo. Sara apretó los muslos sobre sus dedos y sus tiernas protestas puntuaron la espiral de placer. Fennis la tomó de pronto por la cintura y la apoyó contra el mueble de baño, situándose entre sus piernas mientras la besaba de una forma que expresaba algo más que el mero placer de los sentidos.
Deseando la intimidad completa con Fennis, Sara deslizó la mano entre sus cuerpos para alcanzar su excitación, haciéndolo gemir entre besos mientras su palma lo acariciaba.
Su respiración resonaba rápida y ronca, en el silencio del baño y Sara pudo percibir la urgencia de su pasión. Sin dejar de besarla, apartó su mano y se bajó los pantalones y de pronto, por sorpresa, Sara lo sintió contra ella, caliente, duro, presionándola.
Fennis se apartó un instante, para situarse y murmurando «te necesito», le alzó las caderas y entró en ella.
Sara estaba tan mojada que el hombre penetró hasta el fondo en el primer empellón. Sara gritó y se abrazó a él, y Fennis, sin darle tiempo a relajarse, la tomó en un salvaje viaje de placer que tensó su cuerpo hasta convertirlo en un barco deliciosamente perdido en una tormenta.
Sara gritó de nuevo y Fennis bebió sus gemidos besándola, y luego se apartó para acelerar su ritmo. Sara puso los labios contra el cuello del hombre, y se dejó mecer por las sensaciones que la agitaban y elevaban, cada vez más arriba, en una ascensión sin límites, hasta que el placer la hizo precipitarse en convulsiones. Fennis murmuró algo, soltó un gemido de satisfacción y siguió aferrado a ella, dejándose ir con un grito de placer.
Siguió dentro de ella y ambos respiraron como caballos tras una carrera, aferrados el uno al otro y asombrados, temblando. Bajo su piel sensible, Sara sintió que le

temblaban los muslos y empezó a retirarse, pero Fennis la estrechó con fuerza contra su pecho.
— Quédate aquí — dijo, y tomándola por la cintura la llevó hasta la cama.
Allí giró y se dejó caer sobre la espalda, con Malcolm sobre él.
Esta besó el cuello abierto de la camisa que no se había quitado y dijo:
— Qué gesto tan hábil.
— Um — parecía tan satisfecho como un león después de cenar — . Ese soy yo, hábil para todo.
Sintiendo que sus fuerzas volvían, Sara se sentó a horcajadas sobre él y comenzó a desabrochar la camisa.
— Esto fuera — dijo.
Fennis se fijó en la camisa y en la mujer sentada sobre su vientre, y sonrió.
— Desde luego — reconoció y se separó de ella.
Se puso en pie en un movimiento grácil para terminar de desvestirse, desvelando a la atenta observación de Sara los planos y músculos de su hermoso cuerpo, el pecho cubierto de oscuro vello que se rizaba al llegar abajo, donde su virilidad mostraba todo su deseo.
Al instante volvió junto a Sara, abrió la cama y se metió en ella tras apagar las luces. Sara suspiró su placer tanto tiempo negado, cuando sus cuerpos desnudos se encontraron por primera vez en siete largos años y Fennis se puso sobre ella, buscando de nuevo su lugar entre sus muslos.
Sara lo guió hasta ella mientras él se inclinaba a besarla, con dulzura esta vez y una ternura que la hizo temblar de pies a cabeza. De pronto Fennis la miró y dijo:
— ¿Por qué resulta tan perfecto contigo? Nunca he dejado de pensar en ti, aun estando con otras.
Malcolm apartó la cara, rechazando el dolor que la imagen causaba. Ella había tenido dos amantes en todo el tiempo de su separación, y no tenía por qué sentirse tan herida, pero así era...
Fennis la obligó a mirarlo y acariciándola, dijo:
— Nunca ha habido otra en mi vida. Sólo tú. He intentado olvidarte, pero siempre soñé que volveríamos a estar juntos.
Las palabras eran como un bálsamo contra el dolor y Sara le acarició el rostro antes de decir, moviéndose ya bajo su cuerpo:
— Ya lo sé. Para mí ha sido igual.
Se durmió entre sus brazos cuando empezaba a amanecer.
Qué maravilla era tenerla entre sus brazos. Se arrepentía de haber hablado tan inoportunamente de otras mujeres. La dulce satisfacción de su mirada había dejado sitio a un dolor que le había partido el corazón. La entendía muy bien, pues él sentía lo mismo.
¿Acaso lo había dicho para castigar? No lo había hecho deliberadamente. Pero ya no se fiaba de sí mismo. Había arrastrado tanta amargura durante tanto tiempo, que quizás sus palabras supuraran veneno.
Movió la cabeza para besarla en la mejilla. La caricia la hizo estirarse entre sus brazos, y Fennis se giró para abrazarla más estrechamente. Estaba pegada a su costado, con la cabeza reposando en su nombro y la pierna cruzada sobre sus muslos. Se asombró al comprobar que el contacto lo estaba enardeciendo de nuevo.

Ninguna mujer le hacía reaccionar de aquella forma. Había olvidado la insaciable pasión que sentía por Sara, la constante necesidad de sumergirse en ella, de sentirla suya. El sexo con ella era otra cosa.
¿Qué era?
Química, decidió. Sólo química. Por algún motivo, ella ponía en funcionamiento todos los mecanismos del placer y siempre sería así. Y debía aceptarlo: no quería pasar el resto de su vida sin su cálida, excitante presencia junto a él.
Le daba igual lo que hubiera hecho.
Pero de pronto, la imagen que tanto odiaba, la que le había asaltado tantas veces, la visión de Malcolm con su hermano, ocupó completamente su mente. Era siempre así: aquel dolor le daba ganas de despertarla y gritarle cómo había podido hacerle eso.
¿Quieres que se marche y no verla más?, se preguntó. No tendrás su alma, pero puedes tener su cuerpo. Yeso es lo quieres.
¿Era eso cierto? Reprimió el recuerdo del tierno abrazo de la cocina, un abrazo que había hablado de emociones poco sexuales.
Sara se estiró de nuevo, se apartó el pelo revuelto de la cara y alzó un poco la mirada. Sus ojos azules eran los de un gato al que se ha molestado durante la siesta, pero movió la mano para acariciar su frente.
— ¿No duermes?
— No — la colocó sobre su cuerpo y Sara sonrió al sentir sobre su vientre la presión de su virilidad — . Creo que necesito algo más.
— Nunca he conocido a un hombre que necesite tanta ayuda para dormir — la voz de Sara era sensual, adormilada y feliz.
— Nunca me has dicho por qué te acostaste con Octavius.
Sus palabras salieron de su boca por sí solas y lo dejaron sorprendido. El efecto sobre Sara fue peor, su cuerpo se puso completamente rígido y se separó tan rápido de él que casi se cae de la cama. Fue al armario y se puso una bata con gestos violentos y se volvió hacia él, mirándolo con ojos de gata furiosa.
— ¿Pretendías reblandecerme con esto para que te confesara mis pecados? — gritó con rabia.
Fennis, ignorando su desnudez, se irguió y habló despacio, sin mostrar sus emociones.
— Claro que no. Pero pienso que merezco una respuesta. Siempre me he preguntado por qué aceptaste casarte conmigo si lo querías a él.
Lentamente, Sara cruzó los brazos sobre su pecho.
— Nunca te ha interesado escuchar mi versión, Fennis. ¿Por qué iba a importarte ahora?
— Sabes por qué — su voz se hizo baja y seductora.
— ¿Por el sexo? — el tono de Sara era neutro, vacío — . No creo que cambie nada.
Había algo angustioso en sus palabras.
Fennis habló de nuevo:
— Para mí cambia mucho.
No había pretendido abrir la caja de los truenos, sino conformarse con lo que tenía. Pero algo en él necesitaba desesperadamente terminar con el pasado.
Sara alzó las cejas, se mordió el labio y sus ojos se llenaron de una tristeza infinita, aunque su rostro era una máscara de indiferencia.
— Hubo un tiempo en que te lo hubiera dicho todo, contado todo. Un tiempo en que

esperé y esperé y esperé que volvieras para contártelo todo. Pero no volviste, Fennis.
Fennis pudo ver el dolor devastador que todavía transparentaba su fría y dura máscara.
— Nunca volviste — repitió.
— No podía — ofreció la única excusa que tenía — . Estaba tan furioso que pensaba que os mataría si regresaba. Tardé años en calmarme. Aún sigo furioso.
Pero Sara no lo escuchaba.
— Eso no me convence. Los dos sabemos que tu amor inmortal por mí desapareció en nuestro primer conflicto. No confiaste en mí lo suficiente como para escucharme. Y no volviste porque estabas muy ocupado seduciendo a otras mujeres y teniendo un hijo — su voz se había alzado y se detuvo de pronto, mordiéndose el labio.
La verdad había surgido como una marea inevitable, barriendo todas las excusas, todos los pretextos a los que se había aferrado tantos años. Fennis supo que no podía soportar que pensara eso de él.
— No volví — dijo con lentitud — porque me habías roto el corazón. Me costó mucho unir los pedazos y todavía no funciona muy bien — se había puesto en pie y fue hasta Sara a tomarla por la mano — . No podemos cambiar el pasado, pero podemos olvidarlo.
— No podemos hacer eso, Fennis. Tenemos que enfrentarnos a él.
— No, no debemos —tomó su barbilla con dulzura, celebrando que no lo rechazara —. Empecemos de nuevo. Hagamos cómo si nos hubiéramos conocido ayer.
Sara guardó silencio, con los ojos bajos, de manera que Fennis no pudo leer en ellos. De pronto se estremeció de pies a cabeza, como si de verdad estuviera expulsando el pasado. Cuando lo miró de nuevo había tristeza en sus ojos, pero también una leve chispa de ironía.
Le puso la mano sobre el pecho y suspiró antes de decir:
— Para ser dos personas que acaban de encontrarse, nos conocemos terriblemente bien.

Capítulo Ocho

El siguiente jueves era el cumpleaños de Julia. Sara había preparado una merienda para después del colegio y tras colocar una enorme tarta sobre la mesa, miró su reloj.
— Son las cuatro, Fennis. Deben estar a punto de llegar. Sube a mi cuarto y baja los regalos, ¿te parece?
Observó a Fennis mientras bajaba obedientemente de la escalera en la que estaba subido. Habían transformado el comedor en una habitación festiva llena de globos de colores, tiras y hasta una piñata.
Cuando Fennis salió del cuarto, miró su espalda con melancólica satisfacción. Llevaba cinco noches durmiendo con él y si hubiera buscado tan sólo placer físico, sería una mujer feliz.
Fennis era un amante fabuloso, conocedor de sus sensaciones y deseos como nadie. Durante sus años de separación había adquirido más control sin perder pasión y el resultado era que ambos empezaban a tener profundas ojeras fruto de las noches sin sueño.
Pero por muy increíble que fueran sus relaciones sexuales, seguía habiendo una pena en su corazón que se negaba a desaparecer.
Habían hablado de cientos de cosas en los últimos días, desde las vacaciones de Julia, hasta una renovación completa de la cocina o la forma de ahorrar gastos en la empresa. Incluso Fennis le había pedido que estuviera presente en las entrevistas que iba a mantener para contratar un nuevo contable que ayudara al antiguo con las nuevas exigencias.
Pero de lo único de lo que no habían hablado era de lo que realmente le importaba. Y puesto que aquella zona seguía en silencio, Sara no se atrevía a pensar en el futuro. Sólo podía esperar el día a día y no perder de vista la precariedad de su situación.
Fennis no le permitía que hablara del pasado, de lo que había sucedido la noche en que él la abandonó. Y a pesar de la ternura que Fennis mostraba por ella, Sara sabía que su relación no tenía futuro sin ocultar el pasado.
Pues él seguía sin creerla. Le había dicho que estaba dispuesto a olvidar y a perdonar, y Sara había sentido el impulso de pegarle, luego de marcharse para siempre. Pero su amor por él lo había impedido.
Había vivido sin él mucho tiempo y sencillamente no quería hacerlo de nuevo. Pero esta vez no iba a esperar nada. Aquella era su desoladora defensa. Aun sabiendo que no la quería, que no confiaba en ella, elegía quedarse. Lo importante era no esperar nada, se repetía, no esperar que la amara y que la comprendiera. Y acumular recuerdos que le permitieran vivir cuando se separaran de nuevo.
Lo oyó bajar las escaleras y fue hacia él a ayudarlo.
— Me parece que te has pasado un poco con los regalos — dijo Fennis mirando la pila de paquetes.
— Me dijiste que hiciera lo que me pareciera — sonrió Sara —, y siempre es peligroso encargarme esa clase de misiones. Me tomo muy en serio las compras.
Fennis rió y la tomó por la mano, diciendo:
— Algunas cosas no cambian.

Sara le permitió que la abrazara y la estrechara contra él, cerrando los ojos ante las sensaciones que su contacto provocaba.
— Gracias por organizar todo esto — dijo sobre su cabeza — . Yo no sabía por dónde empezar.
— Ya lo sé — confirmó Sara besando en el cuello y en la barbilla.
— ¿Qué haces? — preguntó en broma Fennis.
— Jugar un poco — tocarlo en cualquier momento, cuando le apetecía, era un placer del que no se había cansado.
— Eso me temía — rió Fennis.
— Tú has empezado — le recordó Sara y en ese momento sonó el timbre y ella se apartó, alisando su falda y retocándose el pelo mientras iba a abrir — . ¿Preparado para la fiesta?
— ¿Cómo explicarte que mi idea de una fiesta no es exactamente lo que va a suceder esta tarde? — fue la retórica respuesta de Fennis.
El viernes, Sara volvió temprano de la tienda y para su sorpresa, vio el coche de Fennis aparcado frente a la puerta.
Fue a la cocina y cuando entraba, sonó el teléfono.
— ¿Sí?
— ¿Sara?
— Soy yo.
— Hola, soy Stan Haldem.
— Hola, Stan — su voz se hizo más cálida, pues Stan le caía bien.
Había sido leal a Octavius y jillian se había alegrado al saber que su posición en la empresa no peligraba.
— Sara... ¿te gustaría tomar algo o cenar conmigo mañana?
— ¿Mañana? Mañana es sábado y desde que soy una mujer casada, no me parece que...
— Es un asunto de negocios — dijo Stan — . Aunque no me gustó nada saber que te habías casado con Fennis, por puro egoísmo — y añadió rápidamente — Enhorabuena.
— Gracias — la conversación la divertía. Se imaginaba lo que el tranquilo Stan podía pensar del desembarco guerrero que Fennis había hecho en la compañía.
— Pero necesito hablar contigo. En tanto que accionista.
— Pues, bien, este fin de semana es imposible, pero la semana que viene cuando quieras. Fennis tiene más acciones que yo. ¿Te parece que venga también?
— No, no hace falta. Hablaré con él en la oficina — y añadió suspirando con dramatismo — Dame al menos una última hora a solas con la chica de mis sueños.
Sara se echó a reír.
— Coqueto — quedaron para una copa y tras colgar, Sara fue a buscar a su marido.
Estaba en su estudio y alzó la vista con aire de sorpresa al verla en la puerta.
— Qué coincidencia. Eres justo la persona que quería ver.
— ¿Qué haces tan pronto en casa?
Fennis señaló los papeles que cubrían su mesa.
— He traído informes a casa para trabajar. En realidad no quería que nadie más viera lo que estoy viendo.
Sara avanzó hasta él y se situó a sus espaldas, reclinándose sobre los papeles.

— ¿De qué se trata?
— Esto es una lista de las ventas y compras de acciones de las últimas semanas. Tenía una sospecha y esto la confirma — apartó la silla y tomó a Sara sobre sus rodillas, enseñándole el papel — . Verás, en las últimas semanas, se estaban produciendo muchos movimientos de acciones y yo pensé que era una reacción lógica a la muerte de Octavius y a mi presencia.
Sara se tensó ante la mención de Octavius, pero Fennis no se inmutó. Preguntó al momento:
— ¿Qué te hace pensar que es otra cosa?
— Aquí tengo el nombre de la empresa que ha adquirido un nueve por ciento la semana pasada.
Leyó la línea impresa:
— Maldivas.
— Eso es, y ahora mira este — sacó otro papel y se lo tendió — . Este movimiento fue al final de septiembre.
— Maldivas; compraron un siete por ciento — Sara alzó los ojos, asombrada — . No lo entiendo. ¿Nombres similares?
— Yo tampoco entendía nada, hasta que vi esto — le tendió una tercera hoja — . Es el registro de transacciones de esta semana.
Maldivas, S.L. El nombre saltó ante sus ojos, como una broma o una provocación. Un cinco por ciento.
— ¿Crees que una única empresa está detrás de estos nombres? — preguntó Sara.
— No me había dado cuenta hasta ahora, porque cada nombre tiene un estatus empresarial diferente — dijo Fennis en tono disgustado.
— Y quien quiera que sea, posee un veintiuno por cien de las acciones.
— Por lo menos — le recordó Fennis — . Podría muy bien utilizar otros nombres.
Sara tamborileó con las uñas sobre la mesa.
— Pero no veo el problema. Nuestra familia sigue teniendo la mayoría.
— Ya lo sé — se encogió de hombros, pero su rostro seguía mostrando preocupación — . Pero esto se está realizando de una forma poco transparente. Alguien no quería que yo me diera cuenta de lo que sucede.
— Será porque te las has arreglado para aterrar a todo el que ha tenido algo que ver con la gestión de la empresa en los últimos años — bromeó Sara.
— No hubiera entrado de forma tan brusca si llego a encontrar a la empresa en buena posición — se defendió Fennis — . Y hablando de buenas posiciones...
Sara lo miró y la expresión de su rostro la hizo ser consciente bruscamente del calor que irradiaba de sus muslos. Sintió que su cuerpo se derretía. Le rodeó el cuello con los brazos y se entregó al abrazo, viendo cómo Fennis entrecerraba los ojos por el efecto.
Sin una palabra, Fennis se puso en pie, la tomó en brazos y la llevó hasta el dormitorio que ahora compartían. Era temprano y Julia no había vuelto del colegio. Se detuvo en mitad del cuarto y Fennis dejó que el cuerpo de Sara se deslizara hasta tocar el suelo. Después empezó a besarla, haciéndola sentir la fuerza de su enardecimiento.
Fennis la acarició murmurando:
— Esto me parece un sueño. He imaginado tantas veces esta escena. Sara puso la palma abierta sobre su boca.

— Pues soy real — susurró y acalló los cientos de sentimientos que se agolpaban y luchaban en su corazón.
Tiernamente, remplazó la mano por los labios y lo besó despacio, sintiendo cómo las manos de Fennis se iban apoderando de su carne.
Fennis le dejó la iniciativa hasta que no pudo soportar más sus caricias leves, y la besó con fuerza.
Sara le quitó la corbata y le abrió la camisa, saboreando la visión de su pecho, poniendo los labios sobre el vello suave, acariciando sus costados que se retraían ante sus manos hábiles, colocando las palmas sobre su vientre plano y sensible. Mientras deshacía el botón de sus pantalones, murmuró:
— Deseaba que te hubieras vuelto gordo y feo.
Fennis rió y sus músculos se agitaron involuntariamente bajo sus toques.
— Yo quería que estuvieras gorda, también — dijo, quitándole la blusa — . Pero estabas tan hermosa cuando te vi en el funeral como si tuvieras acceso privado a la fuente de la eterna juventud. Me puso furioso.
— No me di cuenta — sonrió Sara.
Fennis siguió hablando:
— No paré de mirarte las piernas. Me costó enormemente no inclinarme a tocarlas.
Sara hizo una mueca.
— Dale las gracias a todas esas horribles clases de aeróbicos.
— Lo hago, querida, no lo dudes.
Sara rió, pero cuando Fennis le quitó el sostén y lo deslizó por sus hombros, tomando sus senos entre las manos, la sonrisa murió en sus labios. Le acarició los pezones, con las palmas callosas abiertas sobre su piel, hasta que Sara lo tomó por las muñecas en señal de protesta.
— Espera — dijo.
Le bajó los pantalones y ante la mirada ardiente de Fennis y su respiración contenida, deslizó las manos por la cintura de sus calzoncillos y se los bajó, colocando las manos firmemente sobre sus nalgas.
Fennis dio un paso fuera de sus pantalones y la ayudó a desvestirse del todo, antes de tomar sus manos y separarla de su cuerpo.
— Quiero verte — dijo con voz ronca — . Quiero tocarte y quiero estar dentro de ti.
Sara se estremeció, excitada hasta la locura, por la franqueza de las palabras y la evidencia de su deseo desnudo.
Se arrodilló ante ella. Tomó sus muslos entre las manos y los acarició, mirándola, descendiendo por las piernas hasta los tobillos y de nuevo hacia arriba.
— Debo estar obsesionado por tus piernas — dijo, con la voz tensa por el autocontrol — . Porque, preciosa, no dejan de excitarme.
Tras decirlo, la hizo levantar una pierna y la colocó sobre su hombro, un gesto que la dejó abierta y vulnerable, sonrojada. Pero cuando iba a protestar, Fennis la hizo olvidar toda timidez, abriendo delicadamente la carne oculta para sus caricias.
Jadeó al sentir los dedos de Fennis descendiendo por su vientre, deteniéndose en el vello rubio, acariciando la delicada piel de sus muslos. Se inclinó a besarla y Sara tembló ante la sensación íntima del aliento de Fennis contra su carne.
Entonces, Fennis liberó su pierna y la hizo arrodillarse ante él, abrazándola, presionando su erección contra su vientre. La tomó por la cintura y la besó

ardientemente, obligándola a buscar el equilibrio asiéndose a sus hombros.
— Por favor — murmuró Sara cuando la dejó respirar.
— ¿Por favor qué? — su voz era profunda y ronca. La tumbó sobre el suelo y se puso sobre ella en un sólo movimiento fluido que la hizo gritar — . ¿Por favor, esto? — separó sus piernas y la acarició, haciéndola gemir sin coherencia — . ¿O por favor, esto? — y lentamente, con firmeza, entró en ella.
— Ah, qué bien — gimió cuando estuvo dentro — . ¿Te gusta esto?
Pero Sara estaba demasiado excitada para una respuesta coherente y se limitó a jadear, mientras Fennis empujaba con fuerza y dulzura, observando con pasión el gesto casi doloroso del goce de Sara. Sus envites se fueron haciendo más violentos y Sara lo siguió alzándose sobre los talones, moviéndose frenéticamente entre gemidos ahogados, hasta que ambos cuerpos se entregaron al placer y los movimientos se fueron frenando, mientras ambos buscando aire.
— Dios mío — dijo Fennis cuando pudo hablar — . ¿Cómo he podido vivir sin ti?
— Yo no viví — Sara sentía que el corazón iba tranquilizándose, pero rodeó la cintura de Fennis con las piernas para impedir que se moviera — . Me limité a sobrevivir.
Fennis gimió al sentirla de nuevo rodeándolo y luego dijo:
— Ahora empezamos a vivir.
Algún tiempo después, Fennis se estiró y la sacó de un estado dulce de duermevela.
— Yo quería ser tierno — dijo contra su oído.
Seguían tumbados sobre la alfombra, demasiado a gusto para pasar a la cama.
— Cuando quiera ternura, te lo diré — bromeó Sara — . Pero si no te ha gustado lo anterior, supongo que puedo permitir que lo intentes de nuevo.
Fennis rió sordamente.
— Oh, sí que me gustó, no creas. Pero quiero que seas feliz.
Las palabras la hicieron sentirse incómoda. Había aceptado aquella relación sin futuro y no deseaba nada de él, ni siquiera cariño, o sufriría demasiado al perderlo. Para cambiar de tema, Sara se alzó sobre el codo y miró el reloj.
— Acaba de terminar el colegio de tu hija. Tenemos un cuarto de hora para parecer presentables antes de que llegue.
— ¿Un cuarto de hora? — Fennis se movió para ponerse sobre ella de nuevo.
— Más bien diez minutos. Y además no he comido y me muero de hambre — su estómago respondió con un quejido que los hizo reír.
Fennis se puso en pie ágilmente y le tendió la mano.
— Está claro que no eres de esas personas que pueden vivir sólo de amor.
— Claro que no — se sentía cada vez más molesta, ante la inoportuna aparición de la palabra «amor» entre ellos, aunque sabía que no era más que un lugar común.
Se puso a recoger su ropa dispersa y comentó:
— Voy a ducharme. Me he pasado el día haciendo inventario y estoy cansada. Bajo en diez minutos.
Tras la ducha bajó a la cocina. La señora Evans se marchaba pronto los viernes, y estaba poniéndose la chaqueta cuando Sara entró.
— Está haciendo una tortilla — dijo la cocinera guiñando un ojo a Sara — . No dejes que estropee mi cocina.
— Yo no nunca estropeo cocinas — dijo Fennis — . Como tengo que limpiarlo luego, suelo tener cuidado.

Hubo un silencio y luego la señora Evans dijo:
— A tu madre le encantaría oír eso. Ella pensaba que Sara sabría meterte en cintura cuando os casarais, y supongo que al final ha sucedido — fue hacia la puerta y al llegar se volvió con una sonrisa — . Os veo el lunes. Oh, casi me olvido — señaló un papel junto al teléfono — . Llamó un señor llamado Couto que dice que si quieres ir a un partido con él. Que lo llames — se dirigía a Sara.
— Gracias — cuando la mujer salió, Sara tomó la agenda — . Voy a llamarlo antes de que se me olvide.
— No vas a ninguna parte con él.
— ¿Cómo dices? — miró a Fennis, sorprendida por la dureza de su tono.
— Digo que no vas...
— Te he oído — sabía que su propia voz mostraba el dolor y la rabia — . Quiero saber por qué has dicho eso.
— Eres mi mujer — dejó el tenedor con deliberada calma — . No soy de esa clase de maridos tolerantes con las pequeñas aventuras sentimentales de sus mujeres.
— ¿Aventuras sentimentales? — Sara escupió las palabras — . Para tu información, especie de animal, la invitación de Luchian debe ser para los dos, con su esposa. Sin duda un gesto de amistad instigado por Alice.
Hubo un silencio tras sus palabras y el aire vibró de tensión. Por fin, Fennis expulsó el aire.
— Supongo que debo disculparme — dijo con un tono inseguro que no era habitual en él.
— Pues más bien — seguía tan enfadada que le hubiera pegado — . Nunca he salido con Luchian. Soy amiga de Alice desde que nos conocimos en un curso hace seis años y ella estaba casada con su primer marido. Tras conocer a Luchian se casaron en dos meses — se dio la vuelta con rabia — . Pero, ¿por qué te doy explicaciones?
— Lo siento mucho — las palabras mostraban un sincero pesar.
Sorprendida a pesar de su irritación, Sara se dio la vuelta y el rostro contrito, avergonzado, de Fennis, la sorprendió aún más. Preguntó con más calma:
— ¿Tienes celos?
Fennis dejó los platos en la mesa y fue hasta ella, suspirando de alivio cuando Sara no rechazó su abrazo.
— Odio pensar en los otros hombres de tu vida.
— No han sido muchos — dijo Sara con dulzura — . He salido con algunos hombres, pero no han sido importantes para mí.
— Bien — la besó y Sara respondió a la desesperación de su beso, pues tenía los mismos sentimientos.
No podía dejar de pensar en la madre de Julia, aunque empezaba a adorar a la pequeña. En realidad, parecía que el gran proyecto de Fennis de enterrar el pasado estaba destinado irremediablemente al fracaso.
La cita fue mucho más agradable de lo que Fennis había esperado. Había esperado hostilidad o al menos recelo por parte de los amigos de Sara, pero, por el contrario, se habían mostrado encantadores y relajados.
Así se había enterado de que tenían dos hijos y una hija, que los chicos eran los hijos del primer matrimonio de Alice. El rostro moreno de Luchian se iluminaba cuando hablaba de sus hijastros y Fennis no pudo evitar recordar la sonrisa luminosa de Sara

cuando le había enseñado las buenas notas de Julia en el colegio.
La certeza de que Sara había abierto su corazón a su hija le hizo sentirse humilde ante su generosidad. Tomó su mano y la apretó mientras buscaban sitio en el estadio, y se sintió reconfortado por su inmediata sonrisa.
Paseaban entre el numeroso público que se entretenía comprando toda clase de recuerdos, bufandas, gorros, trompetas, o bien haciendo cola en los puestos de comida, salchichas, patatas, refrescos, todo ordenado en los alrededores del nuevo estadio de béisbol de la ciudad.
Y también se sentía impresionado. Luchian había conseguido sitio en los mejores lugares, frente a la primera base. Soltó un silbido de admiración y dijo:
— Déjame que te pague las entradas.
Pero Luchian se negó.
— Ni hablar, son las ventajas de la fama. Aquí es donde traigo a los editores para que me sigan pagando bien — sonrió.
Fennis rió también y se concentró en el juego intenso. Le sorprendió todo lo que sabía Sara del equipo local, pero luego recordó que había participado activamente en el equipo del colegio donde jugaba Octavius.
Alice y Sara salieron en un descanso y Luchian se inclinó hacia Fennis, sonriendo, y tras unos comentarios sobre el juego, se sentó junto a él.
— Veo que Sara sigue feliz tras unos meses de matrimonio. Debes haber sido buen chico.
Fennis alzó una ceja.
— A lo mejor soy yo el que peligra.
— Eso sería justicia poética — comentó Luchian con gesto ausente mirando el campo.
— ¿Por qué? — la conversación se estaba poniendo interesante.
Luchian se encogió de hombros y se volvió hacia él, sonriente.
— Digamos que Sara no vacilaría en salir a matar si piensa que alguien ha hecho daño a una de sus amigas.
Fennis miró a Luchian con curiosidad.
— ¿Te tocó a ti alguna vez?
— En una ocasión memorable — el escritor hizo una mueca — . Tras conocernos, Alice y yo tuvimos una mala época. Sara me hubiera explicado las reglas con más violencia si Jeassy More no hubiera estado allí para mediar.
Fennis se echó a reír.
— Muy propio de Sara.
— Pero, por otra parte — continuó Luchian —, una vez que está de tu parte, es para siempre. Y yo estoy en la buena lista ahora — su sonrisa satisfecha se hizo grave al mirar a Fennis — . Fue una sorpresa que se casara así, de repente.
Fennis se mordió el labio antes de admitir:
— No fue tan sorprendente. Fuimos novios hace mucho tiempo. Tuvimos una pelea, un gran malentendido, y yo me fui de la ciudad. Cuando volví — se encogió de hombros — ... Nunca ha habido nadie como ella.
Luchian expresó su asombro con un silbido.
— Desde luego. Ahora entiendo por qué mantenía a todos los hombres a distancia — sonrió — . Aunque nunca he entendido cómo se las arreglaba para tenerlos como amigos después de darles calabazas. Es un argumento interesante para una novela.

— Siempre ha sabido manejar a los hombres — dijo Fennis, que no quería pensar en la legión de admiradores que Sara había tenido en su ausencia.
— Salvo a ti — había una pregunta en la afirmación de Luchian.
— Salvo a mí — dijo él, sin querer ofrecer más información.
— Alice ha estado preocupada — contó el otro hombre con un tono más frío — . No hemos sabido mucho de Sara desde que se mudó a vivir contigo.
— Está bien. Pregúntale.
— Lo haré — Luchian se puso en pie y se retiró a su sitio — . Ha estado mucho tiempo sola. Me gustaría que estuviera con alguien que la quiera como yo quiero a mi mujer.
Las mujeres regresaron a los asientos y la conversación terminó. Pero dejó a Fennis pensativo y preocupado por sus insinuaciones.
Él había adorado a Sara. Más de lo que Luchian podía imaginar.
Y aunque hubiera tardado en reconocerlo, ya no le importaba el pasado. Octavius había muerto y con él aquella etapa aciaga de sus vidas.
Quería pasar el resto de su vida con su esposa, encontrar la felicidad que debió empezar siete años antes. Quería que las cosas volvieran a ser como eran antes de su marcha, y sentía que Sara deseaba lo mismo.

Capítulo Nueve

Aquella noche permanecieron tumbados en la cama después de hacer el amor.
Fennis abrazaba a Sara y le acariciaba con gesto ausente el brazo mientras miraba el techo.
— ¿En qué piensas? — preguntó ella.
Fennis se encogió de hombros en respuesta y luego giró la cabeza para besarla brevemente.
— Pensaba que no recuerdo haberme sentido tan feliz en toda mi vida — se giró hacia ella — . ¿Te pasa a ti lo mismo?
Malcolm vaciló.
— Sí — reconoció con cautela.
Bajo su cuerpo sintió la risa ronca de Fennis.
— Qué entusiasmo.
Pero Malcolm no rió. No podía. Y al sentir su silencio grave, Fennis se alzó para mirar su rostro a la luz de la lamparilla que habían dejado encendida.
— ¿Qué te pasa?
Malcolm tomó aire.
— Pensé que me bastaría con esto, pero no es así.
— ¿Qué quieres decir con «esto»?
— No puedo ignorar el pasado — Sara le puso una mano en la mejilla — . No dejo de pensar que no me has dejado que te explique lo que pasó aquella noche.
— Oh, por favor — Fennis volvió a tumbarse — . Te he dicho que ya no me importa. ¿No es suficiente?
— No, para mí no lo es — habló con calma y decisión.
Sara no podía aceptar que la quisiera pensando que lo había traicionado. Aquello hacía abyecta su relación.
Hubo un silencio espeso en la habitación, cargado de amenazas.
— Si es tan importante para ti, te escucho — su voz no tenía entonación.
Sara tomó aire.
— Lo que viste — lo que creíste ver — esa noche, no fue real. Oíste que Octavius me decía que me quería, pero sacaste una frase de contexto. Octavius tenía efectivamente una aventura, pero no conmigo.
— ¿Con quién?
— Con la esposa del gobernador.
— ¿La esposa del gobernador? — Fennis se irguió a mirarla — . ¿Esperas que me crea eso?
— Espero que me escuches — replicó Sara sin perder los nervios — . El gobernador los encontró juntos. Tu madre se puso furiosa al conocer el desaguisado, pues estaba a punto de convencerlo de que ofreciera una serie de ventajas fiscales a las industrias locales como Fortess, y aquello podía terminar con toda la operación.
— No me extraña, si es cierto.
«Si es cierto». No se creía ninguna palabra que saliera de su boca. Sara se puso la sábana sobre el pecho, pues no se sentía cómoda, desnuda ante Fennis.

— Tu madre tomó el control de la situación y se empeñó en que Octavius se casara con Esperanza Formtom, una chica de una familia conocida. Habían salido juntos un par de veces y al parecer, ella estaba loca por él. Desafortunadamente, el idiota de tu hermano no había visto la joya que era Esperanza.
— Hasta que tú se lo explicaste, claro — su tono era sarcástico, pero Sara lo ignoró.
— No exactamente. Octavius vino a llorarme el día en que lo pillaron in fraganti, para contarme toda la absurda historia. ¿Recuerdas cómo solíamos hablar de nuestros amores?
— Recuerdo — murmuró Fennis — que os lo contabais todo, absolutamente.
— No todo — Sara habló con humor, intentando aligerar el ambiente — . Nunca le conté nada íntimo de nosotros.
Fennis no respondió.
— El caso es que Octavius vino a casa después de hablar con tu madre. Yo sabía que ibas a pasar a verme, y pensé que no le importaría hablar contigo del asunto. Estaba tumbado en mi cama, como siempre hacía.
— Contigo dentro.
— Yo estaba bajo la manta y él encima y sólo nos abrazábamos, pero eso es una tontería. Sabes de sobra que siempre tuvimos esa clase de conversaciones nocturnas, desde niños. Esperaba que yo lo consolara, pero lo que hice fue decirle que creciera de una vez y se hiciera responsable.
— Y entonces te oí decirle que lo querías.
— Sí, así fue. Yo quería a tu hermano. No como te quería a ti, pero era mi mejor amigo.
Fennis no dijo nada. Sara lo miró, pero su rostro era un muro inexpresivo.
— Me contó que quería a Esperanza como a una amiga, como me quería a mí, y que no podía casarse con ella. Te juro, Fennis, que nunca sentí algo que no fuera amistad por Octavius. Al final se casó con Esperanza, y sé que llegó a enamorarse de ella y que la amó profundamente hasta el día de su muerte.
Se detuvo. ¿Qué más podía decir? Fennis no se había movido. Miraba la pared, pero Sara sabía que no la veía. Los segundos se hicieron eternos y empezó a sentir que su corazón se rompía una vez más por la vieja herida que recientemente había empezado a sanar.
No la creía. Sara había estado loca al pensar que bastaría con contarle la verdad, para que la creyera. Suspiró, derrotada, y se tumbó sobre la cama, esperando que apagara la luz para deslizarse fuera. Y dispuesta a no llorar hasta encontrarse sola en su habitación.
Sintió que Fennis se tumbaba también. Y de pronto sintió todo su peso y los brazos fuertes que la rodeaban. El dolor del abrazo fue tan exquisito que Sara se preguntó si se podía morir por un corazón roto.
— Preciosa...
— ¿Qué? — estaba rígida.
— ¿Te sientes mejor?
— ¿Cómo? — se giró entre sus brazos para mirarlo.
— Has querido contarme esto durante mucho tiempo. Ahora podemos empezar de nuevo.
— No me crees.
Fennis guardó silencio. Después suspiró.

— No lo sé. Te juro que no lo sé. Pero no me importa. Pasó hace mucho tiempo. Sólo quiero que olvidemos el pasado y gocemos de lo que tenemos ahora. Te quiero más de lo que he querido a otra mujer. ¿No te basta con eso?
Era lo más cercano a una declaración de amor que Sara podía obtener. Pero el orgullo era más fuerte que la emoción. Quería que la creyera, quería reparar el pasado y no sólo olvidarlo.
Pero si lo quería a él, tendría que aceptar que nunca la creería del todo. ¿Estaba dispuesta a vivir así, con aquella falla enorme en su relación?
De pronto, Fennis le tomó el rostro con las manos y murmuró:
— Por favor, no me dejes. Te necesito.
Y Sara se sintió perdida. Si lo rechazaba, pasaría el resto de su vida con la soledad de los últimos años. Y por mucho que su corazón tuviera una grieta, Fennis la necesitaba. Lo había admitido, le había pedido que se quedara con él.
Y lo amaba demasiado para abandonarlo.
El otoño empezaba al fin a hacerse notar, y había un soplo frío en el aire cuando Sara entró en el bar en el que se había citado con Stan el miércoles por la tarde.
Stan la esperaba junto a la barra y cuando Sara se sentó en un taburete a su lado, el hombre se levantó para saludarla con un correcto beso en la mejilla.
— Hola — saludó Sara — . ¿Cómo estás, Stan?
— No demasiado bien, para serte sincero.
El buen humor de Sara dejó paso a la preocupación.
— Lo siento. ¿Cuál es tu problema?
— Tu marido es mi problema — respondió Stan en voz baja.
— ¿Fennis? — Sara estaba atónita. No entendía qué podía reprocharle Stan, que había mantenido su puesto, a Fennis — . ¿Qué quieres decir?
— ¿Has mirado los informes financieros de la empresa? — preguntó Stan — . Bueno, ya sé que no dicen nada para quien no es experto, pero es bastante claro para los que sabemos descifrarlo.
Era evidente que Stan ignoraba hasta qué punto ella participaba en las decisiones que tomaba Fennis, pero consideró que era prudente no sacarlo de su error.
— ¿Qué es lo que está claro?
Stan suspiró pesadamente.
— Oh, Sara, odio preocuparte con todo esto. Si no me importara Fortess, lo olvidaría.
Iba a estrangularlo si no empezaba a soltar lo que sabía. De manera que mantuvo la pose frívola a duras penas.
— Vamos, Stan, sabes que nada me preocupa mucho tiempo. ¿Quieres contármelo de una vez?
— Verás — intentó buscar las palabras, y luego suspiró otra vez — ... Como accionista tienes derecho a saberlo. Creo que tu marido está intentando arruinar a la compañía.
— ¡Arruinar a la compañía! — no tuvo que disimular para parecer escandalizada —. ¿Cómo iba a hacer tal cosa?
— Cuando alguien tiene el control en sus manos, como le pasa a Fennis, es muy fácil que tome decisiones que no son buenas para todos, no sé si me explico.
— No te explicas nada.
— Tu marido ha estado sistemáticamente minando todas las buenas prácticas comerciales que hemos mantenido en Fortess durante años. La empresa no puede

seguir perdiendo recursos de esta manera y claro, el precio de las acciones está bajando. Creo que está haciendo un esfuerzo para que la empresa se debilite y bajen los precios y adquirir así el resto de las acciones.
Sara tuvo que controlar una oleada de ira. ¡Así que Stan era el traidor! Estaba acusando a Fennis de lo que había estado haciendo desde antes de la muerte de Octavius. La rabia la sacudió al pensar que aquel hombre había traicionado al pobre Octavius y ahora intentaba arruinar los esfuerzos de Fennis, el futuro de Julia, su propia vida. Logró decir en voz alta:
— No entiendo. Si la compañía va mal, las acciones no sirven de nada, ¿no?
Stan sonrió con indulgencia.
— La cosa es como sigue: si las acciones no valen nada, alguien puede hacerse con el lote. Luego vuelve a poner a flote la empresa, puesto que sus problemas no son reales, y ha multiplicado su capital. Puede vender caras las acciones y mantener el control.
— ¿No estarás diciendo que se está enriqueciendo a costa de los demás?
Stan asintió con aire contrito.
— Me temo que es eso. Pero no te preocupes, no creo que te afecte a ti.
— ¿Y qué debo hacer? ¿Simular que no pasa nada?
Su voz había subido y Stan se inclinó hacia ella y le apretó la mano.
— Odio ser yo quien te ha dicho esto.
— Pero... ¿hay algo que puedas hacer? ¿Por eso me lo has dicho? ¿Hay alguna posibilidad de pararlo? — qué pena no haber grabado esa conversación, pensó Sara.
Pero, ¿quién lo hubiera pensado?
Stan se inclinó de nuevo para decir:
— Sólo hay una manera, querida. En la siguiente reunión, tendrás que votar contra él — hizo una pausa — . Comprendo que esto es pedirte demasiado, pero...
— Stan, Sara, ¿puedo unirme a vosotros? — Jay Darivia los saludó cordialmente.
Stan se levantó y mostró una gran sorpresa, pero su alivio era tan patente que Sara supo en seguida que su encuentro no era casual. Jay, el más antiguo de los accionistas, amigo del padre de Fennis, había estado trabajando en la sombra para arruinarlo.
Jay tomó asiento junto a ellos y Stan lo miró a los ojos.
— Me alegra que hayas aparecido precisamente ahora. Le he estado contando a Sara nuestra preocupación sobre las actividades de Fennis.
— ¿Y?
Incluso siendo niña, a Sara nunca le había gustado Darivia. Era esa clase de adultos que los niños detestan por instinto. Y ahora sabía por qué. Era un ser despreciable y cobarde, lleno de avaricia.
— Estoy asombrada — dijo — . No me lo puedo creer.
— Yo sentía lo mismo — comentó Jay con aire de pesar.
— Y yo — Stan no pudo resistir la ocasión de unirse al coro.
— No obstante — Sara dedicó a cada uno de los hombres una sonrisa deslumbrante — dudo que estemos asombrados por el mismo motivo.
Dos pares de ojos la miraron con desconfianza. Ella prosiguió.
— Soy licenciada en contabilidad y auditoria. Fennis me ha contado todas las cosas interesantes que ha encontrado en los libros.
Los ojos de Stan se abrieron por la sorpresa. Jay pestañeó varias veces e intentó

sonreír.
— ¿Cuál de los dos es Maldivast, sociedad limitada? ¿O esta semana toca otro nombre? — preguntó sin dejar de sonreír — . ¿O pensasteis que Fennis no era lo bastante listo para descubrirlo? Sabíamos que alguien estaba comprando acciones a escondidas, pero no nos preocupaba demasiado porque nuestra familia sigue controlando la mitad — se levantó — . Odio perder el tiempo de hombres tan ocupados, así que seré breve. Mi familia va a seguir administrando Industrias Fortess y mis votos son de mi marido, como los suyos son míos.
Jay miró a Stan con desprecio.
— ¿No decías que era manejable? ¡Qué estupidez! — sin más, el hombre mayor se dio la vuelta y salió del local.
El silencio acompañó a su partida. Sara miró la cara pálida de Stan y procuró controlar la ira que sentía.
— Jay tiene razón — dijo con voz tensa — . Esto ha sido una estupidez, pues nunca traicionaría a Fennis. Es el único hombre al que he amado en mi vida.
Como frases de despedida, esa había sido extraordinaria. Una pena que Sara estuviera demasiado agitada para apreciar su ironía. Durante el trayecto a su casa, se esforzó en calmar sus nervios y parecer contenta. No había razón para preocuparse. Dentro de un tiempo, le contaría lo sucedido a Fennis y ambos reirían.
Pero, por otra parte, se dijo, con el fatalismo que se había hecho parte de su carácter, Fennis no la había creído al contarle lo de Octavius. ¿Acaso iba a creerla ahora? Quizás fuera mejor callar y esperar a que todo se calmara en la empresa.
La semana le pareció eterna. El viernes por la tarde, mientras se dirigía al dormitorio que compartía con su mujer, Fennis pensaba con preocupación que de nuevo tres de los accionistas habían vendido en la última semana.
Uno de ellos lo había llamado para justificar que no había podido resistirse a una buena oferta. Fennis se había puesto a hacer llamadas y descubrió otras dos ventas. Nataly Brown lo informó de que ella misma había tenido una oferta muy interesante que había rechazado. No conocía al comprador, pues sólo había hablado con un intermediario.
Fennis calculó que el que estaba detrás de aquella maniobra debía controlar alrededor del treinta y cinco por ciento de los votos.
Técnicamente, no debía preocuparse, pues seguía manteniendo el control de la junta. Siempre que él y Sara votaran juntos.
Sara no le había entregado su voto, pero eso no le preocupaba, pues era su mujer y estaban de acuerdo en su voluntad de salvar la empresa.
Y no quería intranquilizarla de ninguna manera, teniendo en cuenta el humor extraño, algo callado, que había mostrado desde que le había contado, el domingo anterior, su versión de los acontecimientos del pasado.
¿Qué era lo que esperaba de él? ¿No era suficiente que la hubiera perdonado? Pues Fennis quería creerla. Lo deseaba, pero no se atrevía a confiar...
— ¿Papá? — Julia salió de su cuarto, vistiendo el traje de baile que le había regalado Sara por su cumpleaños y llevando en brazos una muñeca.
— Hola, cielo. ¿Te estás preparando para bailar ante tus admiradores?
Julia rió, música celestial para sus oídos. Fennis se dio cuenta de que la niña actuaba cada vez más como era propio de su edad, y no como la temerosa adulta en miniatura que había sido los últimos años.

— Papá, la tía Alina llamó a Sara hace un rato para ver si puedo ir a pasar la noche con ellos — Julia parecía fuera de sí de emoción — . ¿Me dejas ir?
Fennis simuló reflexionar.
— Bueno, creo que puedo dejarte. Si prometes no comer con las manos ni bailar sobre las mesas.
La niña rió de nuevo.
— Eres tonto, papi — con el rostro radiante, la niña se lanzó escaleras abajo — . Voy al jardín a jugar con Ariel.
Iba a preguntar quién era Ariel cuando comprendió que hablaba de la muñeca. Mientras decidía buscar a su mujer, pensó que casarse con ella había sido la decisión más inteligente de su vida.
La encontró en el dormitorio guardando ropa en los cajones. Se quedó en la puerta, en silencio, observándola durante unos minutos, disfrutando de tenerla en su casa.
Y de pronto la mujer se movió, todavía sin verlo, y Fennis pudo contemplar su rostro en el espejo. Sintió que se le helaba la sangre en las venas.
Sara parecía triste. O más bien parecía desolada, desesperanzada, con una mirada vacía que había visto en ella varias veces cuando creía estar sola.
Un pensamiento desagradable cruzó su mente. ¿Echaría tanto de menos a Octavius?
Y entonces, Sara alzó los ojos y lo descubrió en la puerta. Al momento le dedicó la cálida sonrisa que iluminaba su rostro cuando estaban juntos.
— ¡Hola, guapo! — saludó.
Fennis fue hasta ella para besarla y le quitó la ropa de los brazos para poder abrazarla a gusto.
— Hola, llevo todo el día esperando esto.
— Chalsie está en casa — advirtió Sara con una sonrisa — . Así que tendrás que esperar un poquito más.
Fennis no le devolvió la sonrisa.
— Preciosa, ¿eres feliz?
Ella se quedó rígida entre sus brazos.
— ¿No parezco feliz?
— No lo sé — Fennis la acarició, consciente de no haber recibido una respuesta — . ¿Lo eres?
Sara lo abrazó y se puso a besar su cuello, ocultando así los ojos.
— Soy feliz — dijo — . Cada mañana me despierto y me pellizco para estar segura de que esto es real.
— Pues vete acostumbrando — dijo Fennis, olvidando su ansiedad ante la oleada de pasión física — . Va a ser real el resto de tu vida.
— Me lo tomo día a día — replicó Sara.
La frase lo desconcertó hasta que se dio cuenta de que nunca habían hablado del futuro. Pero Sara le estaba mordisqueando la oreja, y no pudo seguir pensando. Si su vida era perfecta, ¿por qué preocuparse?
Se separó de ella un instante para cerrar la puerta.
— ¿Qué te parece si intento convencerte de que soy real? — musitó.

Dos horas más tarde, Sara llevó a una emocionada Julia a casa de Alina para que pasara allí la noche. Fennis aprovechó la soledad para encerrarse en su estudio y comprender unas cuantas operaciones extrañas descubiertas en la contabilidad.

Veinte minutos más tarde, sonó el timbre, interrumpiendo sus pensamientos.
Para su sorpresa, Jay Darivia estaba ante su puerta.
— Jay, entra. ¿Qué puedo hacer por ti? — automáticamente tendió la mano al hombre.
A Fennis nunca le había gustado mucho, pero era amigo de su padre y un hombre mayor. No ignoraba que la antipatía era mutua: a Jay no le gustaba el estilo de Fennis y había votado contra él en todo momento.
Jay vaciló, simulando una timidez impropia de su carácter.
— Necesito hablar contigo, Fennis. Es sobre la empresa.
— ¿Quieres acompañarme al estudio? — Fennis le hizo sentarse y le sirvió una bebida antes de preguntar — . ¿Qué te preocupa?
Darivia carraspeó.
— Ya sabes que ha habido... bueno, ciertos movimientos de capital en las últimas semanas. O eso me han dicho.
¿Quién se lo había dicho? Aquella información no era pública. En voz alta, Fennis respondió:
— Así es. ¿Eres uno de los compradores?
Darivia asintió.
— Lo era.
Fennis observó el uso del pasado.
— Me pregunto por qué — dijo — . Al fin y al cabo, no podéis llegar a controlar la empresa. ¿Quién más está en esto?
— Stan. Fue idea suya — Jay movió la cabeza, como disgustado consigo mismo — . Ojalá no le hubiera hecho caso. Tu padre... tu padre era amigo mío. Me ofreció la oportunidad de invertir en Fortess hace treinta años y he defraudado su confianza — miró a Fennis — . Me disculpo. Si quieres que abandone la junta, lo haré.
Así que Stan Haldem había sido el que había engañado a Octavius. Lo que no era difícil dada la cantidad de poder que su hermano había dado al experto en finanzas.
Fennis se puso en pie y tendió la mano a Darivia.
— Gracias por contármelo. No hay daño hecho. Sigo manteniendo el control de la empresa.
— Haldem hubiera podido lograrlo, si Sara hubiera aceptado votar con él.
Fennis se quedó de piedra. ¿No era aquella su preocupación desde el principio?
Se preguntó si Sara sería capaz de hacer algo así. Pero supo que no, que nunca le traicionaría.
Sara nunca le había mentido. Le había dicho que no se había acostado con su hermano y se había quedado a su lado, aunque él no había sido capaz de reconocer su error. Sara lo amaba y nunca le había hecho daño.
La enormidad de su error estalló en su mente como una granada, destruyendo su rabia tantos años construida, su odio y resentimiento. Ella siempre le había dicho la verdad, desde el principio, y él se había negado a creerla y había destruido sus vidas.
¿Qué había hecho?
De pronto oyó unos pasos en la escalera y salió del estudio. Sara estaba subiendo y cuando la llamó, la mujer se dio la vuelta y lo miró con tanto dolor que a Fennis se le partió el corazón.
— Cielo... — tendió la mano.
— Pensaste que yo podía hacer eso — sus labios temblaban y estaba mortalmente

pálida — . Vi tu expresión cuando Jay mencionó mi nombre. Pensaste que yo podía formar parte de esa conspiración.
— No... sólo un instante... — fue a alcanzarla, pero Sara corrió escaleras arriba sin darle tiempo a seguirla.
Fennis echó prácticamente a Darivia, que se empeñó en contarle por el camino la reunión que Stan había arreglado con su mujer. Fennis apenas lo escuchaba: sabía en qué estaba pensando Sara. Y sabía que tenía razón.

Capítulo Diez

Sara cerró la puerta de su habitación con un portazo y echó el pestillo. Pero aquel no era su cuarto. Era el cuarto en el que había dormido cuando llegó a aquella casa.
Durante unos instantes se apoyó en la puerta, reclinando la frente sobre la madera fresca y respirando pesada, dolorosamente.
Al volver a casa, había visto el coche desconocido aparcado fuera, y había escuchado las palabras de Jay en el preciso instante en que entraba al estudio.
Y luego había leído la duda en los ojos de su marido.
— ¿Sara? — se movió el picaporte y Sara se apartó de la puerta como si le hubiera dado una descarga eléctrica — . Por favor, preciosa, déjame entrar. Tenemos que hablar.
Sara no respondió. No podía hablar.
— Por favor, Sara, no me dejes fuera. Déjame que te explique.
«Déjame que te explique».
¿Qué querría explicarle? Sara se sentía cómo si llevara toda su vida intentando explicarse ante Fennis. Y no le había servido de nada. En todo caso, había logrado que confiara menos en ella y siempre sería así. Había llegado el momento de dejar de engañarse.
— Bueno — Fennis estaba allí, del otro lado de la puerta —, puedo ir a buscar una llave para abrir esta puerta, pero respeto tu intimidad. Hablaremos por la mañana.
Lentamente, Sara cruzó la habitación y se dejó caer sobre la cama. Abrazó la almohada para que el dolor que sentía en su pecho no la hiciera estallar en pedazos.
Por la mañana se marcharía. Tendría que buscar otro alquiler para su tienda, puesto que iba a romper el acuerdo prenupcial. Pero no podía seguir a su lado. Se había equivocado al pensar que aquel matrimonio forzado y nacido de la rabia y el rencor podía llegar a funcionar.
Se había equivocado al creer que podía vivir sin su amor por el resto de su vida.
Al amanecer, la conciencia de dormir solo despertó a Fennis. Y junto con la terrible sensación de no tener a Sara entre sus brazos, nació un miedo profundo. Miró el reloj y comprobó que eran sólo las seis. Sin duda, Sara no se había movido, pero por si acaso, se levantó.
No necesitaba vestirse porque había dormido con ropa por si tenía que salir corriendo detrás de su esposa.
En el baño recordó que Julia no dormía en la casa y que la señora Evans libraba esa mañana. Estaban solos, lo que le convenía.
Siempre había sabido que Sara era una mujer extraordinaria. En las horas de vela de la noche anterior había repasado todo el daño que le había hecho y comprendido que podía perderla para siempre.
Una mano de hielo apretó su corazón al pensar que Sara ya no lo quería. Su única esperanza era que, una vez más, Sara fuera la más generosa de los dos y lo perdonara, y aceptara quererlo como había aceptado a su hija.
Tomó aire. Estaba muy asustado, ahora que había entendido cuánto la había hecho sufrir. Tendría que poner todas sus fuerzas para romper el muro que la mujer había

construido a su alrededor. Ahora lo sabía y lo quería todo de ella: no sólo la alegría, también las penas, las lágrimas, todo.
Y si no podía tenerla, tendría que sangrar a su vez, pero no le haría reproches. Aunque no pudiera salvar el amor que hubo una vez entre ellos, quería que Sara volviera a ser la mariposa de alegres colores, llena de vida, que él había conocido y amado.
Atravesó el pasillo con una sonrisa en los labios, acariciando su plan.
Su puerta ya no estaba cerrada con llave y Sara estaba haciendo exactamente lo que Fennis había imaginado: sus maletas. Alzó la cabeza al verlo, pero no dijo nada y siguió guardando la ropa.
Aquella mañana no había mucha vida en ella. De todo lo que había sucedido desde su regreso, aquello era lo peor que podía pasar. Lenta, pero de forma implacable, la mujer resplandeciente que había conocido se iba muriendo.
Tenía los hombros caídos mientras andaba del armario a la maleta abierta sobre la cama y sus gestos eran desvaídos y sin vivacidad, como si el esfuerzo fuera excesivo. Y debía serlo, porque de pronto, dejó caer unas prendas y dijo:
— Mañana mandaré a alguien a recoger el resto — señalando el armario e intentó una sonrisa.
Pero Fennis estaba en mitad del cuarto, sin sonreír y bloqueando la puerta, y al fin Sara tuvo que mirarlo.
— ¿Huyes de algo? — las palabras eran provocadoras, pero toda su ira era contra sí mismo.
¿Dónde estaba la mujer valiente y fuerte que había conocido? ¿Cómo había podido hundirla hasta ese extremo?
— No, sólo me marcho — dijo Sara con su mirada perdida.
— Como he dicho, huyes — Fennis hizo un esfuerzo para no tirar la maldita maleta por la ventana.
— A diferencia de ti, yo no huyo de nada — Sara eligió las palabras con cuidado.
Fennis alzó la ceja, odiando hacerle daño, pero buscando el punto de vitalidad y orgullo que anidaba en Sara bajo las capas de su indiferencia.
— A mí me parece que huyes.
— Pues puede ser — dejó unos zapatos y lo miró — . Al fin y al cabo, tú eres el experto en el arte de abandonar a los que te quieren — fruncía el ceño y tenía las mejillas rosas de rabia.
Allí estaba por fin el enfado que esperaba. Perfecto.
Encantado, Fennis buscó su sonrisa más cínica para decir:
— Tienes una buena excusa, ¿verdad? Yo tengo la culpa de todo lo que no te ha salido bien en la vida.
— Eso no es verdad — hubo una nota nerviosa en su voz.
— Oh, sí, lo es — dio un paso hacia ella, que no se movió — . No te casaste, ni tuviste hijos. Y te puso enferma conocer a Julia, y tener que vivir con la hija de otra mujer te enfurece.
— Mira, admito que eso me sacó de quicio, y ojalá hubiera odiado a tu hija. Pero no puedo — su voz se fue alzando hasta casi gritar — . Ella no es un combinado de ADN entre tú y esa mujer que tanto te gusta recordarme. Es un ser humano al que quiero.
Lo acusó con un dedo extendido.
— ¿Sabes lo que no soporto? Te lo diré. No tiene nada que ver con Julia — sus ojos

lanzaban llamas — . Yo creía que nos amábamos, Fennis. íbamos a casarnos porque había amor entre nosotros. Y en la primera oportunidad, te echaste en brazos de otra mujer. Eso me dice cuánto te importaba mi amor.
— Ya te lo expliqué — Fennis quería discutir con Sara, pero no se había preparado para el estallido de furia que lo esperaba — . Y te equivocas. Me importabas más que nada en el mundo.
— Me da igual — replicó Sara — . No sólo me dejaste, sino que me reemplazaste en meses.
Le hubiera recordado que nadie podía reemplazarla, pero ver la rabia y el orgullo en Sara era casi un alivio, comparado con la mujer deshecha que había temido encontrar.
— Yo esperé muerta de pena como un perrillo patético, esperé tu perdón por algo que nunca hice — habló con amargura —, Y anoche, comprendí al fin lo que piensas de mí. Fue muy pedagógico, Fennis, de verdad.
— Yo sabía que nunca votarías contra mí — dijo Fennis a la defensiva — . Y tenía razón. Jay me lo contó todo sobre tu cita con Stan — su voz bajó — . Me dijo que tenía suerte por tener una esposa que me quisiera tanto.
— Ya no te quiero — replicó Sara, gritando de nuevo — . No te querría, aunque fueras el último hombre sobre la tierra.
— Mentirosa — dio un paso hacia ella, dispuesto a calmarla.
Pero Sara agarró un jarrón chino que había sobre el aparador.
— Hey, espera — Fennis sólo tuvo tiempo de apartar la cabeza antes de que el jarrón se rompiera en mil pedazos contra la pared — ... Preciosa, yo...
— ¡No vuelvas a llamarme de esa forma estúpida! — un libro golpeó su hombro.
Mientras Sara buscaba algún otro objeto pesado, Fennis se lanzó sobre ella en un salto y ambos cayeron sobre la cama, rodaron y fueron a dar en el suelo. Fennis puso la espalda para amortiguar el golpe, y no soltó su presa.
— No es un nombre estúpido — gimió, mientras la colocaba a su lado.
¿Cómo alguien de aspecto tan frágil podía ser tan fuerte? La tomó por las muñecas para evitar que lo arañara y tuvo que ponerse sobre ella para detener su rodilla dirigida contra sus partes más delicadas.
— Lo es — dijo Sara.
— Preciosa, preciosa, preciosa, preciosa, preciosa — por fin estaba sobre ella, forzándola a la quietud con todo su peso.
— Para, Fennis — seguía mirándolo con ojos que lanzaban chispas — . Y ponte encima de otra. Quiero marcharme.
— Tenemos un trato — le recordó Fennis.
— Es nulo de pleno de derecho. Te entrego mis acciones a cambio.
— ¿En serio? Qué pena — comentó Fennis — . Porque no voy a permitir que te marches. ¿Quieres decir algo más?
— Quiero decir que no te ha bastado con obligarme a casarme contigo y a vivir con tu hija, todo lo resuelves forzándome. Si no fuera por la fuerza y por la seducción, te hubiera mandado a paseo hace mucho tiempo.
Fennis se echó a reír.
— ¿Es eso lo que te da rabia? — bajó la cabeza hasta casi besarla — . Estás tan acostumbrada a manejar a los hombres, que no puedes soportar que no te funcione conmigo. Yambos estamos igual de seducidos. Antes de volver a insultarme, podías

pensar por qué no nos podemos separar.
— Sexo — pronunció la palabra con desgana y rabia.
— Es más que eso — Fennis habló con dulzura — . Es mucho más. Eres la mitad de mi alma. Una vez dijiste que separados sólo sobrevivimos.
— Prefiero sobrevivir a estar medio muerta.
La tristeza de sus palabras lo calmó al momento.
— Perdóname — dijo.
— ¿Por qué? ¿Por existir?
— Por ser el imbécil inmaduro que abandonó a la única mujer en el mundo a la que podía amar. Anoche comprendí, cuando no me dejaste que te explicara nada hasta qué punto confío en ti. Sé que nunca hubo nada con Octavius. Yo tengo la culpa de todos los años perdidos — bajó la cabeza y la besó tiernamente en la frente — . Y sigo amándote, Sara. Eres la única mujer a la que he amado.
Los ojos de Sara se llenaron de lágrimas. Fennis sintió cómo su cuerpo se destensaba y los sollozos llenaban su garganta.
— ¿Sabes cuánto deseaba escuchar eso? ¿Cuántos años he esperado a que volvieras y me dijeras que me querías? Tú... especie de canalla...
La esperanza y el alivio empezaron a renacer en el interior de Fennis y tomó aire, forzándose en respirar:
— Dime que no te irás.
— Dame una buena razón por la que deba quedarme.
Fennis dudó y luego dijo de corrido:
— No quiero vivir sin ti. Si me rechazas y te marchas, estarás cometiendo un error tan monstruoso como el que yo cometí hace siete años — soltó sus muñecas para acariciarle la mejilla.
Unos ojos azules como el cielo, y tan húmedos como una mañana de primavera, buscaron los suyos para leer en su alma.
— Quisiera creer que podemos...
— Si confiamos, podremos...
Sara abrazó su cuello y suspiró temblorosamente.
— No quiero vivir sin ti, pero...
— Déjame que te lo repita. Me equivoqué. No podemos olvidar el pasado. Pero podemos aceptarlo y superarlo — se atrevió a sonreír — . Y sé que a ti te gustan los retos.
— Me conoces bien. Me rindo — alzó la cabeza y lo besó con dulzura.
Fennis tardó un segundo en comprender que había ganado. Y de pronto su futuro le pareció de nuevo brillante, tan brillante como los ojos de la mujer que tenía en sus brazos. Junto con la alegría, renació su deseo y la besó con más pasión que nunca.
— Te quiero, Fennis.
Fennis se colocó sobre Sara y la miró, mientras su futuro se abría en mil posibilidades de felicidad.
— Yo también te quiero, preciosa. Nunca sabrás hasta qué punto.
Le brillaron los ojos y rió debajo de su cuerpo.
— Bueno, supongo que vas a intentar demostrármelo.
Mucho tiempo después, Sara levantó la cabeza para mirarlo.
— Empieza a gustarme el sexo en el suelo.

Fennis rió.
— Perfecto, porque esta casa está llena de suelos.
— Por supuesto, cuando esté embarazada, tendremos que olvidar los suelos.
Fennis no respondió y cuando Sara giró de nuevo la cabeza, captó el brillo de lágrimas en sus hermosos ojos negros.
Luego habló, y tenía la voz ronca de emoción.
— Cuando estés embarazada, tendremos mucho cuidado. Deseo tener un hijo contigo más de lo que deseo nada en el mundo. Exceptuando tu amor.
«Mi amor». Sara lo abrazó y supo que aquello era real. Finalmente, Fennis había vuelto a casa.

Epílogo

De nuevo, el cálido verano indio de la costa, pensó Sara. Sólo que todo era diferente aquel septiembre. Miró a Fennis levantarse de la tumbona, riendo y pensó que era irresistible.

Todos lo eran, pensó con amor, mirando a los cuatro hombres celebrar entre gritos y saltos el triunfo de su equipo que la radio acababa de anunciar.

Fennis, Luchian y Zack se golpeaban las espaldas y amagaban un baile inventado para la ocasión mientras Johnny se golpeaba el pecho en una cómica imitación de Tarzan.

Johnny era un payaso, pero en lo relativo a su mujer, era más que serio. Adoraba tanto a Jeassy que a Sara le emocionaba verlo actuar con su mujer y sus niños.

Julia estaba jugando con la pequeña Brittany, haciéndola reír, mientras Jeassy se preparaba un sándwich. Todos estaban en el jardín de Sara, disfrutando de la piscina.

Chalsie iba a echar de menos a los niños cuando empezara el colegio, pensó mirando cómo la entusiasta Caroline, la pequeña de Alice, se agarraba a sus piernas en un ataque de amor infantil.

Luchian agarró a su hija de dos años cuando estaba a punto de trepar sobre su madre y la puso sobre sus hombros.

«Querido Luchian». Había curado el corazón malherido de Alice y la había envuelto en tanto amor que nadie podía reprochar su inicial inmadurez en la relación. Y quién era ella para hablar de inmadurez.

Además, apreciaba a Luchian sinceramente. El hombre había aceptado a sus hijastros en su corazón y se había hecho cargo de todo y cualquiera capaz de querer a esos dos, pensó Sara con humor al ver cómo se disponían a abrir una lata de refresco contra la espalda de Johnny, se había ganado el cielo.

Zack advirtió a Johnny de la maniobra de los dos salvajes y éste se volvió y se puso a perseguir a los chicos, que corrieron entre risas por el jardín. Zack los miró riendo hasta que se dio cuenta de que el pequeño Jean-Luc había tomado la lata e intentaba descubrir cómo abrirla. Así que fue hasta él con la gracia innata que Sara tanto admiraba, y levantó al pequeño dando vueltas con él a pesar de las protestas de Alina.

Alina había tenido suerte al conocer a un hombre como Zack poco después de enviudar. Sara había pensado a veces que era demasiado soberbio y autoritario, pero le hacía gracia pensar en lo que se parecía a su moreno, guapo esposo. A veces, Fennis y Zack parecían hermanos.

Mientras los adultos empezaban a repartir helado entre los niños, Fennis dejó a los demás y se inclinó sobre ella.

— ¿Qué tal está? — preguntó, mirando con adoración a su hijo de dos meses que se alimentaba del pecho de Sara — . ¿Y cómo estás tú? ¿Cansada? Me ocuparé de todo si quieres ir a echarte la siesta.

Sara sonrió y negó con la cabeza, mientras colocaba al pequeño Octavius en mejor posición. Su corazón estaba repleto de amor mientras miraba a su bebé y a su marido.

Tendió el niño a Fennis para que lo paseara mientras ella se cerraba el vestido.

— Está muy bien — comentó sonriendo — ... Y yo estoy estupendamente bien y lista

para la fiesta.
— ¿Y cuándo no lo estás? — rió Fennis ofreciendo su mano libre para que se levantara. Y mientras se reunían con sus amigos, Sara pensó que era cierto, que nunca se había sentido mejor.
Había cerrado el círculo de su vida. Y aunque siempre sentirían pesar por los años perdidos, empezaban a superarlo. Tras años de reproches, al fin su amor había triunfado y avanzaba hacia un sonriente futuro.

Fin